



Publicación auspiciada por la Intendencia Municipal

JOSE LUIS
BIBLIOTECA
TRINIDAD
ROCA

REVISTA
DEL
JARDÍN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

(TRIMESTRAL)

Director: CLEMENTE ONELLI

SUMARIO

BUENOS AIRES, MAYO DE 1916

Idiosincrasias de los pensionistas del Jardín Zoológico.—

EL DIRECTOR.—Un gordiáceo y un perro.—**J. C.**

DÁVALOS.—La bacilosis entre los monos.—**C.**

ONELLI.—Chinchillas y skunks en semilibertad.

—**C. O.**—Lo que nos prepara la leña.—**C. O.**—

Observaciones zoológicas en el frente de bata-

lla.—**I. ROUSSEAU.**—Palermo y el Zoológico hasta

1882.—**J. COMINGES.**—El hombre bull-dog.—**O.**

SCHUMA.—¿Limpia, fija y da esplendor?

—Conferencia de **C. ONELLI.**—Tratado de biología.

3.^a parte.—**Chr. JAKOB.**—Notas adminis-

trativas.

Época II—Año XII

Núm. 45

Director: CLEMENTE ONELLI

REVISTA

DEL

JARDÍN ZOOLOGICO

DE BUENOS AIRES

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE LA INTENDENCIA
MUNICIPAL DE LA CAPITAL

ÉPOCA II — TOMO XII

BUENOS AIRES

IMPRESA DE G. KRAFT, CANGALLO 641

1916

REVISTA DEL JARDÍN ZOOLOGICO
DE BUENOS AIRES

AÑO XII

MAYO DE 1916

NÚM. 45

**Idiosincrasias individuales de los
pensionistas del Jardín Zoo-
lógico.**

XLV

La colitis, a pesar de no ser una enfermedad romántica ni cautivante, es una enfermedad de moda en todos los meses del año. Si no es ostentada, es por lo menos tácitamente demostrada por los kefires, las lactobacilinas, los bismutos, las eretas y las magnesias que, por cada seis cubiertos, son el *necessaire indispensable*, al menos para cuatro, en cada mesa de familia elegante. Una cucharada de esos remedios, un sorbo de esas lechadas no interrumpe un flirteo, no despoetiza una frase sentimental: es tan natural la colitis y tan crónica, que ya nadie puede poner reparo en ella. Solamente a nosotros los naturalistas se nos ocurre estudiarla en los animales. Yo, por ejemplo, he observado que en las moscas la colitis no es crónica, no es endémica y que aparece generalmente en Abril. La incontinencia entonces es grande: las paredes, las mesas y hasta las immaculadas pecheras de las camisas, se

convierten en urgentes e inodoros receptáculos de las prepotentes necesidades enfermizas de las moscas que sufren descomposturas, ¡ay! para ellas mortales, pues en el mundo de las moscas se muere de colitis.

Romántica y grata para el hombre, es esa epidemia que coincide con el dulce caer de las hojas en este apacible otoño americano. La mosca, que fué nuestro más importuno ángel de la guarda, el demonio más suscitador de iras impotentes, que todo contaminó con sus patitas inmundas, que invisible se ahogó en una taza de café renegrido, sorprendida su presencia cuando el esfínter de la garganta ya no obedece a la voluntad; que quemada viva en un baño hirviendo de consommé fueron pescados sus restos por el "cordon bleu" piadoso con nuestros estómagos, las moscas que en cuadrillas danzaron rigodones caprichosos por entre la leve espuma de leche recién ordeñada, que desfloraron cremas y flanes, postres a ellas gratos después del acostumbrado banquete devorado en las comisuras de un ojo dormido y enfermo de oftalmia purulenta, esas moscas siempre inexorables durante el verano, siempre presentes como el remordimiento, vigorosas y obesas, fueron sorprendidas en una mañanita de Abril por las frescas y húmedas brumas del Río de la Plata, y la colitis apareció: y la corta, diminuta y rápida puntuación del verano, se acentuó en rosario de puntitos suspensivos al estilo de los poetas ramplones. Empiezan a verificarse las profecías: las moscas caen como moscas. Cada lugar, otrora abrigado, es un valle de Josafat: las colíticas, desmayadas o moribundas, se agitan en un leve hervidero, como carne que resurge: es carne que muere, a Dios gracias

¡Bendita sea la colitis! ¡Bendito sea el otoño delicioso que la produce! ¡Bendito sea el otoño exterminador de alimañas, época buena para que el pobre que ha trabajado durante el día, descansa al menos tranquilo a la noche, no sofocado por el afa graveolente del recalentado cuarto de conventillo,

no molestado su sueño y agriado más su espíritu por los insectos que conspiran a hacerle más ingrata la vida.



Si al levantar los ojos al cielo ahora en Europa se sienten frecuentemente las muy desagradables sensaciones de Damocles bajo la afilada espada de Dionisio, surcado el azur por los monstruosos pájaros mecánicos de la guerra: aquí, gracias a la paz que Dios aún nos conserva, podemos todavía sentir el placer inocente y ancestral del hombre primitivo al levantar los ojos al espacio pródigo de aire puro, saturado de humedad por nubes grávidas de tormenta, luminoso y feúndo por los cálidos rayos de un sol que ahora bien podemos llamar americano, cuando tanto se diferencia del de allá, que exhala horribles y trágicas locuras.

Y aquí, bajo estos cielos tranquilos, andan todavía los pájaros en bandadas.

Las aves migratorias han tenido mucha tarea en este año, seguramente por las fuertes oscilaciones de la temperatura, que han dado falsas alarmas hasta en pleno verano.

No recuerdo ahora bien cuántas veces intentaron en Noviembre la inmigración, desde el Norte hasta nuestras playas y con rumbo al Sud; pero sí sé que en pleno verano, era el 4 de Febrero, se iniciaron las emigraciones hacia el Norte de los palmípedos más friolentos. Estoy por suerte ubicado en un punto donde llegan atenuados y casi extinguidos los ruidos de la ciudad, y donde, sin embargo, llegan en la discreta penumbra los reflejos de alborada artificial de su vida nocturna que en los fatigosos volidos de las aves peregrinas, atraen a éstas insensiblemente, desviando un tanto la ruta directriz y que saludan con sus gárrulos silbidos, bien perceptibles en esta apacible zona neutra donde resido, justa frontera de la

actividad nocturna ciudadana, amplia y obscura portada hacia el río, hacia los campos del Norte.

A las 9, a las 11, a la 1 de la mañana, he oído el animado y alegre saludo de los convoyes alados que cortaban, en sesgo e invisibles, el cielo tachonado de estrellas, corriendo más rápidos que la tenue brisa fresca que venía del mismo rumbo Sud y doblando como en una leve caricia hacia el Norte, las puntas más enjutas de los álamos piramidales.

Y en la noche del 5 de Febrero, pasaron sobre el jardín otros convoyes alados con rumbo a las tierras de los naranjos floridos.

Pero habían sido como trenes de recreo: la vuelta era para el tercer o cuarto día, y, en las noches del 10 y del 11 de Febrero, he oído pasar los trenes de regreso, grato para ellos, soplando el templado viento del Norte.

El mes de Marzo tuvo días decididamente destemplados, y allá, en el Sud, se volvieron a organizar largos trenes de peregrinación que pasaron sobre la ciudad a fines del mes (no apunté la fecha).

Pasaron ya quince días: hoy, a mediados de Abril, hemos tenido una semana de tibiezas anormales, habiendo marcado el termómetro 28 centígrados, pero aquellos trenes no eran de recreo: eran trenes internacionales, con destino al Paraguay, al Brasil, con quizás cortas estadías en Entre Ríos, Corrientes, Misiones, el Chaco.

El lindísimo pájaro vulgarmente llamado federal y que frecuente en bandadas las islas del Tigre en la época del chocho blando y lechoso, ayer 13 de Abril, estaba todavía de paso en la provincia de Entre Ríos, acampado allí hasta que las tibiezas continúen, listo para seguir su vuelo hacia el Norte, al primer cambio de temperatura, después de la lluvia ya inminente.

De todo lo cual me resulta de cierta manera que, los pájaros migratorios, no puede decirse rigurosamente que por

un brusco, fuerte y algo prolongado cambio de temperatura se van engañados, como creyendo que ha llegado la época definitiva de la emigración: me parece más bien que hacen lo que los humanos; molestados por el frío, se van momentáneamente a su, por decirlo así, veraneo de invernada; y volviendo a picar en ellos el calor, vuelven a los invernaderos de veraneada; pero cuando llega realmente la época de emigrar, que coincide más o menos con la terminación del veraneo humano de Semana Santa, por más que pique el calor, en primavera, por más que vuelva el frío, ya no alistan los convoyes grandes de largos viajes, se quedan en sus campos y sus lagunas de veraneo o de invernada.

En estas observaciones de grandes emigradores, como las grullas y los palmípedos, no hay que comprender a ciertas golondrinas y ciertos picaflones, los cuales, como muchos lo han sospechado y como bien lo ha relatado Lugones, quedan en la región escondidos y aletargados durante la estación fría, despertándose y volitando alegres en los días templados de invierno, como suele suceder en el proverbial veranito de San Juan.



Todos los animales,—no sé si comprender al hombre entre ellos,—en cuestiones de intereses amorosos son generalmente como el perro del hortelano: no comen ni dejan comer. Si el gesto puede parecer de un egoísmo envidioso, es, sin embargo, más moral que el pseudo altruismo del “menage à trois”. Y no sabría decir cuál de las dos acciones responde mejor a las leyes inmutables de la naturaleza, que, sin embargo, parecen contradecirse en la manifestación de los dos fenómenos arriba citados.

Entre los pájaros, los que mejor ponen en acción el dicho

vulgar de aquel exclusivismo siempre despierto, siempre radical y que no permite el curso de la ley de la procreación. son los cisnes, los cándidos y románticos cisnes de la leyenda teutónica, cuya lucha de rivalidades, en presencia unos de otros, jamás llega a la pelea de armas cortas y a la destrucción de uno o más rivales, sino a otra táctica, seguramente más culta porque más cercana a los sentimientos civilizados. Parece que en la cerebración de los cisnes no se admite un crimen pasional, sino la vigilancia asidua y recíproca; el acecho constante, una línea de frontera preestablecida que ninguno de ellos puede violar y adentro de la cual, como en una plaza fuerte, se conservan más inmaculadas las albas plumas de las hembras intangibles.

Los cisnes, rigurosamente monógamos, bien podrían hacerse menos amarga la vida, llevándose "al corte" una compañera, como hacen otros animales monógamos y acostumbrados u obligados a vivir en comunidad. Cuando en el Zoológico se quiere obtener reproducción de estos palmípedos envidiosos y que llegan a turbar los idilios incipientes hasta de otras especies, estamos obligados a capturarlos, pareja por pareja, y encerrarlos en pequeñas lagunitas para que al fin se celebren las bodas y nidifiquen. Pero entonces es el momento de creer que en ellos más que el amor puede el odio a los individuos del mismo sexo. Si el encierro de cada pareja es separado tan sólo por la infranqueable barrera de un tejido de alambre, aquellos machos soberbios y empedernidos en el odio genésico, dejarán, ipso facto, la dulce compañera, para pasar horas, días y semanas al ras de ese alambre, con el pescuezo erizado y la pupila encendida. Entonces, con modestos telones de bolsa de arpillera, hay que separar esas alcobas para que los machos de ambos lados olviden poco a poco la silueta del hermano aborrecido e inicien la construcción del ancho y blondo trono de paja, donde sus Ledas depositen al fin sus huevos de un gris de perla.

Quizás el cisne ahora tranquilo, creará que no ha sido escrito para él el verso de Virgilio: "sic vos non vobis nidificantes aves".

Interpretando la filosofía de estos palmípedos, hemos conseguido en este año cinco nidadas.

El sutil excepticismo francés ha encontrado la frase feliz y que todo lo expresa: "l'heureux menage à trois". Pero si é^l ha constatado en abundancia el hecho que le ha brindado la frase, éste no es producto de los últimos tiempos: siempre debe haber existido. Como que nosotros lo venimos observando hasta en las especies animales: pero en éstas, a decir verdad, no se asemeja absolutamente al apacible y canallesco menage tricépite del vaudeville sino al buen amigo de la casa, al "cavalier servente" de la arcadia en auge, el "abate joven de los madrigales"; acepción y situación que, por más romántica y platónica que sea, el lenguaje español, heredando la moral y adusta intransigencia morisca, no supo crear.

Inútil buscar esta modalidad entre los mamíferos polígamos o monógamos, siempre celosos y de una intransigencia fundamentalmente radical en cuestiones de posesión y de amor, y que, pasado apenas un tiempo prudencial de lactancia, excluye en su absorbencia hasta el amor filial. Son solamente los animales de sangre fría los que no creen en estas incompatibilidades y pueden vivir pacíficamente en aquella promiscuidad tan fatal en los conventillos, conociendo cada iguano a su iguana, cada serpiente a su compañera, complacidos los otros en las escenas de tierno idilio, si los hay entre ellos, extasiados ante el bello espectáculo, y siempre admiradores devotos y constantes, sin rastros de envidia ante la felicidad ajena y de la que participan sincera y desinteresadamente como buenos amigos de la casa. Hay más: el abrazo de un sapo con una sapita, que se prolonga en toda

una noche de plenilunio, es admirado de cerca por el amigo de la casa, el que entona con las graves y cristalinas notas de un himno nupcial, el coro de alabanzas de todos los vecinos regocijados y al que se entrelazan las notas de otros cien coros que cantan cien nupcias más en esa noche de plenilunio.

Pero hay también entre animales de sangre muy caliente, cuales son los pájaros, hay algunos a los que una larga cultura estética, positivamente adquirida entre los jarrones y al pie de las estatuas de mármol pentélico y entre la delicada fiesta de las flores abiertas, en los dulces declives del Himo y del Parnaso, y que desde las ramas de los olivos de plata, en las fuentes frescas de Hélade viendo reflejada su imagen consagrada a Juno, nuevo Narciso la amó sobre todas las otras: el bello Taonida de la cola ocelada por Argos, el pavo real, esteta refinado y enamorado de sí mismo, sabe en el ardiente y celoso mundo de los pájaros, convertirse en el ceremonioso acompañante de una pareja feliz, el buen amigo de la casa, el abate joven de los madrigales.

Ellos forman el "menage à trois" más decente de la creación.

Es que la psiquis amorosa de los bellos pavones se asemeja un tanto a la psiquis coqueta de la mujer, que es generalizadora y que emplea y que gasta sus atavíos, sus bellezas, sus ademanes encantadores, siempre con profusión, esté o no esté presente el otro sexo. En la psiquis femenina humana y en la masculina del pájaro magnífico, la presencia del sexo opuesto es tan sólo un pretexto más para "épanouir" la cola rutilante en unos, dar muestra en otras, de su belleza vistosa y perfecta o de su fino encanto de tímida y modesta violeta.

Baja un gorrión a la pradera, dormita tranquilo un gato mofletudo, se reúne en un punto un montículo de hojarasca reseca, y el pavo, estremecido de gozo, abre vibrante su cola frente al gorrión, el gato dormido, al montículo de hojas,

como la mujer viste sus mejores atavíos, usa de sus mejores armas, así frente a un espejo como en un thé, en una novena o en una reunión exclusivamente femenina. Pero suele suceder que allá por donde andan los pavones van las pavitas y que en las iglesias, además de los pilares de mármol, hay también pilares vivientes: un fútil pretexto más para abrir mejor la cola, para tomar posturas graciosas. Entre aquellos Narcisos, sexo fuerte al fin, uno obedece al imperceptible gesto que le hace ella, ufano de que su belleza haya sido comprendida: las otras, mujeres al fin, no pueden quedar indiferentes a los entusiasmos que levantan y se me ocurre que harán el gesto imperceptible que alguien entiende.

Pero hasta aquí el parecido de las dos psiquis. En el mundo humano se disuelven, o por lo menos deberían disolverse, las reuniones y se busca entonces el rinconcito aislado y lejos del mundanal ruido. No así entre los pavos: el bello Narciso, que recibió tan gran compensación a sus méritos reconocidos, no usa ya más un adarme de sus encantos; desatiende ya su pulcritud personal, todo ocupado su pensamiento en formar el hogar: pero sea que la hembra no pueda vivir sino entre esa fiesta de colores, para ella ya una necesidad estética, mientras todos los demás machos se retiraron de ella y siguen narciseando frente a un gorrión o a un gato dormido, uno, el amigo de la casa, cumple con el elegante deber de entretener los gustos artísticos de la dama, estremeciéndola la cola, acompañándola respetuoso y tomando parte en los consejos de familia, cuando al fin la pareja se decide a edificar su nido a la sombra discreta de un laurel rosa o bajo las anchas hojas de un acanto, como allá en la Grecia clásica. La pareja, estrictamente y castísimamente monógama, no piensa mal del buen amigo de casa: conoce su caballerosidad y su dignidad de Narciso no preferido y el que desempeña tan sólo una misión estética: es "el abate joven de los madrigales".



Un rápido y sordo volido percibido ya varias veces en la penumbra nocturna, más por la impresión de hálito de viento que por el objeto apenas entrevisto, nos ha hecho comprender que al fin hemos alcanzado a domiciliar en algún hueco sombrío del Jardín Zoológico a los murciélagos, tan áptecidos y tan útiles en los lugares infestados por los mosquitos.

Jamás hemos podido conseguir en compra estos quirópteros comunes, pues no hay quien se dedique a cazarlos para comercio, pero sí repetidas veces hemos sido obsequiados con algunos de estos vespertilios capturados en las islas del Tigre, y donde, siendo región extremadamente poblada de mosquitos, deberían existir en mayor abundancia.

Al recibir cada ejemplar lo hemos detenido en su encierro hasta la noche, hora en que, suavemente abierta la tapa de la caja, hemos dejado que, sin violencia, por su libre albedrío y a la hora que más fuera de su agrado, recobrar su libertad en el nuevo ambiente y tranquilo, para conseguir su arraigo. Parece que lo hemos conseguido. Serán una docena los que hemos largado, entre los cuales una hembra con su pequeña cría bien prendida del pecho. Y hace más de dos años que no hemos recibido ninguno. Recién en este verano, en nuestras andanzas nocturnas, en varias ocasiones hemos sentido y entrevisto el interesante mamífero alado, el que probablemente se ha reproducido en nuestro establecimiento: sospechamos que sus recogedores diurnos están probablemente situados en unas pequeñas buhardillas, arriba del edificio de nuestras oficinas, y en algún rincón, el mejor reparado de la casa de los zebús.

Hay también otras dos especies de animales que hemos ya francamente arraigado en libertad en el Jardín Zoológico: y son: el pájaro bono o zorro de agua, como se le llama por

su voz, el que al anochecer viene en bandadas a alojarse en los altos árboles del establecimiento, atraído por compañeros un poco desarticulados de un ala y que viven libres; y el otro, más importante como cazador de lauchas y ratones, y que se denomina vulgarmente lechuzón de las parvas: esta especie de rapaz nocturno es generalmente poco conocido, pero frecuente y fácilmente agarrado en los establecimientos de campo de la provincia, desde donde nos es generalmente enviado como pájaro raro y nunca visto. Al principio lo manteníamos en jaula, donde vivía mal, y entonces, con excepción de una pareja que figurara en nuestras colecciones, los demás, en grupos de cuatro o cinco por vez y con un ala ligeramente despuntada, se encontraban una noche con las puertas de su encierro abiertas, lo que naturalmente aprovechaban. No los hemos visto jamás; pero sentimos frecuentemente su estridente chirrido y alguna vez, en la amplia quietud nocturna del parque, oímos también el último gritito angustioso de la lauchita por ellos cazada.

El resto de la fauna completamente libre del Jardín Zoológico, compuesto otrora por variadas especies y numerosos individuos de pajaritos, entre los que abundaba el chingolo y el trili, han completamente desaparecido por la invasión absorbente y exclusivista del gorrión, ante el que apenas resisten los venteveos, los horneros, las urracas y la diminuta ratoncita, cuyo genio violento y lo infranqueable de sus nidos le permite aún conservarse abundante y alegrar con sus cortas y melodiosas notas casi de luscinia, las inolvidables auroras de los parques de Palermo.



“Pepe”, el mono esfinge, un santo varón lleno de virtudes domésticas, tiene la inefable calidad, involuntaria y tan desagradable para él, de enviuda frecuentemente. Tres

esposas fieles, afectuosas, adorables y adoradas murieron entre sus brazos velludos: la primera tuvo una chicuela que el público llamaba Sofía y que ¡pobrecita! contagiada por la madre, murió a los dos años de vida. La segunda murió en el parto; y la tercera, quizás por los mimos del esposo que la ingurgitaba de golosinas de las que, afectuoso él se privaba, se fué de una rápida y mortal entero-colitis.

Y él, triste, pero pletórico de vida, pasó sosegado algunos años de viudez, hasta que el ojo vigilante de la dirección notó ciertos desmayos parecidos a los que llevaron a la tumba a un Luis de Francia. Ciertas restricciones morales no son para monos: hubo que abrir nuevamente el registro genealógico del establecimiento y casar por cuarta vez a este viudo reincidente. En recuerdo del primitivo idilio de hace diez años, de las dulces costumbres de ese hogar ejemplar de virtudes domésticas y de recíprocas y apacibles tolerancias, la pequeña, venida al mundo hace un mes, se llamará también Sofía. Y cuando ella ande ya sola y por entre los barrotes del encierro se escurra por las gradas de su casucha egipcia, y al tomar confianza con el público, se descubra que el dulce nombre recordativo no puede pertenecerle por nimios detalles de sexo, en memoria de aquella chicuela que murió "poitrine" y que fué la primera esfinge que nació en el Zoológico e hizo la delicia de tantos niños,—cariñosa paradoja,—lo seguiremos llamando Sofía.

Víctimas de la tormenta

Enero 31. — Víctima propiciatoria, hemos sacrificado una zebra al viejo dios de las tempestades, al rutilante y zebreado espíritu de la tormenta, que a los exorcismos de Martín Gil, dentro de la raya del tiempo por él inexorablemente fijada, venía en alas del viento con una velocidad de más de 100 kilómetros por hora, malhumorado y terrible, a salvar los ya acartuchados maizales de la república.

A su paso crujieron las maderas del bosque joven, cayeron gajos añosos de los eucaliptos, los aromos vidriosos quedaron tronchados, las araucarias del quieto bosque tupido fueron arrasadas por la terrible guadaña del vendaval; volaron en astillas los trozos de los ombúes corpulentos, y un alto ciprés que, orgulloso por sus años, no quiso doblar su cima enhiesta, fué por el bárbaro salvador del maíz arrancado de raíz y arrojado como colosal y negro fantasma en el centro del apacible patio árabe del corral de la zebra. A ésta le había llegado su hora: el emblema fúnebre, arrojado allí con tanta violencia, la hizo huir despavorida; chocó contra un poste de ñandubay que no resistió al embate, y ella, con las cervicales fracturadas, quedó fulminada. La pobre víctima apaciguadora detuvo un tanto al ciclón: empezaba la lluvia torrencial y la pesada capota del cielo, llena de destellos luminosos, iba repitiendo por todo el horizonte fantásticamente las rayas del bello cuerpo de la víctima, anunciando a las pampas que el sacrificio estaba ya consumado; ahora los maizales sedientos podrán volver a levantar vigoroso su marchito cogollo.

Llovió toda la noche sobre el cuerpo yerto de la pobre zebra; y a la aurora,—esa aurora del domingo,—toda fresca y toda saturada de los aromas de hierbas destrozadas en una noche de tormenta, un sereno fué el primero que vió la tristísima escena: una zebra y un ciprés muertos juntos en el suelo.

Si París bien valía una misa, bien vale una zebra una cosecha de maíz, y en Norte América no faltaría el cultivador que con gesto generoso repusiera en el zoo la víctima ignara.

EL DIRECTOR.

**Un gordiáceo y un perro. Cartas
de J. C. Dávalos.**

San Lorenzo, Marzo 12 de 1916.

Señor Clemente Onelli.

Buenos Aires.

Mi distinguido amigo:

Supongo que mi carta sobre el tábano está en su poder. Ahora le voy a contar mi descubrimiento de un gordiáceo.

En un arroyito afluente del río de San Lorenzo, he encontrado esta mañana el ejemplar de que le doy cuenta. El singular bicho, cuya vida, como la de tantos otros seres, constituye una serie de sucesos casuales, que el "azar canaliza", para valerse de la expresión de Le Dantec, estaba a la orilla del agua, semejando una raicilla negra, mojada de continuo por la corriente.

Lo curioso es esto: para que haya un *gordio* adulto, es preciso que muieran miles y quizá millones de huevos de *gordio*. Con el descubrimiento de este ejemplar, he completado bien mi noción del animalejo.

La primera vez, descubrí el *gordio* por carambola, en clase. Un muchacho vino a mostrarme un *comepiojo* (mamboretá, ruega a Dios), raro por su gran barriga, que había pillado en el jardín de su casa. Al operarlo al bicho para estudiar las partes del cuerpo de un insecto, de pronto le salió de la panza una especie de alambrito negro, arrollado varias veces. Fué un escándalo. ¡Un *comepiojo* con cuerda! ¡Un

comepiojo que pare una viborita! Gritaban los individuos, con su marcada y cachacienta tonada. Yo tampoco sabía qué diablos era aquello. Pero no tardé, hojeando libros, en satisfacer la curiosidad de mis discípulos, aprendiendo con ellos, en un libro grande de la biblioteca, la vida y milagro de los tales gordiáceos. El bicho y su huésped estaban vivos, aunque era probable que el mamboretá se hubiera muerto pronto, podrido en la tierra del jardín, a no hallarlo tan oportunamente mi discípulo.

En fin, los gordiáceos, se desarrollan como sigue: una vez que el mamboretá muere, absorbida su hemolinfa por el parásito, que se nutre por una boca y un tubo digestivo, el gordiáceo cae a la tierra y es arrastrado por las aguas a algún charco, donde al envejecer, en pocos días, pierde la boca, que se oblitera, y la primera parte del tubo digestivo. La vida en el charco es el período del amor. Allá el azar junta los sexos; los bichos largan sus huevos y mueren. A los huevos se los traga una larva acuática de insecto, o el insecto ya adulto. Por el momento no puedo precisar el punto, por no tener a mano más que libros deficientes. Ello es que el huevo del gordiáceo progresa en la barriga del insecto hasta llegar al animal adulto, con lo que se cierra el ciclo de vida. Hay que ver, pues, las contingencias de semejante ciclo; los huevos no siempre son comidos por algún insecto; el gordiáceo no cae siempre en un charco propicio; el charco, no siempre dura lo bastante, etc.

Con aquel gordiáceo que encontramos en el *comepiojo* nos pasó algo raro, pero después me expliqué la cosa. El ayudante metió la *viborita* en una probeta con agua, y para mejor alimentarlo le echó azúcar al agua. A los tres minutos el bicho se retorció espantosamente, y medio minuto después era *cadáver*. No soy yo muy instruído en química (aunque sé que la vida es en último análisis un fenómeno químico), pero me parece que aquel gordiáceo reventó envenenado con la *papapa*

del ayudante, puesto que el azúcar al derretirse, creo que segrega ácido carbónico; y el gordiáceo respira a través del cutis.

En fin, este bicho pertenece a la clase de los nemathelminths, género gordiáceos.

Es pariente cercano de la *trichina* y de la filaria, y de los *áscaris* y por su organización pertenecen al grupo de animales en que los órganos reproductores son los mejor desarrollados y absorben toda la fisiología de las especies.

JUAN CARLOS DAVALOS.

San Lorenzo (Salta), 25-3-916.

Señor Clemente Onelli.

Buenos Aires.

Mi distinguido amigo:

Si al artículo anterior firmado por mí, aparecido en el último número de la Revista, le puso usted por título: "Leyendo a Lugones", a este, del próximo número, que espero reunir con mi carta anterior, le puede poner: "Leyendo a Onelli". Sus "Idiosincrasias de los habitantes del Zoo", me han sugerido el escribirle sobre tantas observaciones semejantes que he hecho, y que no encontraba oportunidad de publicar.

Empezaremos por los dos perros del hotel donde me alojo (ya desmonté la carpa). Para el que no sabe observar, todos los perros son iguales. Para el buen observador, no hay perro igual a otro. Yo, moderno Plutarco de los canes, haré un paralelo entre estos dos perros del hotel, negro el uno, mezcla de

terranova con perro bruto, y el otro café, de raza perdiguero. El negro se llama "Negro" y el perdiguero ha recibido el espantable nombre de "Atila". El Negro es taciturno, retraído y no come casi nada, porque tiene sangre de perro silvestre, o sea perro de rancho, y sólo come con placer lo que logra robar en las casas del vecindario, por lo cual vive tumefacto. A cada rato vuelve a casa herido, tambaleante, de alguna tunda que le dieron por ahí. Es la herencia.

Atila es un perro educado, cuidadoso de sí mismo. Si los chanchos se meten a comerse los bulbos de los lirios del jardín en día de lluvia, el señor Atila, por no embarrarse, no los echa. Una de las cosas raras de este perro es que come mariposas. Aquí hay en el corredor unas lámparas a alcohol carburado que dan luz blanca, y convocan a todos los bichos del campo. Caen unas grandes mariposas nocturnas que chupan los jazmines, del género esfinge, y el perro se sienta a mirar, con sus absortos ojos amarillos, como fascinado, el vuelo loco de estos insectos. Anteanoche le convidé cerca de veinte mariposas, que el muy chanchito mascaba con delicia. Ya se ve, que si los perros comen *acka* (1), ¿qué habrá que les de asco? En la frontera los perros flacos de los gauchos comen chañar. Un señor Michel, del valle de Cafayate, me cuenta que sus perros comen uvas, y que los zorros (cánidos), son una plaga temible para los viñedos.

Otra rareza de Atila es que aquí lo utilizan para separar los pollos cuando se pelean. En cuanto ve dos gallos en actitud belicosa, se pone a atisbar. A los primeros revuelos, se aproxima cautelosamente, y con la mano derecha, le da un pequeño manotazo a cada contrincante.

Además el amigo Atila sabe sonreír. A veces, cuando se le acaricia o se le llama con afabilidad, el perro se aproxima frunciendo el labio superior y mostrando los dientes. Este gesto va acompañado de un movimiento lento de la cabeza

(1) "Acka".—Estiércol humano, en quichua.

a un lado y otro, semejante al de las madres cuando acarician a sus hijos. Ya sé que los mismos músculos actúan en la sonrisa humana y en la canina; y que los mismos músculos se ponen en juego en la sonrisa que en la cólera. A propósito de la expresión de las emociones y de la simulación en la lucha por la vida, he observado lo siguiente: cuando Atila (perro civilizado por herencia y raza), se encuentra con un perro bruto de rancho (perro salvajizado), va derecho a olfatearlo, seguro de sí mismo, pero con los pelos del lomo parados. La actitud del perro de rancho es bien divertida: sus pelos dorsales se erizan hasta el anca, su cola se sume entre las piernas, su cuerpo se encoje, como si fuese a saltar, y su cara se arruga, con la contracción violenta del labio superior, mostrando todos los dientes; sus orejas se apagan, como para morder; en fin, su *parada* es horrorosa, pues su lengua entra y sale rápidamente, acompañando toda esta alharaca con gruñidos ásperos y sordos. En cuanto Atila lo muerde, el pobre perro de rancho, da un alarido y huye a esconderse bajo el catre de tientos de su dueño, el indio pacífico, que presencia la escena, impassible como un Budha. Yo me inclino a creer que todos estos síntomas del perro de rancho son de espanto, de miedo al diente de su gordo e imperioso congénere; aunque a primera vista estos mismos síntomas parezcan de fiereza y valor. He ahí un fenómeno de expresión de emociones y de simulación inconsciente o involuntaria en la lucha por la vida. Entre los hombres pasa idéntica cosa. Todo tipo botarate y garifo, seguro que es un cobarde. Su debilidad moral se recubre con el aparato de un físico *èpatant*.

Atila y el Negro cuidan el hotel de noche. Me dicen los dueños que en invierno los cuatro gatos de la casa se acuestan a dormir sobre los dos perros, o más bien, entre los dos perros. Ahora, en verano, veo que los perros se divierten jorobando a los gatos. Es seguro que la necesidad de protegerse del frío los hace olvidar a los perros el odio de los gatos y

vice-versa. Yo creo que este odio no es más que una profunda diferencia de carácter. A los perros, me ha parecido ver que los divierte la seriedad de los gatos, su reposo, la parsimonia de sus movimientos. El perro es por naturaleza expansivo y travieso. Peto lo que parece encantarle al perro, es el susto que le pega el gato cuando le da el manotazo en la boca, y bufar iracundo, y huye con la cola parada como cepillo de pistola. Yo creo que los perros se ríen de los gatos, como los desordenados pródigos se ríen de los avaros meticulosos, o también, como los locos se ríen de los cuerdos.

De noche, vienen a rondar la abundante cocina del hotel, los caschis hambrientos de la comarca. Es divertido, las escenas a que esto da lugar. Los asaltantes aparecen por la loma próxima y esperan a que apaguen las luces y se acueste la gente. Entonces se arriman al guardapatio y se sientan a llorar a gritos. Son unos alaridos desgarradores. Los perros del hotel, al principio ladran furiosamente, pero acaban por enternecerse, y ellos también se largan a llorar. Al cabo de un rato se produce la carga a las ollas, el asalto, que los guardianes conmovidos presencian llorando. No es raro encontrar en el campito, a 50 metros del hotel tazas y ollas con azuquitar y restos de loco lamido "hasta verte Cristo mío".

Una noche sintieron aquí un ruido fenomenal, como si arrastraran un tarro vacío y lo golpearan contra el suelo y las paredes. Se levantaron *las chinitas* creyendo que eran las almas. Resultó ser un perro que había metido la cabeza en una lata de grasa, y que no se la podía sacar, y así había salido a tientas de la despensa, intentando disparar al campo. ¡Ay, es nada la paliza que se llevó el muy canalla!

No hace mucho, en mi mesa, a la hora de la comida, he fomentado y producido el apareamiento de un escarabajo

atlas, de estos que tienen una especie de gancho o cuerno en la cabeza, que se cierra en curva, como un candado, sobre una ranura del tórax. Son bichos enormes y de gran fuerza estos coleópteros, de color café y puntas negras. La lucha sexual duró cerca de un cuarto de hora. La hembra no tiene el cuernito que sólo es propio del macho. Como la hembra trataba a toda costa de huir, quizá por ser dolorosa la operación, yo la apretaba con todas mis ganas con el tenedor sobre el mantel. Así pude apreciar bien la tremenda fuerza de que están dotados estos animales. El macho, que no era zonzo, y estaba ciego de amor, logró hacer presa de la hembra; y allí se quedaron inmóviles durante más de media hora. Después lo hice repetir la operación con otra hembra.

En las dos luchas sexuales el macho se valía de su tenaza para dominar a la hembra. La hembra trataba siempre de huir. El macho la seguía, la abrazaba, montándola, con todas sus fuerzas; la hembra se tiraba patas arriba. Lo cierto es que sólo se producía la unión cuando el macho lograba tenerla quieta a la hembra. Una vez en esa posición, ya no se movían hasta el fin. Creo haber encontrado que el cuernito del macho no es un mero objeto de adorno, sino un apéndice utilísimo, para agarrarse con el tórax de los *yuyos*, mientras sujeta a la hembra con sus poderosas patas. Sin este apéndice, pues, dada la gran fuerza de la hembra, más grande, la fecundación sería imposible.

Salúdale su afectísimo S. S. y amigo,

JUAN CARLOS DAVALOS

La bacilosis entre los monos.

Al señor académico, doctor don Abel Ayerza

El sabio maestro doctor Abel Ayerza, ha publicado un trabajo presentado a la Academia de Medicina, sobre un nuevo síntoma del "síndrome mediastinal — la hemiplegia diafragmática"

Nos ha honrado enviándonos el trabajo con esta sugestiva nota: "los monos, tan frecuentemente atacados de bacilosis, no presentarán este fenómeno? Usted lo dirá".

Nos hemos ilustrado con la atenta lectura de la síntesis clásica hecha a estilo de los viejos maestros, pero que usa una de las recientísimas armas modernas de la ciencia: la radiografía.

El razonamiento preciso y eficaz, que rinde claras hasta las esfumadas fotografías radiográficas, generalmente de interpretación un tanto difícil, nos ha convencido de que la sugestiva pregunta del autor, al adjuntarnos su monografía, seguramente debe estar en un todo de acuerdo con sus conclusiones también para todos los primates cuyas enfermedades son tan similares sino iguales a las humanas.

Pero ¡ay! la pantalla radioscópica que suscita tantos estudios sugestivos frente al enfermo humano y entre las manos hábiles del profesor Ayerza, desgraciadamente es inaplicable frente al tórax inquieto de estos animales turbulentos y peligrosos.

¡Qué no hubiera denunciado esa pantalla reveladora, presentada frente al cuerpo del magnífico mandril, en cuya necropsia se constató una cirrosis hepática por quistes hida-

títicos en tal número y en tal abundancia, que llenaron tres tarros comunes de sal fina y cuya cavidad abdominal y torácica era todo un conjunto de adherencias: mandril adulto que debe haber sobrellevado por largos años su enfermedad paralizadora y que, como "la enferma que lleva esta lesión, andaba, y a pesar del tiempo transcurrido vive aún luchando contra su parálisis completa del diafragma", recién murió cuando la envoltura de los quistes se laceró invadiendo la cavidad visceral.

¡Qué de bellas observaciones podría haber revelado esa pantalla, frente a los casos de tabes progresiva y de mielitis que hace unos años affligían a la mayor parte de los cinocéfalos de nuestras colecciones!

Es aquí el caso de hacer notar que estas enfermedades de la médula, tan frecuentes en los primates de zoarios, ha desaparecido por completo de nuestro establecimiento, no pudiendo, sin embargo, explicarnos sino empíricamente esta desaparición, atribuyéndola, quizás, a los mayores cuidados, a la mejor y más variada alimentación, y a la desinfección continuada de las jaulas.

Pero el doctor Ayerza, fuerte de sus lecturas y de las experiencias hechas en los gabinetes científicos de Europa sobre primates, nos escribe en la dedicatoria: "Los monos, tan frecuentemente atacados de bacilosis..."

En nuestro Jardín Zoológico, sea el régimen severo de opendoor, muy posible en nuestro clima suave, sea la asepsia que se usa rigurosa y tan necesaria con esos animales desaseados, quizás por eso nos resulta que la bacilosis es casi excepcional entre nuestros monos: en doce años de continuadas autopsias de animales tan interesantes, quizás efectuadas en setenta u ochenta individuos de diferentes especies, recordamos tan sólo unos seis casos de tuberculosis: en dos macacos que llegaron enfermos al establecimiento; en dos habuinos negros, cuya etiología de la enfermedad no po-

demos determinar y en una esfinge hembra, la que pareció adquirirla durante la lactancia de su cría a la que contagió, mientras que siete años después el macho que cohabitó con ellas, por su estado lozano de salud, no parece haberla adquirido.

La causa única de muerte entre los monos del Jardín Zoológico, es, desde hace diez años, la gastro-enterocolitis, exceptuando tan sólo al mandril de que hablamos, una afección orgánica cardíaca de un gibón y dos casos de bronco-pneumonía en chimpancés.

Mientras tanto la bacilosis la encontramos más frecuente como causa de muerte entre nuestros pensionistas carnívoros y rumiantes, entre los cuales si la causa de muerte ha sido otra, es también frecuente encontrar los rastros de pleuresías superadas.

No de los monos sino de estos otros órdenes zoológicas, podríamos nosotros repetir con el maestro: "¿Cuántos son los cadáveres autopsiados donde los pulmones se encuentren libres de adherencias pleurales?" Los que estamos familiarizados con estas investigaciones, sabemos responder afirmando que es excepción encontrar pulmones libres de toda atadura pleural".

C. ONELLI.

Chinchillas y skungs en semilibertad.

Hace unos diez años, el señor Augusto Huber, naturalista y peletero (hagámosle por lo menos la reclame diciendo que su casa de comercio está en la calle Florida, frente a lo de Harrods), pidió al gobierno ocho o diez manzanas de tierra en determinado punto de la Patagonia, para iniciar la crianza en semilibertad del zorrino, el skungs argentino. El había viajado por Norte América, donde había visto el buen resultado de esta crianza: sabía cuáles zorrinos de nuestro país tienen el pelo más renegrado, los de Catamarca; cuáles tienen menor cantidad de pelos blancos, los de Córdoba y Río Negro: todos estos datos recolectados con una paciencia de benedictino y apartando y averiguando el punto de origen de los cueritos que iba comprando.

Su demanda, quizás porque era novedosa, fué rechazada: insistió, pidiendo comprar al precio que se le fijara ese terrenito, donde no podrían alimentarse en el año diez ovejas. Después de las largas tramitaciones de estilo y reposición de sellos, tuvo el consuelo de cerciorarse del decreto largamente tramitado y que decía: "No hay lugar por ser campos reservados por ley tal de tal".

Como esta aclimatación de skunks, por cuestiones de clima y por lo hediondo no puede hacerse en una quinta de los arrabales y menos en una azotea de una casa urbana, el señor Huber desistió del papel de naturalista amigo del progreso del país y se entregó por completo a la fabricación de estolas, sacos y manchones de pieles de lujo, cuya manufactura parece de la casa Reveillon de París.

Hace pocos días que he visto en los diarios que otro (ia-

mento no poderle hacer reclame porque ignoro su nombre y si es comerciante establecido), se ha presentado pidiendo un campito apropiado para aclimatación y crianza en semilibertad de las chinchillas. No sé cómo terminará el asunto, pero por los prolegómenos del cómo, según la prensa, se desarrolla la tramitación, hay ya más palos de estorbo que rayos en la rueda evolutiva del asunto: control de las chinchillas que entran, control de las chinchillas que salen, cueritos probablemente marcados y contra marcados como comprobantes de las chinchillas que mueran,—los técnicos parece que no saben que las chinchillas, como vizcachas que son, pueden morir en el fondo de las cuevas y descubrirse su esqueleto una vez comido el todo por las alimañas del desierto.

Notad que seguramente el Fulano se asustará ante la fiscalización y recuento como de las hojas de tabaco en la planta en los países de estanco, y las pocas chinchillas reales que todavía existen, seguirán como ahora, siendo cazadas en territorio argentino, pasadas por cualquier senda del desierto del otro lado de la frontera e introducidas nuevamente por caminos internacionales con aduanas, como el de La Quiaca y bajo el interesante aspecto de mercadería de tránsito.

¿Qué se le importará al fisco que tiene prohibida la caza de la chinchilla y que bien sabe de no poder hacer efectiva la prohibición, qué se le importará que un Fulano cualquiera de tan buena voluntad para ir a vivir en desiertos a 3.000 metros de altura, tenga 62 chinchillas en lugar de cincuenta, venda los cueros de los que pueda sacrificar, estando ante que todo en su elemental interés acrecentar el plantel para contar después de 5 o 6 años con un principio de buena explotación?

La aclimatación del zorrino, si el fisco se convenciera de una vez, será posible todavía por muchos años, pues es abundantísimo y muy fácil su aclimatación en terrenos arenosos, de pastos duros, de arbustos, con una pequeña vertiente y que

se contenta en las reducciones de una alimentación somera de cualquier carne, cocida o cruda, charqueada, mezclada con alguna harina.

La aclimatación de la chinchilla, con dos o tres años más será ya imposible, porque se están cazando con ahinco y con todos los medios los pocos centenares que aún subsisten; como que cada cuero de chinchilla real vale ya en las comarcas en que habita 60 y 70 pesos cada una y este animalito no es tan prolífico como los demás roedores, mientras que el skunks tiene hasta ocho chicuelos por parición; además, si un zorrino puede servir diez hembras, las chinchillas parece que son monógamas, lo que dificulta aún más su reproducción.

Como detalle, inútil sin embargo en tierra de ciegos, hay que saber que en Norte América hay como 50 criadores de skunks (no grandes capitalistas trustificadores), son tan sólo pequeños industriales que han empezado con 6 ó 7 machos y 20 a 30 hembras y que después de cinco años tienen alrededor de mil hembras 250 machos y habiendo ya desde el cuarto año obtenido una utilidad líquida de catorce mil dollars anuales, que son unos treinta mil de nuestra moneda, ganancia factible también en este país, pues las pieles tienen un valor igual aproximado en todas partes del mundo.

C. O.

Lo que nos prepara la leña.

Nos acordaremos de Santa Bárbara cuando truena. La crisis del carbón está poniendo en auge la industria del talaje de los bosques subtropicales, industria que para suerte del porvenir del país vivía malamente en las provincias y territorios del Norte.

Sería pueril que ahora quisiera demostrar lo que todo el mundo sabe de la influencia benéfica de los bosques sobre el régimen de las lluvias en un país que en $9\frac{1}{2}$ partes del territorio sobre diez, cuenta tan sólo con el beneplácito de la regadera divina.

Bien, pues, con el incremento febril que ante las necesidades actuales ha tomado el desboscamiento de las selvas de maderas duras en el Norte, si esè ha de durar, como es posible, pues la leña fuerte es tan buena como el carbón para muchos usos, se presenta pavoroso, para dentro de unos cuantos años, el problema del cambio radical de las lluvias en el país y a lo que ya está predispuesto todo el territorio, pues en tiempos no muy lejanos ha sido más húmedo y más abundante de cursos de aguas: lo atestiguan los cauces secos de arroyos que otrora, quizás menos de cien años, corrían caudalosos y de los que hoy apenas algunos recogen aguas de avenidas en las épocas de lluvias.

En todas las vías del Central Córdoba, del colosal Central Argentino y sus ramales sin número, la leña de quebracho colorado y blanco, de cebil, lapacho, urunday, etc., amontonada en las estaciones, cargada hasta lo inverosímil arriba de los vagones, esperan el momento del viaje para ser dige-

ridas en los amplios estómagos industriales de las ciudades.

Y cuando en Santiago del Estero, La Dormida, no se habla entre sueños de política, se conversa de la leña, esa leña bendita que quizás la despierte con momentáneas inyecciones de oxígeno, mejor dicho, de plata, pero cuyo reavivamiento momentáneo se convertirá más tarde en la árida desolación de esas landas reseca.

Cierto es que yo, como zoólogo que soy, debería ocuparme de los quebrachos tan sólo para estudiar el taladro que los carcome y deliciarme ante los abundantes trozos de leña "Campana" que, conservando aún un poco de savia a su llegada a Buenos Aires, cuentan por entre sus cortezas ásperas y sus resqueibros la vida inferior del Chaco ardiente. Pero como parece que todo el mundo espera que truene para invocar a Santa Bárbara, pues a quien he mostrado mis temores se sonríe diciendo: "son tantos los centenares de leguas cubiertas de bosques", que me parece oportuno preguntar a la Sociedad Forestal Argentina, amiga de plantar arbolitos en la ciudad, por qué, aunque sea en un simple lirismo académico, no trata, no excita, no pincha al fisco a fin de hacer obligatorio desde ya el replante de individuos jóvenes de la misma especie o similares de más rápido crecimiento, en todos los puntos donde el hacha del obrajero, urgida por las necesidades improporables de la industria, voltea sin piedad árboles centenarios.

C. O.

**Observaciones zoológicas hechas en
el frente de batalla, por Luis
Rousseau.**

Mi vida actual me ha permitido constataciones muy curiosas que, por cierto, habrían podido ser hechas por otros más autorizados que yo y también en otras regiones.

Mi puesto de observación está disimulado en el límite de un bosque, entre unos arbolitos de abeto; el horizonte se percibe de todos lados: veo llanos, bosques, valles, trincheras enemigas, nuestros aeroplanos, los de ellos sobre los que yo tiro a menudo, el estallido de los obuses de diferentes clases; y veo también nuestros pájaros y todos los seres vivientes que circulan alrededor:

Felizmente los largos años de paz no nos habían permitido pensar en lo que sería durante la guerra, la vida de los seres que evolucionan en libertad en nuestra hermosa Francia.

Nuestros pájaros. — Los pájaros siguen sus ocupaciones habituales; sin embargo, los incomodan bastante las idas y venidas de todos nuestros soldados, pero no e les importa mucho; se han acostumbrado al ruido y a circular sin temor del peligro. El peligro, sí, pues debo denunciar una costumbre venida del mediodía, que los amenaza sin utilidad ni provecho para nadie. He encontrado en los terrenos incultos y entre los árboles que los rodean (abetos, sauces, álamos), unos lazos hechos muy ingeniosamente para la destrucción de nuestros pájaros útiles. Como abunda la cerda de caballo, pues la mayor parte de los caballos se reposan en los alrede-

dores, sus crines y sus colas son bien peladas; después los que saben hacerlo, confeccionan lazos y hasta redes, que puestos en todas las posiciones y en todos los rincones, constituyen una trampa de la que no puede escaparse el pájaro.

Esta destrucción infame no es por otra parte de ningún provecho para los que se entregan a ella. Tenemos en nuestra región algunos "muchachos de mediodía"; cada uno de ellos ha traído consigo su propia mentalidad; los apasionados por la "chasse a la casquette", están maravillados de la cantidad de "gibier" que hay en estas regiones, y sin embargo los pájaros no son muy numerosos. El "gibier" es el pajarito, nuestro encantador protegido.

Es muy raro que el que ha fabricado y colocado las trampas pueda recoger sus víctimas, pues las estadías en reposo son de poca duración. Los infelices capturados se pudren en los lazos, si son tomados por el cuello, que sino, su agonía es terrible, pues quedan suspendidos por el ala o la pata. Mis hombres se han convertido en verdaderos protectores; destruyen todas las trampas y ponen en fuga a los siniestros vagabundos; pero mi perímetro de protección es limitado y hay que creer que lo que sucede aquí debe suceder también más lejos. Todos los autores de estos crímenes son originarios del valle del Rhône y de las costas mediterráneas.

Las palomas salvajes, las tórtolas, los cuclillos, los torcos, los cuervos, las picazas, los grajos, pasan su vida sin temores; el ruido de las múltiples explosiones de día y de noche no los incomoda absolutamente; los nidos han sido construídos en un sitio elegido, siguiendo las leyes de la naturaleza; las ninadas dan resultado; en cuanto a la alimentación de los jóvenes, tiene lugar como en tiempo normal, pero con mayor número de alimentos diversos. La estadía de las tropas en campo raso deja siempre residuos de comidas, carne, conservas, costras y miga de pan, etc... Me ha sido posible observar que los estorninos, que en tiempo normal no

encuentran nunca pan, lo buscan ahora alrededor nuestro. He encontrado bajo uno de sus nidos, construido en un agujero de una rama de un roble muerto, pedazos de pan del tamaño de una avellana; dos parejas vienen al amanecer a registrar el sitio donde nosotros, exprofeso, depositamos los restos de las comidas.

Las palomas salvajes van de un vuelo en dirección de las trincheras enemigas y el estallido de los obuses no las incomoda, se detienen en la campiña y después vuelven.

Ninguno de nuestros pájaros se preocupa del ruido de las explosiones, ni tampoco de los aeroplanos (pasan como término medio diez al día por nuestro rincón). Nuestro globo cautivo, a pesar de su forma curiosa, una salchicha con cola de barrilete, no tiene poder para espantarlos; ya sea que suba o que baje, o que sus telas chasqueen al viento, nadie se molesta.

He visto aves de rapiña, volar en espiral, como las gaviotas, alrededor de él, sobre todo al caer la tarde; empieza a esa hora una danza loca que parece muy divertida para los aereos bailarines; después ascienden en vuelo liso, en arco de círculo. La pareja de perdices que habitaba aquí cerca, ha desaparecido: sin duda ha sido capturada por algún famoso cazador furtivo de las inmediaciones; pero en cambio una preciosa codorniz me alegra con su canto; ha establecido su nido en un alfalfar a veinte metros de mi cabaña; no es hurraña y circula a sus anchas alrededor de nosotros.

Las aves migratorias han pasado; me han dicho que sobre los lagunajos, adelante de las líneas, hay patos, gallinetas y gallaretas; pero yo no puedo dejar el sitio que me han asignado, para ir a verlas.

Con respecto a los animales de caza y a las fieras, es incontestable que la invasión alemana los ha echado de este lado. Tenemos una cantidad de liebres y, a pesar de los cazadores furtivos demasiado numerosos, circulan en los lí-

mites del bosque, así como los cabriolos del monte empapados de jugos embriagantes. Nada de conejos, ni aun aislados. Los jabalíes abundan; es ahora la época de los jóvenes, y muchos de éstos han sido tomados en los alrededores y se meucia hacer un criadero: dudo mucho del buen éxito, pues la leche es muy escasa. Los zorros jóvenes constituyen la diversión del personal de ambulancias establecido en los bosques. Los territoriales encargados de la reparación de los caminos, han descubierto hace una quincena, una camada de cuatro lobitos: estaban bien vivos en un foso, al borde del camino y seguramente no son los únicos en la región. Dos lobitos de agua han sido muertos a golpes de pala en unos fosos pantanosos, pero lejos de la débil corriente de agua que pasa a más de mil quinientos metros del lugar en que se encontraron. Las martas, garduñas, zorrinos, son raras, como también las comadrejas; pero, en cambio, las ratas y las lauchas abundan en los acantonamientos.

En cuanto a los insectos hay en cantidad, sobre todo moscas, jejenes, mosquitos y tábanos que con mucho gusto se los mandaríamos de regalo a los boches.

Del Boletín de la Sociedad Nacional de Aclimatación de Francia.

Palermo y el Zoológico hasta 1882.

En este año del centenario se mira con mucho cariño hacia atrás, complacidos de cómo se ha recorrido tanto camino y se ha evolucionado desde las fechas épicas de la Independencia. Pero, en cuestión de parques y paseos, hubieron de transcurrir más de sesenta años desde las fechas iniciales memorables para que la ciudad se dotara de un parque. Más todavía: hubo que utilizar los restos abandonados de lo que fué soberbia y cultivada residencia de Rosas, para adaptarla, veinte años después, a la necesidad cada vez más perentoria de un amplio local campestre para esparcimiento del pueblo.

En Junio de 1874 se decretó la fundación del Parque 3 de Febrero, nombre que, a pesar de las aún muy vivas pasiones políticas, no tuvo fortuna, sirviendo tan sólo como denominación en las notas oficiales, llamándosele siempre en la costumbre popular Palermo, como aún se le llama.

Creemos hacer cosa grata a nuestros lectores publicando unas impresiones sobre el parque de Palermo, de lo que era y lo que se proyectaba para el futuro, escritas en el año 1882 por el señor Juan de Cominges, escritor de estilo muy movido para la época y muy saboreado y que si ahora no puede considerarse ya el estilo corriente, tiene el encanto de hacernos ver los progresos efectuados en él, hoy, treinta y cuatro años después, juzgar si las apreciaciones y las críticas de entonces eran justas y ver también cómo los programas con proyecciones al porvenir que parecían enormes por lo grandiosos, resultan ahora como para ciudad de cuarto orden y se ha debido

forzosamente alterarlos, agrandarlos y darles las líneas de paseo de gran cosmópolis.

C. O.

I

—¿Ha sentido la Nación Argentina la necesidad de poseer un Parque?

—Sí; y este sentimiento, por sí solo, basta para medir su grado de cultura.

—¿Podía soportar el gasto?

—Sin duda, por cuanto que lo empezó, sabiendo que en todas las creaciones del arte, con la economía sólo se alcanza lo ridículo, y que son especialmente las grandes creaciones horticulturales, las que menos la soportan.

—¿Sería posible que sucumbiese anémico el Parque de Palermo?

Siendo cada año hombres diversos los que le otorgan la ración anual, no está en lo posible el que algún día quedase a media dieta.

No todos los hombres patriotas y populares, están dotados de esos delicados sentimientos que les hacen comprender la imprescindible necesidad de los jardines públicos.

Estas reflexiones son la causa de que tratemos de describir, en breves rasgos, lo que es esa grandeza nacional, según las impresiones que nos ha producido en la última visita, y el poderoso influjo que está llamada a ejercer en la higiene, en la ilustración y en la moral de los habitantes de Buenos Aires, siempre que se termine y se conserve.

Hay muchos pueblos, que, a pesar de no estar completamente sumidos en la barbarie, no se aperciben de la necesidad de los jardines, mientras que hay otros que, estando en los preludios de la civilización, se sentirían asfixiados sino respirasen el aroma de las flores.

No precisamos buscar ejemplos en otras épocas o en otros continentes. Bien cerca de nosotros hay una riquísima provincia extranjera, donde las hijas de los estancieros que marcan anualmente veinte mil vacas, no cultivan ni una triste planta de geranio y vegetan en medio de aquellas tristes soledades, lánguidas y aburridas, pero al menos ociosas, que es el único placer de la ignorancia y la rudeza.

Vecino está otro pueblo, que aun no ha perdido del todo ni la lengua, ni las costumbres primitivas, ni los rasgos físicos de su raza indígena: pueblo que se agita en la indigencia, sobre los escombros humeantes de su reciente devastación, y sin embargo, las mujeres de ese pueblo, que sólo con mujeres cuenta, porque sus hombres murieron como héroes, son un elocuente contraste con sus vecinas: cantan, ríen, danzan, discurren, y, sobre todo, trabajan sin violencia, y como por costumbre, sin que falten a ninguna de ellas momentos que dedicar a los jazmines que adornan los contornos de su pobre rancho. La delicadeza de sus sentimientos las hace más felices en el hogar y más útiles para la familia y para la patria, que a esas opulentas vecinas que duermen sobre un sucio jergón, bajo del cual hay inertes algunas arcas repletas de oro.

No falta en la República Argentina esa delicadeza, esa ternura exquisita que arrastra el alma hacia el culto de lo bello. Mirad uno por uno todos los zaguanes de las viviendas de Buenos Aires, y del soberbio palacio al humilde rancho, no hallaréis uno solo que carezca de esas amables compañeras de la humanidad que se alimentan con los gases que podrían dañarnos, devolviéndonos en cambio los suaves perfumes que embalsaman el ambiente que respiramos.

La familia argentina ama la compañía de las plantas; y el límite de las ambiciones de cada padre, sólo llega hasta adquirir la posesión de una quinta, donde su compañera forme ramilletes, en tanto que sus hijos juegetean. En Buenos Aires

y sus contornos, hay, probablemente, más casas de recreo que lo que consentir puede, sin violencia, la fortuna de los particulares. No son pocos aquí, los que se han arruinado por su excesiva pasión por los jardines.

No pueden, pues, tacharse de toscos los sentimientos de los hijos del Plata; antes pudiera decirse, sin menoscabo de su honra, que va haciéndose endémica entre nosotros una pasión análoga a aquella de que los holandeses suelen ser víctimas y que se llama "tulipanomía".

Pero no a todos les es dado satisfacer el laudable deseo de hacerse dueños de un jardín donde pasear sobre el florido césped y correr en los días de fiesta con sus deudos y amigos bajo los floridos árboles. Hay, desgraciadamente, muchos centenares de padres de familia, que, condenados a la estrechez o a la miseria, ven con profundo pesar tornarse poco a poco las rosadas mejillas de sus hijos relegados entre las cuatro paredes de una vivienda insana, donde falta el espacio, la luz y el oxígeno, y por lo tanto la salud y la alegría.

No basta para satisfacer esa necesidad moral y física de las familias pobres, el contemplar desde el exterior de una verja de fierro cómo se solazan, en sus jardines particulares, las familias opulentas.

El pueblo necesita de jardines públicos, más grandes y más suntuosos que los particulares: sabe que puede construirlos y conservarlos con su dinero, y no considera nunca mal invertida la plata que sus mandatarios destinan a satisfacer lo que, si no fuese una necesidad tan legítima, sería por lo menos una de las aspiraciones más laudables.

Y no se crea que es sólo al pueblo a quien aprovechan exclusivamente los grandes parques públicos. ¿Cuál otro podría ser el punto de cita de las gentes de gran mundo? ¿Dónde mejor podría diariamente exponerse a la admiración pública la exuberancia de la riqueza y la civilización? ¿Dónde como en ellos puede abarcar el extranjero, de un solo golpe

de vista el conjunto de objetos más interesantes que dan la medida de la importancia de un pueblo? ¿Dónde podría excitarse con más éxito esa provechosa emulación cuya consecuencia inmediata es el refinamiento y el progreso de las artes? ¿Cómo la culta capital de la República Argentina ha podido darse por satisfecha hasta Junio de 1874, con sus clubs, su Colón, y su calle de Florida? ¿Por ventura bastaba tan estrecha órbita para que en ella pudieran girar, con la majestad de que son dignos, esos astros deslumbradores de lujo, de hermosura, de elegancia, de gracia y cortesía que hoy embellecen y vivifican el Parque de Palermo?

¿Dónde iban a ostentar su apuesta gallardía y las gracias de su corcel brioso, los ricos mancebos de la alta sociedad porteña?

¿Dónde, las opulentas matronas, lucían sus trancos, sus carruajes, sus libreas, sus joyas, sus galas y su noble gentileza?

¿Dónde, en los días de expansión, acudía el pobre jornalero a solazar su espíritu paseando entre flores y comiendo con su familia un modesto asado a la sombra de las plantas

¿Dónde, en fin, acudía los domingos esa briosa juventud que pasa la semana entera sumergida en la cátedra, en la tienda, en el taller o en la oficina?

Antes de la creación del Parque de Palermo, las damas distinguidas de nuestra sociedad preferían permanecer reclusas en sus propias quintas, a vagar sin objeto por las poco atendidas calles de la ciudad, o a llenarse de polvo o barro y exponerse al peligro de hacerse pedazos con el coche entre los baches de las carreteras inmediatas.

En cuanto a las clases proletarias, cuyas costumbres ya se van dulcificando poco a poco, merced a instituciones civilizadoras, entre las que el Parque figura en primera línea, y es el que está llamado a completar esta obra regeneradora: en cuanto a estas clases, demasiado sabemos que su único re-

creo era el encerrarse con cuatro camaradas en un inmundo chiscón, donde pasaban el día consumiendo el jornal de la semana, entre el juego y las bebidas alcohólicas, que degradaban su espíritu, debilitaban su cuerpo y arruinaban o prostituían a su abandonada familia.

No queremos averiguar, dónde, a falta de otros honestos atractivos, acudía la gente joven de todas las condiciones sociales; pero no será dudoso el que con la creación del Parque de Palermo, nada hayan perdido la moral y las buenas costumbres....

II

¿Está bien situado el Parque de Palermo?

Oigamos los principales inconvenientes que le suponen sus adversarios.

Está demasiado lejos de la ciudad y no puede ser visitado con frecuencia por los que más necesitan solazarse, que son las familias pobres que no pueden sufragar los gastos de un vehículo.

Ocupa un espacio que debieran sembrar de sal los contemporáneos, para que se apartara con horror la vista de los sitios que conservan más palpitantes los recuerdos del tirano Rosas.

La mala calidad de su suelo, que le hace impropio para el cultivo hace también ineficaz y costosa, la lucha que el arte intenta sostener para modificar tan agreste naturaleza.

Es una llanura monótona, que carece de esa profusión de accidentes naturales, que por sí solos, y aun sin el socorro del arte, embellecen el paisaje.

Está salpicado de extensos pantanos y de lagunas cenagosas, cuyas aguas corrompidas desprenden miasmas palúdicos que amenazan la salud y la vida de los concurrentes.

Si estos informes fuesen exactos, loca estaría la familia que gastase cien pesos en un carruaje, para caminar dos le-

guas, sin más esperanzas que renovar recuerdos dolorosos; recorrer un suelo estéril y falto de bellezas naturales y regresar después a su casa, perfectamente aburrida y con el germen encima de una enfermedad mortal; locos los mandatarios que autorizasen gastos para mantener una institución que sólo servía para abatir el ánimo y arruinar la salud de sus administrados.

Pero, no se alarmen tan pronto los lectores de estas líneas: porque entre lo que es verdaderamente el lugar elegido para Parque Nacional, y las ideas que de él nos dan sus opositores, hay la misma diferencia que entre el retrato y la caricatura.

No hay rostro hechicero; no hay joya de la naturaleza; no hay modelo de arte; no hay concepción sublime que no aparezca en ridículo si se describe con el espíritu apasionado, que exagera los rasgos sin suprimirlos, porque la exageración desfigura la verdad mejor que la calumnia.

Nada hay perfecto sobre la tierra, y el sitio elegido para Parque de la Ciudad de Buenos Aires, no está excluído de esta ley que rige sin excepción en la morada humana.

En todo cuanto se dice de Palermo, hay algunos vislumbres de verdad; pero tan débiles, que apenas se apercibirían si no se mirasen a través del lente de nuestras pasiones.

Demos por sentado el que tuviese el emplazamiento del Parque algunos defectos, que no serían ciertamente tan grandes como los que se le atribuyen. ¿Pudiera esta circunstancia autorizarnos a decir que está mal elegido? Ciertamente que no, porque, como todo es relativo, hay notoria injusticia en calificar de ineptos a los que, no lo eligieron, sino que lo aceptaron, por la razón elocuente de no haber otro sitio para establecerlo, de mejores ni peores condiciones que el antiguo Palermo, a menos de que, careciendo del sexto sentido, que se llama buen gusto, hubiesen optado por un absurdo.

Más cerca de la ciudad, no hay espacio para el establecimiento de un Parque digno de Buenos Aires, como lo será en su día, por la extensión con que cuenta, el Parque de Palermo. Más lejos hubiese sido ineficaz para el objeto que motivó su creación, y por lo tanto hubiese sido un despilfarro verdaderamente digno de censura. Versalles y San Ildefonso, distan algunas leguas de sus respectivas capitales; pero los que hoy manejan intereses públicos, deben invertirlos en público beneficio, y no parecerse a un Luis XIV, ni a un Felipe V, que, profesando la máxima de que el Estado eran ellos, gastaron los recursos nacionales en suntuosos jardines, que sólo podían servir para recrearse "ellos solos", o cuando más, su corte, durante algunos días al año.

La Boca y Barracas, ni brindaban con más atractivos que Palermo, ni aún en ese caso hubiese sido justo el invertir muchos millones de pesos en aniquilar el más importante centro de comercio y el único puerto con que cuenta la plaza de Buenos Aires.

En cuanto al Oeste, no hay para que dudarlo. ¿A quién se le podía ocurrir, al establecer un Parque en Buenos Aires, el hacerlo en el único punto donde no hay vegetación; donde no hay lagos ni arroyos; donde no hay risueños horizontes; donde se interrumpiría el paso a la multitud de vías públicas; donde todo tendría que hacerse artificialmente; donde no hay, en fin, sino la imponente y aterradora monotonía de la Pampa, base poco adecuada para un Jardín-Paisaje?

Palermo, extensa propiedad de la Nación; Palermo, lugar silencioso y despoblado; Palermo, revestido por una abundante y opulenta vegetación arbórea; Palermo, con sus canales, sus represas, sus estanques, sus praderas, sus edificios, sus caminos, sus lagos, sus arroyos y todos los restos de su olvidada grandeza; Palermo, a las puertas de la Capital; Palermo en fin, ofreciendo, como generoso complemento, ese deslumbrador horizonte que presenta el majestuoso estuario

del Río de la Plata; Palermo y sólo Palermo podía ser el lugar preferido por los hombres juiciosos, para establecer un Parque susceptible de llegar a ser alguna vez la joya más preciosa de la diadema argentina.

El emplazamiento del gran Parque Nacional está bien escogido, y los defectos que sus adversarios le achacan, son como los castillos de naipes, que se derriban de un soplo; son como los fuegos fatuos, que sólo aterran a los ignorantes.

Si las clases proletarias no asisten al Parque de Palermo con la frecuencia que fuera de desear, no culpemos a la distancia que lo separa de Buenos Aires; culpemos, en primer lugar, a su estado de cultura, que aún no le permite disfrutar de los purísimos goces que proporciona el espectáculo de la belleza. Una banda de tambores produce sensaciones más agradables en el alma de los Tobas, y de casi todos los salvajes, que las mejores melodías arrancadas a un piano. Más retirado está el bosque de Vincennes y de Boulogne, y, sin embargo, eso no impide que en los días festivos se cubran literalmente sus pintorescas praderas de las alegres y cultas familias de los obreros parisienses. Más retiradas están de Madrid, Vallecas, Jetafe, Hortaleza, la Puerta de Hierro y las Ventas de Alcorcón, y, no obstante, entre estos puntos se reparten los domingos todos los obreros madrileños, porque allí hay aire y luz para esparcir el ánimo.

Otra de las causas que motivan la inasistencia de los artesanos a nuestro lindo Parque, es la de que nosotros nada hemos hecho para atraerlos.

Así como son diferentes los gustos en las distintas edades del hombre, así lo son también en las diversas clases de la sociedad. Los atractivos del Parque de Palermo, no lo son en verdad para la mayoría de las familias proletarias, sino para las clases más acomodadas, que son, por regla general, las más cultas. Diríase que teníamos una idea demasiado elevada de nuestros obreros, o que el Parque de Palermo,

se había fundado exclusivamente para recreo de la aristocracia.

No queremos decir con esto, que debería llenarse de tabernas la Avenida Sarmiento; pero sí que deseáramos que liberales disposiciones de los Poderes Públicos, facultasen a su Administración, para ceder en usufructo, secciones más o menos grandes del terreno del Parque, a cuantos clubs, casinos, sociedades, gremios, logias y demás corporaciones desearan poseer en él, un espacio propio, como en la actualidad poseen la Sociedad Rural y el Athletic Klub. Con esto se conseguiría, no sólo el multiplicar el número de los concurrentes, sino también el de los atractivos para todas las edades, gustos, sexos y condiciones. Aquellos retirados rincones hoy incultos o defendidos a duras penas, con los escasos recursos de un exiguo presupuesto, se verían, por la iniciativa particular, cerrados con lindas verjas, cultivados con esmero y ornados en competencia de fuentes, de grutas, de peñascos, de puentes, de palacios, de kioskos, de cascadas, de pabellones, de tribunas, de estufas, de emparrados, de templetos, de peristilos, de estatuas y de la multitud de construcciones propias de estos lugares destinados a la expansión y al regocijo.

Más todavía: el Gobierno debiera provocar, y aun auxiliar, de una manera más o menos directa, la instalación en el Parque de Palermo y por cuenta particular, de una variedad infinita de honestos entretenimientos, que instruyen, que fortifican, que admiran o que deleitan; instalaciones que, bien administradas, acabarían por producir cuantiosas rentas.

III

Dejemos a un lado, por ahora, todo lo que en la actualidad existe en el Parque una pintoresca sección, a la que acude en los días de fiesta a distraerse con ese ejercicio, al que

debe las libertades de que goza su patria en medio de las monarquías europeas.

Descansemos un rato en este anfiteatro, donde trabaja una compañía de acróbatas.

Subamos, por su florida rampa espiral, sobre aquella montaña rústica, desde cuya cumbre veremos a nuestros piés todó el Parque de Palermo y todo el Río de la Plata, aun cuando no hagamos uso del gran telescopio con el que se distingue una parte de su costa oriental y se reconocen hasta las más diminutas banderas de los buques fondeados en la rada.

Descendamos por esta misteriosa escalerita, revestida de plantas aéreas, hasta la pintoresca gruta donde, penetrando la luz a través de un transparente cristal de agua, permite ver a Diana bañándose entre sus púdicas ninfas.

Embarquemos a nuestros niños en cualquiera de estos elegantísimos vaporcitos que por el limpio arroyo de Maldonado, donde se mantienen represadas transparentes las aguas del Plata, marcha sosegado y seguro bajo una bóveda de follaje y de guirnaldas de flores.

¡Oyes esos agudos gritos femeniles que salen de aquel monumento colosal rodeado de jónicas columnas? Pues penetra conmigo y te asombrarás ante un espectáculo grandioso e inesperado.

Es un baño público de una hectárea de superficie, construído con pulimentado mármol y cemento hidráulico, rodeado de otra elegante galería del mismo orden arquitectónico, y de un centenar de cómodos departamentos destinados a cambiar los ricos trajes de paseo, por otros quizá más graciosos y más elegantes para el agua. Nuestras costumbres se han modificado; damas y caballeros se bañan juntos, con mutuo respeto y sin excitar el escándalo de la hipocresía; porque con sus vestidos de natación, descubren menos en el baño público, que en el sarao y el paseo con sus aristocráticos

escotes. Repara en esa profusión de hermosísimas cabezas cubiertas de perfumadas flores. Observa con cuánta gracia y gentileza se recuestan como verdaderas ninfas, sobre el limpio elemento. Mira todas las más recientes novedades del arte de la natación; sillones flotantes, islas flotantes, canastillas flotantes, barquillas de goma que se transforman en una elegante capa; salvavidas, cinturones, cilindros donde cabalgan los muchachos. ¡Qué alegre y entretenido espectáculo!

¡Qué te parece de la gran avenida Sarmiento? Ya está completa en su magnificencia, terminando en este semicírculo de 400 metros de diámetro, circuido de esa lujosa balaustrada de mármol, sobre la que se apoyan ricos vasos con severas yucas, hoy salpicadas por la marejada de nuestro espléndido río!

Penetremos en esta "cancha", donde los laboriosos y honrados hijos de Cantabria, hacen gala de su fuerza y su destreza en su favorito juego.

Observemos por dentro las bellezas vegetales que encierra este colosal invernadero de fierro y cristal. He aquí la preciosa enredadera que produce la vainilla; observa el perfume del ananá y de la chirimoya; mira estos rizomas de la hipecauana: repara qué racimos de dátiles de Berberia. Aquí tienes el cacao, aquí la canela, aquí el copaiba, aquí la quina, aquí el gomero, aquí la pimienta...

Pasemos, suspendidos por este alambre carril, a tomar un refresco en ese lindo kiosco que se alza en el centro de esa pintoresca isla.

Pesquemos, si te place, desde este cómodo pabellón, que aquí nos presten aparejos, y los peces que vienen del río, hasta este lago, no son ariscos, porque están cuidadosamente cebados.

Acércate a esta elegante balaustrada que cierra el recinto perteneciente a una sociedad de modestos italianos. Repara a unos comiendo alegremente con su familia y bajo

florida glorieta, su favorito plato de ravioli. Mira a otros engolfados en el entretenido juego de la murra. Aquellos tiran la pistola o la ballesta. Estos tocan el arpa, flauta y violín, a cuyo compás danzan sus amigos. Allí tiran las bochas; aquí beben, allá luchan; estos se amacan y los otros entonan alegres barcarolas.

¡Quiéres, por dos centavos, saber lo que pesas? Pues penetra en este templete; siéntate en esa cómoda otomana: es una báscula que despide por sí sola una tarjeta con el certificado auténtico de tu gravedad.

¡Quiéres, por otros dos, saber hasta dónde alcanza el poder de tu brazo? Pues ábrete paso, si puedes, hasta el interior del templo de Hércules, y, sin más cumplimientos, sacude un golpe sobre la cabeza enturbada del morillo; estira u oprime cualquiera de los diversos sistemas dinamómetros que pondrán a tu disposición, que no se hará esperar el certificado, lanzado automáticamente por un resorte del aparato.

¡Te animas a pasar diez minutos flotando en medio de la atmósfera a 200 metros de altura? Pues acompañemos en el viaje a estas señoritas que se disponen a subir en el globo cautivo.

¡Mira cuánto gozan esas tiernas criaturas, bullidosos e inquietos espectadores de una representación de marionetas! Repara en las cuatro medallas que ostenta sobre su pecho aquel hombre en miniatura. Las ha ganado con su destreza, ensartando sortijas en el inmediato juego de los caballitos.

Tomemos un chopp en esta fresca gruta construída por Bieckert, y como a la vez es un acuarium, nos entretendremos en contemplar la vegetación del fondo de los mares, entre la que se destacan esas elegantes flores animadas que se llaman pólipos, madréporas, medusas y estrellas de mar.

Aquí tienes el suntuoso pabellón perteneciente al Club Alemán de los patinadores. Miremos, por entre los coloridos

cristales, la multitud de damas y caballeros que resbalan airosa y diestramente sobre esa pulimentada superficie, que imita el espejo de sus helados lagos.

¿Deseas que abramos el apetito remando un rato a lo largo de ese gran canal perteneciente al Club Inglés de las Regatas, o quieres mejor que penetremos en esta pagoda y alquilemos un asiento de elefante, para pasear por todo el Parque de Palermo como se pasea por las riberas del Ganges?

Acompáñame a uno de los palcos de este salón público. Es el más completo gimnasio de Sud América, donde las más encopetadas señoritas, vestidas con trajes adecuados, no se desdeñan en competir con los jóvenes más diestros, mientras que las más tímidas, admiran desde la tribuna el mérito de sus compañeras, y presencian entusiasmadas la agilidad y la fuerza que despliegan los gallardos mancebos, tanto en la gimnasia como en la equitación y la esgrima.

—Vaya, muchachos: convido con un cartucho de pastillas al que tenga más valor para soportar el terror que produce, por primera vez, la caída vertiginosa desde lo alto de la montaña rusa.

Ved cuanta gente se apiña en aquella calle de álamos. lo hacen sin duda para ver la Sociedad coral de catalanes, que se retira cantando una de sus lindísimas tonadas.

¡A dónde va corriendo esa cáfila de muchachos? ¡Ah! Es que al acabarse en el circo Olímpico la función ecuestre de esta tarde, levantará la empresa una cucaña, con algunos patacones en la cúspide, para que se divierta el público y los muchachos.

Aquí tenemos un local bien trazado y repleto de floridas platabandas y de vasos de colores. Terpsícore guarda la entrada. Esta sección pertenece a una sociedad de baile, donde los domingos saltan, brincan, danzan y hacen piruetas, costureras y estudiantes.

Ocupemos por un rato un asiento en esta tribuna y desde ella, con toda comodidad, presenciaremos la agilidad de nuestros gauchos, para sujetar un pingo y ensartar una sortija.

¿Ves este pedazo de arroyo, dividido en compartimientos con tela metálica e incomunicado con el Río de la Plata por sólidas compuertas? pues es un gran establecimiento de piscicultura, dirigido por un antiguo francés, que presta un gran servicio con su nueva industria, y gana no pocos pesos. Entra en esta casita que está próxima al agua, y te apercibirás, de que con los aparatos de Costa o Remy, hoy se pueden sembrar y cultivar las anguilas, las truchas y los salmones, como se siembran y cultivan los cereales.

¿Has visto que buen gusto ha precedido a la construcción de todas las dependencias de este Parque? Aquel castillo de la edad media, en cuyos muros, brotan como espontáneos, captus y mesembriantemos, está destinado a la policía. Aquel esbelto pabellón árabe, que cierra la perspectiva de la calle de los limoneros, es la casa de socorro y la mansión del médico. Aquel palacete bizantino, que se esconde entre los alerces y los abetos, es la morada del primer jardinero. Aquel gracioso chalet, rodeado de un rústico cercado, en el interior del cual pacen algunas robustas tarquinas, es la residencia del Jefe de la Sección Zoológica. Aquel peristilo de orden dórico, es el que rodea la casa donde reside el arquitecto.

¿Has reparado en las estatuas, en los pórticos, en las fuentes, en los jarrones, en los obeliscos, en las escalinatas y en los bancos, fabricados todos en el país y con sus ricos y variados mármoles?

Pues entonces, no hay tiempo para más, porque ya es de noche; debemos retirarnos y tenemos que tomar, por un peso papel, cualquiera de las vías férreas del Norte o Campana, o cualquiera de los tranvías de la "Avenida Buenos Aires", o de la calle de Santa Fe, a menos de que prefiramos el comer en uno de esos hoteles, para quedarnos al gran concierto de

esta noche, cuyos jardines ya están iluminados "a giorno", y marcharnos en los últimos trenes de la una de la mañana.

Otro día, con más tiempo, visitaremos sus huertas, sus museos, sus viveros, su jardín botánico, su viñedo, sus lecherías, etc., etc.

IV

Hemos apuntado, muy a la ligera, una parte de los atractivos que podían hacer de nuestro Parque Nacional el obligado punto de cita de todos los habitantes de Buenos Aires, y creemos que para convertir este agradable sueño en una realidad, no se necesita sacrificar al país, gastando enormes sumas, sino lisa y llanamente, ponerse de acuerdo con él, con la mejor voluntad, para cumplir, liberalmente interpretado, el artículo 3.º de la Ley de 25 de Junio de 1874.

Que el ostensible espíritu liberal del gabinete, saque del retraimiento a la iniciativa particular; que el pueblo, sin perder el respeto, pierda el miedo a los gobernantes; que una Ley, que no sea la del embudo, establezca las condiciones bajo las que debe concederse el terreno y el permiso para explotar toda clase de industrias recreativas; que nuestros representantes se penetren de que no es un regalo, sino un préstamo con grandes usuras, el dinero que conceden para fomento de esta institución moral, honrosa, saludable y civilizadora, y entonces, antes de tres años, tendremos un parque que nos honre; un parque que haga la celebridad de la Confederación Argentina, porque podremos poseer lo que todos poseen; pero nuestro río, nuestra vegetación, nuestro clima y nuestro cielo... esto, no lo tiene nadie.

Cuando el Superior Gobierno haya puesto de su parte lo que debe poner para rodear de seducciones al Parque de Palermo, a fin de atraer allí la concurrencia del pueblo, desviándola de otros lugares en que suele pervertirse y degra-

darse, entonces tendrá el derecho de remover el último obstáculo que se opondría a su obra civilizadora, cual es, el del elevado precio que las diferentes empresas de transportes cobran por el pasaje de cada individuo. El Gobierno debería pedir a las empresas actuales, que en los días festivos sólo cobrasen dos pesos papel por billete de ida y vuelta, y en caso de negativa, autorizar el establecimiento de una línea nueva, por la Avenida de Buenos Aires, con la condición precisa de cumplir con dicho requisito.

Nada más que esto, y el Parque de Palermo llenará cumplidamente el grande y noble pensamiento que presidió a su realización.

Nada más que esto, y antes de tres años el Parque de Palermo sería una institución que se sostuviese sin sacrificio alguno por parte del Estado.

Conocemos más de mil industrias, acomodadas a los fines del Parque, que se establecerían en él, siempre que no se les exigiese ningún sacrificio pecuniario, hasta que tuviesen grandes entradas, lo que sucedería desde el momento en que el pueblo se hubiese acostumbrado a los honestos regocijos del Parque, y al pueblo sólo se le acostumbra, proporcionándole facilidades y seducciones. Ahora bien, aunque en su día cada uno de estos establecimientos no pagara, por término medio, más que diez pesos fuertes mensuales, tendríamos una renta muy decente para la conservación y fomento de la institución.

Pero es el caso, que éstas no serían las únicas entradas. El público no iría sólo a solazarse al Parque de Palermo, sino también a comprar flores, frutas, semillas de plantas y de gusanos de seda, árboles, huevos de aves, ejemplares de todas las colecciones zoológicas y botánicas; herbarios y colecciones de maderas indígenas bien clasificadas, pasto, leña y el libro con el plano y la descripción pintoresca del mismo Parque.

¿Qué importaría que por sus frescas praderas pastasen las mejores razas de ovejas, de vacas y de caballos? ¿No con-

tribuiría esto a acrecentar los atractivos a la vez que las rentas del Parque?

¿Qué importaría el que contasen con un pabellón en el Parque y con un recinto para los ensayos prácticos y para los torneos, cada uno de los introductores del material agrícola? ¿No sería también esto bello, productivo, y sobre todo, altamente civilizador?

¿Qué importaría, en fin, el que en los días de grandes exhibiciones se cobrase al público algunos centavos por penetrar al Parque de Palermo?

No hay, pues, duda, de que el Parque puede ser la gloria y el encanto del pueblo de Buenos Aires. No hay, pues, duda, de que puede llegar a sostenerse con sus propios recursos. No hay, pues, duda, de que para que el país alcance estos beneficios, más que plata, se necesita iniciativa y buena voluntad por parte de los Poderes Públicos....

La idea de que el Parque ha debido establecerse en otro lado, aunque no fuese más que por evitar al público que en él busca solazarse, el desagradable recuerdo del tirano Rosas, es una idea que no merece los honores de la refutación. Aun cuando Rosas hubiese sido un verdadero escándalo de la humanidad, lo que para nosotros, ajenos a las pasiones políticas, no es cierto; pues lo más que conceder pudiésemos, es que había sido una cantárida bien o mal aplicada sobre un dolor; aun cuando Rosas hubiese sido un mónstruo, ridículo sería que, ensañándonos con la más civilizadora de todas sus obras, todavía hiciésemos aplicable entre nosotros aquel refrán que dice: "Después de la liebre huída, palos en la cama".

El desarrollar con todo el esplendor de la civilización contemporánea una feliz inspiración que tuvo Rosas. El que un pueblo libre acepte hoy de lleno, como una necesidad perentoria, la obra que ayer comenzó un tirano, al impulso de un vago presentimiento, no es levantar un monumento a la memoria de ese tirano.

La mayoría de los que en la actualidad pasean alegremente por la suntuosa Avenida Sarmiento, han olvidado que hace ya más de treinta años que encerraban aquellos sitios más grandezas que muchos de los mejores parques europeos de su época. Muy pocos toman el escalpelo de la historia para escudriñar en las entrañas del pasado; muy pocos usan el lente de la observación minuciosa, para apercibirse de restos palpitantes que todavía hoy revelan el esplendor pasado.

Rosas no pudo hacer jardines, paisajes; porque en su época, no se había difundido ese gusto exquisito, ni aun en la Europa; pero no podremos negarle, que en ese ramo, supo ponerse a la altura de su época, y a decir verdad, un poquito más alto que los que inmediatamente le sucedieron; supuesto que ninguno se preocupó hasta 1874, en pensar en la conveniencia de un gran Jardín Público para pulmón de Buenos Aires.

Pocas ciudades del mundo contarían entonces, como contaba, para su recreo, la de Buenos Aires, con una calle de cincuenta metros de ancho y de dos mil de largo, esmeradamente macadamizada con blanca conchilla; cerrada por ambos lados con una elegante reja de fierro y plantada de frescos naranjos cuyas hojas, se cepillaban una a una, por la mano de centenares de obreros.

¡Ojalá que la avenida de Buenos Aires llegue a ponerse hoy tan en armonía con los adelantos modernos, como lo estuvo con los de su época en época del tirano Rosas!

¡Ojalá que los hombres de hoy hagan proporcionalmente, por el Parque de Palermo, tanto como hizo el que sentó su piedra fundamental!

Los que nos tachen de exagerados, será porque no han recorrido el Parque actual con los ojos puestos en el pasado: pues que realmente, tal fué el abandono en que dejaron sucumbir la obra de Rosas, que no hay para que esperar que ella salga a nuestro encuentro.

Es preciso buscarla y resucitarla, para reconocerla y admirarla.

Gracias a la buena administración local con que hoy el Parque cuenta, sabemos que hubo vías y lagos, canales y plantaciones, que pasaron desapercibidos quizá a sus primeros restauradores; y lo sabemos, porque, trabajando sólidamente por conciencia y para el porvenir, más que por el aplauso pasajero, se ocupa, con esfuerzos inauditos, en aprovechar estas bellezas en beneficio público; ya abriendo calles; ya dragando acequias; ya terraplenando asquerosos pantanos; ya estirpando maciecales; ya despejando la fragosidad salvaje que impedía ver y aun penetrar hasta el naranjal y hasta la plantación alineada de los mejores pinos con que cuenta la República; ya, en fin, haciendo surgir de entre el infecto fango, ese lindísimo canal de material, que recorriendo mil quinientos metros, pone al gran estanque en comunicación con el Río de la Plata.

¡Bien hayan los ilustrados pueblos de París y de Madrid, que habiendo sabido derribar la Bastilla y la Inquisición, aborto de la iniquidad, destinados a coartar la expansión del cuerpo y del espíritu, supieron también levantar sobre sus escombros, esos jardines, monumentos verdaderamente impecce-deros, destinados a la expansión del espíritu y del cuerpo.

¡Bien hayan los iniciadores y los restauradores del Parque de Palermo, quienes, sobreponiéndose a ~~todas las~~ pequeñas de las pasiones, han visto que ~~Romas~~ había elegido bien, y, aprovechando lo que de él subsistía, han satisfecho una necesidad contemporánea!

V

Sabido es que la barranca donde está situada la ciudad de Buenos Aires, y que con varias inflexiones que la separan más o menos de la costa actual, continúa al Sud, hacia la Boca,

Quilmes, Las Lomas, La Magdalena, etc.; y al Norte, hacia la Recoleta, Palermo, Belgrano, Saavedra, San Isidro, San Fernando, etc.; era, no muy antiguamente, la barrera que sujetaba las aguas del caudaloso Plata. Los terrenos donde está situado el Parque de Palermo no existían en aquella época; el lugar que hoy ocupan era una parte del majestuoso estuario, que viene reduciéndose y que acabará por desaparecer, en virtud de una ley de la naturaleza que tiene por objeto el ensanchar los dominios humanos a la par que los hombres se multiplican. Estos terrenos que acaban de surgir del seno de las aguas, no han salido completamente del período de la adolescencia; es al tiempo o al arte a quien hay que confiar este cuidado, para que se presenten a nuestros ojos ataviados con las espléndidas alas de la juventud. Para conseguir esto, no es preciso tener una lucha titánica con la naturaleza, supuesto que no se trata de un terreno viejo y esterilizado, al que hay que devolver el vigor perdido por los esfuerzos de la producción, lo que a veces es completamente imposible, sino de un suelo virgen, formado por recientes sedimentos de la mayor fertilidad, pero endurecido y amasado por el pisoteo de los ganados y lleno de ácidos y de sales, por causa de la suspensión o de la poca corriente que lo formaron.

Los agrónomos saben la poca importancia que puede concederse a esto, que para el vulgo de los hombres, representa insuperables inconvenientes. Se trata de abrir un buen hoyo donde haya de plantarse un árbol delicado. Se trata de dar escape a las aguas excedentes, para que no se evaporen sobre el suelo, dejando allí como eflorescencias un exceso de materias minerales que no pueden volatilizarse. Se trata de labrar profundamente y con buenos arados, la superficie que quiera someterse al cultivo; para que, abandonada un año en esta forma, el agua dulce de las lluvias lave la tierra y arrastre las sales a las capas inferiores, lejos del alcance de las raíces. Se trata de hacer lo que hizo Rosas para obtener naranjos

que aún subsisten, a pesar del abandono de treinta años, y pinos que, aunque abandonados también, como lo fué todo el Parque, son los mejores de Sud América, y el ejemplo más elocuente del destino que la civilización contemporánea debería dar a nuestras desiertas costas. Se trata, en fin, de hacer lo que está haciendo la actual administración del Parque, cuyos resultados, aunque visibles algunos, no todos pueden serlo desde el primer día. Los defectos de que adolece el suelo de Palermo son semejantes a los defectos de los niños: exceso de vigor, que se corrige con inteligencia más que con azotes: exceso de vigor que se corrige con inteligencia, más que con plata.

Para conocer el grado de fertilidad de estos terrenos, no debemos fijarnos precisamente en el escaso desarrollo de unos plátanos occidentales, puestos por error en la Avenida Sarmiento; plátanos destinados al suplicio de una eterna agonía, igual a la que sufrirían las palmas o las cotorras en las altas mesetas de Méjico, o en las riberas del Tajo, del Sena o del Manzanares. En el país de los ficus, de las palmas, de los ombúes, de las begonias y de las acacias, no hay precisión de luchar con la naturaleza a garrotazos para que nos conceda un poco de sombra; tenemos árboles indígenas más bellos y más útiles, más adecuados y menos sucios que ese pobre plátano, que no da flores, que pierde su hoja y que cubre diariamente el suelo con sus semillas, hojas y cortezas. Véanse las coníferas; véanse las acacias; véanse los chopos de la Carolina; véanse los arbustos y enredaderas; véanse las flores; véanse los bien cultivados alfalfares; véanse los viveros y criaderos, y sobre todo, véase la vegetación espontánea, tanto arbórea como herbácea, que hay en el Parque de Palermo, y nos convenceremos de que no es imposible allí la existencia de un bellissimo bosque, siempre que no pretendamos contrariar abiertamente a la naturaleza, como parece que se intentara en los principios.

Por otra parte, si consideramos que no todos los sitios de un gran parque tienen que estar, forzosamente revestidos de una frondosa vegetación arbórea, supuesto que hay lugares donde bastan extensas y onduladas praderas, salpicadas con algunos pequeños grupos de coníferas, o con algunos arbolitos solitarios; otros que sólo reclaman, para la armonía del conjunto, algunas flores y algunos arbustos de escasas proporciones; otros donde toda la belleza debe estar constituida por lagos e islotes bordeados con llorosos sauces, nada debería importarnos el efecto de aridez de una parte de él, pues que sabríamos acomodar nuestro trazado a las condiciones del suelo.

Ese regio paseo que se llama Avenida Sarmiento, tiene bastante con sus preciosas columnas vegetales, para representar cumplidamente la parte con que debe concurrir la naturaleza a su embellecimiento. Vasos, asientos, estatuas de mármol y candelabros de bronce, es lo que en lugar de vulgarísimos y raquíuticos árboles, deberían alternar con las severas y suntuosas palmas, o cuando más, bordear ambos costados con recortados perfiles de verde evónimus, o con siempre floridas platabandas.

El destino de la Avenida Sarmiento, no es, en modo alguno, el que las familias merienden, jueguen o se amaquen a la sombra de sus árboles: para ese objeto debe haber profusión de bosques más sombríos, más retirados, y, por consiguiente, más a propósito para impedir que indiscretas miradas sofoquen las expansiones íntimas de la familia.

La Avenida Sarmiento es, en fin, un salón aristocrático, de proporciones suficientes para contener dentro de sí a la alta sociedad de Buenos Aires, y en el cual se necesitan absolutamente las más lujosas producciones del arte de la decoración, entre las que pueden figurar sin inconveniente, algunas plantas, proporcionadas, por el buen gusto y la finura de los sentimientos, al objeto, al sitio y a las dimensiones de la

sala. Para el elegante retrete de una dama principal, bastan algunas calceolarias o algunas begonias. Para la Avenida Sarmiento bastan las palmas.

Por fortuna nuestra, la parte más árida del suelo del Parque de Palermo, es la que ocupa la grande Avenida Sarmiento y las praderas artificiales que la circundan, y como la experiencia nos ha demostrado que esta aridez relativa no impide el desarrollo de los vegetales que allí se precisan, nada debe inquietarnos esa aridez, que no es incurable, y mucho menos, cuando las tres cuartas partes de la dilata extensión que ocupa este gran Parque, están compuestas de una capa superficial de fértil limo y de un subsuelo de arenas y conchillas que permiten el paso a las raíces y consienten la filtración de las aguas excedentes.

¡Que las obras sucesivas se hagan siempre de acuerdo con la naturaleza, y entonces el pequeño inconveniente de la aridez del algunos lugares del Parque, no será un obstáculo para que el arte triunfe!

Que el Parque está situado en una llanura, eso no es dudoso. El terreno que ocupa el Parque tiene tan pocas inflexiones como todo el que lo circunda en muchas leguas a la redonda. Cerca de Buenos Aires no existía otro lugar más accidentado, y los que pusieron la primera piedra de este monumento, se resignaron humildemente ante la dificultad de traerse, para hermosarlo, la quebrada de Tafí y la barranca de los Cóndores, conformándose con hacer venir sus captus, sus juchias y sus mirtos.

Con respecto a inflexiones del terreno, no hubo vacilación para elegir por parte de los fundadores del Parque; todo era llano, y en cuanto a los demás accidentes que podían abreviar la obra, terminarla con menor dispendio y dotarla de los mayores encantos posibles, tampoco pudo haber la menor duda; ya lo hemos dicho; no había mejor base que las ruinas de la antigua residencia del tirano.

Pesa todavía sobre el Parque de Palermo un cargo, que si no pudiese levantarse con los esfuerzos del buen sentido, se levantaría seguramente con la experiencia. Este cargo es el de la insalubridad, a causa de los pantanos.

Ignoramos si en la época de Rosas, todos los lagos y demás depósitos de agua de Palermo estarían en comunicación directa y constante con el Río de la Plata. Creemos que no; sin embargo, Rosas hizo de Palermo su residencia favorita.

Allí vivió muchos años con su familia, gozando de una salud que mortificaba bastante a sus adversarios, y la avanzada edad que llegó a alcanzar, demuestra que no llevó en su seno ningún embrión de aquellos vibriones que dicen se producen en los pantanos.

Infinitas son también las familias que, en la actualidad, viven dentro del Parque de Palermo y en sus contornos, en lugares de idéntica formación, y estas familias no conocen las fiebres intermitentes. Si esto se duda, que los concurrentes al Parque se detengan algunos minutos en el Hotel, que es uno de los lugares menos elevados sobre el nivel del río, y observen el rostro de las señoritas hijas del propietario, a ver si a través de sus rosadas mejillas se asoma algún indicio de las enfermedades palúdicas.

Por el influjo lunar, por las crecientes ordinarias y por los vientos, el nivel del estuario varía todos los días y todas las horas, lo que renueva sin cesar el agua en los recipientes inmediatos, impidiendo el desarrollo de los gérmenes que se producirían infaliblemente con su estancación permanente y absoluta; y si a esto se añade lo que, celosa por la salud del pueblo que lo visita, y de los empleados que en él residen, hace la actual Administración del Parque, para ponerse al nivel de los progresos en ciencias higiénicas, tendremos que Palermo está muy distante de ser una amenaza contra la higiene pública.

Destruídas, en nuestra opinión, las difamaciones que se intentaban hacer pesar sobre el único jardín público de Buenos Aires, pasemos a recorrer todas sus dependencias, sin el temor de aburrirnos ni enfermarnos.

VI

A pie, en ferrocarril, a caballo, en coche y en tranvía, es cómo el público de Buenos Aires se traslada al Parque de Palermo.

En casi todos los países del mundo, los que por el aliciente de un espectáculo caminan a pie varios trayectos; son las clases proletarias, pero en el nuestro, donde el trabajo se remunera con generosidad y donde la vida es barata; estas clases, que pasan trabajando físicamente la semana entera, y que, aunque como en Roma compongan la sexta y última clase de la sociedad, están muy lejos de vegetar, como aquéllas, en la miseria, o no van al Parque y prefieren sentarse a beber y jugar junto a la grasienta mesa de una pulpería, o, si a él acuden, lo hacen en el tranvía, que por regla general es el medio aceptado por la mayoría de los concurrentes de todas las condiciones sociales. Las razones que hacen preferir este vehículo a los otros, son bien sencillas. El ferrocarril del Norte o de Campana, aunque proporcione los pasajes con mayor economía y emplee menos tiempo en recorrer el trayecto, ni tiene estaciones en todos los puntos de esta gran ciudad, ni sale a todos los instantes del día. Los coches de alquiler se hacen pagar, cuando menos, cinco pesos fuertes por cuatro horas de paseo. El caballo no es sino para las más elegantes y reputadas amazonas, o para nuestros "petti-maitres" del "high lif".

El tranvía que se encuentra a todas horas y en todas partes, y en el cual puede siempre acomodarse una familia entera, por numerosa que sea: el tranvía es el elemento for-

zoso de pasaje al Parque de Palermo, por más que adolezca de tres graves inconvenientes, que dependen del descuido de las autoridades: cargan doble número de pasajeros de los que pueden sentarse; lo que da lugar a molestias, retardos y desgracias; no hay los vehículos que se precisan para cubrir el servicio, en domingos o días de fiesta excepcionales, lo que imposibilita el ir y regresar a la hora que se desea, y por último, “cobran excesivamente caro”. Un artesano con su mujer y tres hijos, se gastaría el jornal de un día en el pasaje de ida y vuelta. Veinte y cuatro centavos fuertes es mucha plata. El precio que se paga no está en relación con el servicio que se recibe, sino con el abuso de una empresa sin competidores.

La Municipalidad puede remediar estos inconvenientes, haciendo que se cumplan los reglamentos y “dando la concesión de otra vía, por la Avenida Buenos Aires, a la empresa que se proponga bajar más el precio de los pasajes”.

En el país donde se pide limosna a caballo, pocos son los que van a pie a parte alguna. Los que de este modo acuden al Parque de Palermo, no son ciertamente los pobres, sino los sedentarios que precisan de paseos higiénicos, y si el número de estos paseantes no aumenta, a pesar de haberse demostrado ya por la experiencia el benéfico influjo que ejerce aquí, en la salud de los hombres y de los niños, esa amena distracción y ese moderado ejercicio, débese, única y exclusivamente, a que las autoridades no hacen un camino que sea digno del lugar a donde conduce, y de las gentes que tengan que recorrerle.

El Parque de Palermo quedó aislado de la ciudad de Buenos Aires, para todos los que no acudiesen a él por las vías férreas de vapor o de sangre; porque entonces, como hoy, era preferible el quedarse en casa a lanzarse a pie, en coche ni a caballo, por la peligrosa e inmundada vía de la calle Santa Fe: vía indigna, no digamos de un Parque como el de Palermo

y de una sociedad rica, ilustrada y opulenta como la de Buenos Aires, sino de los pasteros, verduleros y lecheros, que son los que la invaden, cuando el tiempo lo permite con sus carretas de bueyes, con sus carromatos o con sus árganas.

Pruebas de valor temerario han venido dando los pocos que hasta el presente, se han aventurado por esa "vía crucis", donde a cada paso se corría el riesgo de ver las estrellas de la vía láctea.

Por fortuna ese inconveniente de tan fatal trascendencia, se está evitando en parte, porque si bien es cierto que la Avenida Buenos Aires, desde la Recoleta, con sus plantaciones, con su macadam, con sus entre calles para los que marchen a pie, con su alumbrado, con sus aguas corrientes para refrescar las plantas y evitar el polvo, y con su calle lateral para los servicios mecánicos, promete ser un lindo paseo, y la arteria principal por donde afluyan a Palermo las gentes de buen gusto, no lo es menos que las obras se han detenido antes de la mitad de la calle, cual si la Corporación a quien corresponde el arreglo de ella, se hubiese propuesto hacer sufrir al vecindario el suplicio de Tántalo, colocando así a las puertas del paraíso de Palermo, unas columnas de Hércules con su "non plus ultra". ¿Quién que en tiempo húmedo vaya a pie o en coche por ese camino llegará a la meta, como no sea en brazos de cuatro atletas, álias changadores?

Diríase que los atractivos con que nuestros municipales han dotado a la entrada de la Avenida Buenos Aires, desde los lindos jardines de la Recoleta, tenían por objeto un móvil parecido al de aquella empresa de títeres, que, con iluminación, música, cohetes y un anuncio que decía: "la entrada gratis", logró llenar el circo de incautos espectadores, que no preveían que al acabarse el espectáculo y pretender retirarse, se iban a encontrar con otro cartel que dijese: "la salida a precio convencional".

Las obras de la Avenida Sarmiento no están suspendidas; debe sospecharse que se han dado por terminadas, desde que nada revela que se continuarán como corresponde, hasta los límites de los dominios nacionales, o lo que es lo mismo, hasta el portón del Parque de Palermo, que es donde, teológicamente hablando, acaba la vía purgativa o sea la segunda mitad de la Avenida Buenos Aires, o sea la parte que tiene que recorrerse sobre los hombros de los changadores.

Acabe, acabe de una vez el Municipio esa preciosa o indispensable Avenida, que ya se va revistiendo de graciosos chalets, de aristocráticos palacios y de pintorescos jardines, si se quiere merecer el agradecimiento y el aplauso de un pueblo que paga bien y que tiene el derecho de ser atendido con puntualidad y con decencia.

Acabe el Municipio de allanar el único obstáculo que se opone a la expansión de Buenos Aires, que él, como Pigmaleon, adorará su obra, cuando vea que una vez terminada, contribuye a la salud, al recreo, a la ilustración y a la moral del pueblo que le está encomendado.

Si a pesar de todos los escollos, en la tarde del 8 del actual mes de Septiembre ascendieron a mil y trescientos los carruajes que visitaron el Parque y a diez y nueve mil las personas distribuidas desde la Recoleta a la Avenida Sarmiento, ¿qué número de visitantes podremos esperar, en mejor tiempo y en la estación más adecuada, cuando sea dado al público el deslizarse sin esfuerzo hasta Palermo, por entre deliciosos jardines que empiecen a las puertas de la ciudad?

VII

Váyase por la calle de Santa Fe o por la Avenida Sarmiento, al penetrar en el Parque, por cualquiera de sus monumentales puertas, sienten los visitantes algo de lo que han sentido los náufragos al alcanzar la costa deseada. Allí ya se

puede caminar, aunque sea en época de lluvia; porque las anchas calles, perfectamente proporcionadas a la grandiosidad del sitio, al objeto de ellas y al número de transeuntes, están suavemente bombeadas para que escurra el agua a las cunetas laterales; tienen una buena capa de macadam, constantemente afirmado con el rodillo compresor, y no se las deja invadir por la vegetación espontánea, para lo cual se ocupan constantemente multitud de obreros que el vulgo no puede ver, porque se procura ocuparlos durante las horas de paseo en lugares apartados de la vista del público y donde no dificulten el tránsito. La conservación de estas calles es tan difícil y costosa, como la de los mejores macizos de flores; por una parte hay que luchar contra un suelo feraz y un clima benigno, que no sólo es apropiado para favorecer el desarrollo de los vegetales útiles, sino también el de los perjudiciales, cuya invasión es rápida y aterradora; por otra, hay que defenderse, para conservar la solidez del piso, no sólo contra los meteoros de esa misma espléndida naturaleza, sino también contra el constante y permanente deterioro que producen las herraduras de millares de caballos y las finísimas y cortantes llantas de centenares de coches. Para formar una idea aproximada de lo que cuesta la conservación de este centro de grandeza, diremos que sólo el transporte desde el Riachuelo al Parque del pedregullo de la Patagonia que se ha consumido en estos dos últimos años, para reparar la Avenida Buenos Aires y la Avenida Sarmiento, ha costado setecientos pesos fuertes. Setecientos pesos fuertes, sin incluir ni el araque de esta graba, ni su flete hasta Buenos Aires, ni la mano de obra para asentarla, ni la limpieza, ni la reposición de los plátanos y chopos carolinos; ni el riego de las plantas y del piso, etc., etc., sobre lo que llamamos la atención, para que muchos de los que diariamente se dejan deslizar en su carroza sobre la pulida superficie de estas avenidas, sepan lo que cuestan estos recreos públicos, y no se escandalicen cuando

vean que los Gobiernos piden a las Cámaras los auxilios indispensables para que no se destruya lo que debe sostenerse por decoro nacional.

Ausentes u ocupados no habíamos podido visitar el Parque de Palermo, desde antes de que su dirección corriese a cargo del Departamento Nacional de Agricultura, y las escudriñadoras investigaciones de esta visita que tratamos de describir, nos han traído el íntimo convencimiento de que no se ha perdido nada con el nuevo cambio. Hay inteligencia, hay actividad, hay entusiasmo, y, sobre todo, hay honradez en el modo de trabajar.

Si los encargados actuales de la dirección del Parque de Palermo, en vez de seguir con seriedad el meditado plan de sus trabajos, hubiesen empleado la plata y el tiempo, como por desgracia vemos tan generalmente, en vistosas frivolidades, sin duda que hubiesen alcanzado grandes aplausos del salón y de la gacetilla, aplausos que prodiga con harta frecuencia la ignorancia, con perjuicio del verdadero mérito y con menoscabo de los intereses públicos, y ¿quién sabe si su buena fortuna no les hubiese proporcionado la dicha de que el país les concediese espontáneamente mayores recursos que malgastar en populares fruslerías? Pero es el caso que se trabaja con modestia y en silencio para el porvenir de la institución, procurando probarnos hasta dónde alcanza la divisibilidad de la materia; pues así como los "tiradores de oro" saben sacar de un grano del metal precioso, un hilo que dé la vuelta al mundo, éstos saben estirar el exiguo presupuesto hasta reproducir con el poder de la buena voluntad, el milagro de los panes y de los peces.

Como hemos visto que se ocupan con acierto y con economía en trabajos de verdadera utilidad, y en reparar errores de otro tiempo, y que esto lo hacen sin más pretensiones ni esperanzas que la satisfacción de un deber cumplido, hemos creído también cumplir con el nuestro, al describir las impre-

siones que nos ha producido nuestra visita del 8 del presente, siquiera sea para que, en honor de la justicia, deje de cumplirse aquel adagio de "¿Quién es tu enemigo?" El de tu oficio". Somos "del oficio", y aunque deseemos mucho lo que no se hace, porque no quieren hacerlo los que pueden, estamos conformes con lo que se hace, porque no puede hacerse más ni de otro modo.

Una de las principales reformas que se notan al penetrar en Palermo por la Avenida Buenos Aires, es que tanto del antiguo estanque que existe al Oeste del Colegio Militar, morada que fué del dictador Rosas, como del canal de fábrica que pone en comunicación al primero con las aguas del estuario, se han sacado más de cuatro mil metros cúbicos de infecto lógamo, que lo ocultaban y obstruían desde hace muchos años. Este hermoso canal, que baja en rumbo Sud, perpendicularmente hasta el Portón, bordeando al Oeste la Avenida de Buenos Aires, al llegar a él, tuerce, en ángulo recto, en dirección del Naciente hacia el Río de la Plata, cerca del cual y para evitar la invasión de sus aguas durante las crecientes, se ha construído por el señor Zamboni, una ajustada compuerta, que retiene muy bien las que llenan el estanque y el canal en época de bajante. En la margen Norte de la segunda mitad de este canal, había en otro tiempo una calle escusada, que apenas servía para dar paso a los empleados hasta el depósito de aguas del Parque, elevadas a una gran altura por medio de un motor a vapor que hace funcionar una bomba centrífuga de alimentación; aparato que está situado cerca de la compuerta: hoy con motivo de la limpieza del canal, del sostenimiento permanente de sus aguas y de las plantaciones con que se han revestido sus márgenes, esta calle privada e intransitable, se ha transformado en un paseo público de los más amenos, si bien desconocido todavía, como muchos otros, para la mayoría de los concurrentes.

Aun cuando la idea de crear un Parque es y será siempre muy merecedora de la gratitud del pueblo, aun cuando su emplazamiento fué bien elegido, aun cuando su plano fué bien meditado, no es posible desconocer que las obras se comenzaron con alguna impremeditación, hasta el punto de que serán precisos muchos años y mucho dinero, para poner al Parque en estado de que la posteridad no se aperciba de los errores de su primera administración. Hubo mucho de lo que entre ingenieros se llama falsa maniobra, cual si la rapidez del trabajo sólo tuviese por objeto el cosechar aplausos inconscientes, cual si los dignos patriotas a quien se encomendó la obra hubiesen tenido por lema de construcción "el que venga atrás que arree".

Pongamos un ejemplo que patentice el mal que ocasionaron. El punto A, del plano del Parque es un camino que precisa terraplenarse con arreglo a la rasante establecida. A cien metros de esta calle está el punto B, que debe excavar para establecer un lago. En el punto C, o sea sobre las márgenes del camino A, debe conservarse el nivel y el césped primitivo. Pues bien, lo que se llama falsa maniobra entre los sabios y barbaridad entre el vulgo, es el que por terminar con rapidez y economía la calle A, en lugar de terraplenar con el producto de las excavaciones del lago B, se excavaron inútil y perjudicialmente las praderas del punto C, que al fin y al cabo han de tener que rellenarse con algo. No hay punto en el Parque donde no se deje ver esta precipitación indisculpable, lo que da lugar a que obras que bien acometidas hubieran sido fáciles y baratas, hoy aterre su prosecución por lo difíciles y caras.

De donde quiera, sin plan, sin orden y sin método se ha sacado tierra cuando hacía falta terraplenar. Véase la Avenida Sarmiento, principalmente en su extremidad; véase la calle de Circunvalación desde la cual eran inaccesibles los pintorescos contornos, porque los destruyeron inconsiderada-

mente, sin pensar que “desnudaban un santo para vestir otro”.

El gran trabajo, pues, de la Administración actual, que nadie ve ni aplaude nadie, consiste, no en pintar el buque, sino en tapar los rumbos que lo podían echar a pique; esto es: consiste en restituirle las buenas condiciones de salubridad y de belleza que la imprudencia le había arrebatado, para lo que necesita echar mano de la ciencia de las ciencias; la de hacer muchas obras con poca plata; ciencia tan difícil como “la del barbero que deja patillas donde no hay pelo”.

VIII

Dejando al frente la Avenida de Buenos Aires, que desde el Portón sigue recta en rumbo Norte hasta el ángulo que forma el costado Oeste del Colegio Militar con la Avenida Sarmiento, se toma, cerca de la entrada, a la mano derecha, o sea al Este, una ancha calle que, marchando al principio por entre frescas y onduladas praderas, salpicadas de canastillos de flores y de grupos de plantas siempre verdes, y después por entre sombríos bosques, llega, formando una graciosa curva, hasta lo que es hoy la extremidad Este de la Avenida Sarmiento, pero que no lo será el día, en que, terminada la construcción del Parque, llegue a completarse la belleza de este salón sin rival, haciéndole alcanzar y aún penetrar en el majestuoso estuario. Este paseo, que se llama calle de Circunvalación, es uno de los más concurridos del Parque porque no sólo por él se puede llegar en carruaje hasta la arteria principal, o hasta cualquiera de las callecitas que conducen a la Sección Zoológica, (*) precioso centro que no puede dejar de visitarse por las gentes de todas edades y condiciones, sino que también da paso al frondoso y retirado bosque

(*) Esta sección estaba situada donde ahora la usina eléctrica.

de la costa, que hoy se ha puesto en condiciones de que se vea y se apetezca.

Con efecto, los encargados de construir la primera Sección del Parque de Palermo, comprendiendo sin duda la necesidad de terminar hasta la Avenida Sarmiento, la calle de Circunvalación, tanto para no dejarla sin salida, cuanto para que no faltase al público, que pasea en el verano, una calle siquiera que tuviese sombra, se decidieron a practicar su apertura; pero, fuese por falta de tiempo, fuese por falta de plata, o fuese por la errada opinión que tuviesen acerca del objeto de las calles de los jardines, es lo cierto que, como operasen en los lugares muy poco elevados sobre el nivel del río, y por lo tanto, susceptibles de bañarse con sus aguas, sin método ninguno y sin plan preconcebido, tomaron de la tierra que se precisó para levantar un poco el piso, allí donde les pareció que estaba más a la mano, sin ocurrírseles siquiera que aquello era "pan para hoy y hambre para mañana". Hubo camino, pero camino, nada más. Sus pintorescos contornos quedaron no sólo incomunicados con él, sino también destruídos, y lo han estado hasta el día en que se pensó que las calles de los jardines o de los parques, no deben confundirse con las "picadas" del Chaco. Estas sólo están destinadas a poner en cómoda y breve comunicación dos puntos separados, mientras que el principal objeto de los primeros, es facilitar la exhibición de las bellezas de la naturaleza y del arte. La segunda mitad de la calle de Circunvalación, no era merecedora por la fealdad de sus contornos de que la rodeasen de fosos de agua corrompida y de espesas cortinas de verbajos repugnantes; por el contrario, la espesa selva que la rodea, es en Palermo lo único que tiene carácter contemplativo y solitario, y lo que mejor puede invitar a las expansiones de la familia o a las confidencias íntimas de la amistad. El único caso en que los bosques de los parques y jardines deben dejar de ser accesibles y transparentes, es

cuando se establecen expofeso para ocultar algún estercolero, pero no tiene disculpa el haber interceptado el más precioso paisaje de Palermo; el espléndido punto de vista del Río de la Plata, hermoso complemento de nuestro pintoresco Parque, cuya majestad habían querido degradar la impremeditación o la indolencia, al esconderla del mismo modo que por decoro se han escondido ciertas oficinas que están situadas en el mismo Parque, a las inmediaciones del Atletik Club.

Los actuales encargados de la dirección del Parque se ocupan en remediar esta falta indisculpable. El bosque se limpia y sanea, dando fácil escape a las aguas de sus arroyos y pantanos, y los concurrentes podrán pronto discurrir a su antojo bajo la sombra de sus coposos árboles, ya sea sobre las lindas praderas, ya por sendas trazadas con mano inteligente, que llevan al visitante, sin que se aperciba de ello, hasta los más agradables puntos de vista. Han hecho más todavía. La calle de Circunvalación, no merecía este nombre, porque no abraza todo el recinto, así es que en la actualidad se ocupan en prolongar la que, paralela al canal, conduce al depósito de aguas, llevándola por la margen del río, hasta el lugar que en su día ha de ser el gran semicírculo de la Avenida Sarmiento. Así es cómo se aprovecha el espacio y, asimilándolas, se aprovechan también las bellezas naturales de sus contornos. Así es cómo, sin gastos de importancia, se han restaurado, haciéndolos surgir de la inmundicia, el naranjal y los antiguos pinos. Así es cómo se ha dado forma de lagos y de arroyos, a barrancos cenagosos que hoy lucen, revestidos de sauces, las correctas curvas de sus contornos. Así es cómo se han establecido, en estos lugares, abandonados por inútiles, magníficos viveros, criaderos y lozanos alfalfares, que no sólo hermocean la llanura, sino que bastan para la alimentación de los animales del establecimiento y hasta producen una renta.

La mano inteligente, entusiasta y laboriosa de la administración del Parque de Palermo, no sólo se manifiesta en los lugares que acabamos de recorrer con la imaginación, sino también al Norte de la Gran Avenida Sarmiento. Allí también se han restaurado lagos y desembrozado bosques, tan pintorescos como desconocidos del público, para quien hasta hoy habían sido intransitables; y allí precisamente es donde más de manifiesto se pone la lucha impotente que el entusiasmo por su embellecimiento tiene que sostener contra el escollo que presentan los escasos recursos de un presupuesto que apenas alcanza a cubrir los gastos necesarios a la subsistencia de tan importante institución.

La parte del Parque que por sus encantos naturales y por la fertilidad de su suelo es verdaderamente capaz de transformarse en paraíso delicioso, es precisamente lo que el público no ha podido conocer todavía, porque hasta hoy había sido, para él, inaccesible a causa de la maleza que le invadía, y esta parte es la que nos ocupa.

El Parque de Palermo, no está más que empezado. Su extensión hacia el Norte alcanza hasta Belgrano, y los que se interesen por el progreso de esta gloria nacional, no deben darse por satisfechos hasta que la vean terminada, para lo cual, y por medio de constantes predicaciones, deben hacer patente su conveniencia a fin de iluminar a los mandatarios, que son los que han de facilitar los primeros recursos y de levantar el entusiasmo público que será, en nuestra humilde opinión, el que al fin y al cabo contribuya, con la mejor parte, para el coronamiento de la obra.

La Avenida Buenos Aires, debe prolongarse hasta Belgrano, o por lo menos, hasta el Arroyo de Maldonado, en la misma forma que la Avenida Sarmiento. La calle que conduce al Hipódromo debe ponerse en condiciones de calle. La calle exterior de circunvalación, debe circunvalar el Parque entero. El Arroyo de Maldonado, que después del majestuoso estu-

rio es la mejor belleza natural del Parque, no debe permanecer como hasta hoy escondido a las miradas públicas; sus pintorescas márgenes reclaman limpias veredas y rústicos pescantes. Su profundo lecho un ligero dragaje y su confluencia con el río, una compuerta que retenga sus aguas transparentes. (*)

Hágase esto por la administración pública, y entonces veremos cómo el pueblo se disputa algunos metros de la superficie de aquellos amenos lugares, para contribuir a dotarlos con lo único que les falta, esto es, con los atractivos del arte.

¿Qué es lo que se precisa? Un poco de plata que, según lo hemos demostrado, será reintegrada y con crecidos intereses. Un poco de plata que se emplearía, más que en materiales de construcción, en jornales de operarios.

El Gobierno tiene al frente de esa Repartición un antiguo funcionario que puede citarse como un modelo de constancia, entusiasmo y laboriosidad, el que, por las condiciones simpáticas de su carácter, ha podido rodearse de un personal que honra a la administración pública, porque secunda con fe y con el mayor acierto sus altos propósitos. El señor Bonchez, en su delicado y peligroso cargo de Inspector General y Comisario del Parque, que ha sabido mantener el respeto hacia la institución, sin actos de violencia y sólo desplegando un tacto, una inteligencia y una vigilancia poco comunes, para saber a qué regla debe ajustar su conducta cuando se trata de una distinguida dama que toma una violeta o de un granuja que envenena con fósforos al incauto mono Pancho.

El señor Mauduit, distinguido profesor de horticultura, autor del "Tratado de Agricultura", que ha tenido la honra de ser el primero que se haya publicado en el país, acomodado a sus condiciones climatológicas y que es hoy el encargado

(*) ¡Arroyo Maldonado de aguas transparentes! "Quantum mutatus ab illo!"

del planteamiento y dirección del Jardín Botánico que se está trazando en torno del elegante edificio que se acaba de construir para oficinas del Departamento Nacional de Agricultura.

El señor Tournois, activo ingeniero a cuyo cargo corre toda la parte ornamental; la reparación de los caminos y las nivelaciones; hombre digno de respeto por su buena inteligencia, su modestia y su dedicación al trabajo.

Los señores Casoretti y Benos, primero y segundo jardineros, a cuya competencia y celo, por el desempeño de su cargo, se debe la satisfacción que siente el público al penetrar en aquella floresta tan esmeradamente cultivada.

El señor Boet, distinguido zoólogo, propietario que fué del Jardín Zoológico de Buenos Aires, persona identificada con los seres que están a su cuidado, a quienes trata con el cariño de un padre, llamándolos suyos, considerándolos suyos y recibiendo de ellos el agradecimiento, que hasta las fieras tributan, al que las acaricia, las alimenta y las cura en sus enfermedades. Por último, un personal administrativo compuesto, sin excepción, de hombres escogidos entre los más competentes y laboriosos. ¡Qué batalla que se diese contra la naturaleza, se perdería con este lucido y entusiasmado ejército de operarios ¡Milagros de valor están realizando con la cartuchera vacía! ¡Ah! ¡Qué dejarían por hacer si tuviesen pólvora!...

.....

Hemos dejado para el final de nuestra ya pesada descripción del Parque, la parte más conocida que hoy constituye la principal belleza de Palermo, por ser la única que se encuentra terminada. Hablamos de la Sección Zoológica. ¡Qué diremos de ella que no haya sido visto hasta la saciedad por sus perpetuos visitantes? Es un jardín bien concebido, mejor ejecutado y conservado con un esmero tal, que disimularía todas sus faltas, si alguna tuviese; pero ¡por qué ocultarlas?

es pobre en ejemplares de la fauna extranjera, y lo que es más imperdonable, no contiene ni la diez milésima parte de nuestra riquísima fauna.

¿De qué dependerá esto?

Lo diremos para tentar su remedio, por más que nuestra pluma, que tan veloz resbala sobre el papel, cuando siente la obligación de tributar un elogio, se detiene ante el deber de lanzar una censura.

Los escasos recursos concedidos por los representantes del país para la conservación y fomento del Parque, han dado motivo que muchos patriotas que con el mayor placer enriquecerían esta Sección, mandando, desde las provincias, los más preciosos ejemplares, no lo hagan, en vista del peligro que correrían de ser archivados en una caja de embalaje durante los meses o los años que fuesen necesarios, hasta que con las economías del Departamento, se les hiciese una morada cómoda y saludable.

Si hubiese más conocimiento de la gloria y de los beneficios que reportaría al país el desahogo de esta importante Sección, no se retraerían los particulares, como hoy lo hacen, en mandar animales indígenas que, multiplicándose sin esfuerzo en medio de las felices condiciones de su tierra natal, serían un vivero productivo, que surtiría a todos los jardines zoológicos del globo y que facilitaría la adquisición de todos los ejemplares exóticos, por medio del cambio.

¡Humboldt, Azara, D'Orbigni Bonpland, Burmeister, que habéis dado a conocer a los sabios de la tierra las riquezas de nuestra fauna! escuchad cuan indignamente está representada en el Jardín Zoológico de la Capital de la República Argentina!

Mamíferos

6 Monos — 3 Tigres — 5 Pumas — 1 Gato Montés —
5 Coatés — 7 Zorros — 1 Lobo marino — 2 Racones 5 Car-

pinchos — 3 Jabalíes Americanos — 2 Liebres de Patagonia — 13 Conejos carnevos, de pelo gris — 1 Conejo común, de pelo ceniza — 1 Ratón blanco — 2 Conejos de Angora — 15 Alpacas — 6 Guanacos — 1 Dromedario — 1 Ciervo — 1 Chiva — 3 Peludos.

Total 93 mamíferos, de los cuales tres pertenecen a razas extranjeras.

Aves

Avestruces: 2 de Africa, 7 del país — 11 Chajáes — 6 Garzas reales — 5 Chuñas — Cisnes: 2 negros, 2 de cabeza negra — 2 Gansos de Egipto — 2 Patos (Puigouin) — 2 Flamencos — 3 Mirasoles — 1 Bandurira colorada — Patos: 3 Casartha, 7 del país, 1 Mandarín, 1 copetudo, 62 de Berbería — 52 Gansos — 4 Pavas del monte — Gallos y gallinas: 4 Polonesas, 3 de Houdan, 3 Inglesas, 2 de seda blanca, 2 pelo gris, 2 Brahama Poutra — 4 Perdices grandes — 6 Pavos reales — 6 Gallinas de pelea — 2 Gallos de pelea — 5 Loros rosados — Palomas: 13 de Africa, 4 Viajeras (mestizas).

Total de aves 229, de las cuales 118 son razas extranjeras.

No hemos incluido algunos cóndores, y algunas otras aves de rapiña, porque no creemos que pueda contarse con la existencia de unos desventurados animales que vegetan lánguidamente, condenados a una reclusión perpetua, en una pequeña jaula donde no les es dado ni aún estirar el pescuezo.

Esta es, pues, la representación que la fauna indígena y exótica tiene en la Sección Zoológica del Parque de Palermo. No hay que extrañar que nos parezca pobre, y más pobre e inadecuada todavía, la mayoría de los alojamientos que datan de la fundación del Parque. ¿Qué es, sino, lo que se llama "casa de fieras?" — Media docena de salitas cuadradas y simétricamente iguales, que en lugar de cuatro paredes, como todas, tienen solamente tres y una reja que hace las veces

de la cuarta. No hicieron ningún esfuerzo de imaginación los que concibieron tan peregrina idea. Sin duda debieron discutir, que, así como en los museos de Historia Natural, se presentan todos los animales desecados, en estanterías simétricamente iguales, así también en los jardines zoológicos, podrían, los vivos, exponer a la vista del público, en grandes cajones de material, idénticos en forma y en tamaño. Esto, en nuestra pobre opinión, es lo mismo que si se colocasen los quirquinchos en un nido y los pichones en una madriguera.

Cada uno de estos desventurados seres, a quien aprisionamos para estudiarlos en beneficio nuestro, está dotado por la naturaleza de tendencias, de costumbres, de necesidades, que no pueden contrariarse abiertamente sin exponerlos a la muerte, o por lo menos a la melancolía y a la esterilidad. Por otra parte, la impresión que debe producir en nuestro espíritu la presencia de cada uno de ellos, sería más agradable y más útil, por ser más completa, si se nos presentasen rodeados de aquellos accesorios propios del lugar de donde son originarios. Quisiéramos ver las vicuñas en la falda de una montañita pedregosa y sembrada de quínuas, que nos recordase las altas mesetas del Perú. Quisiéramos ver al tigre cerca de un lago y un pajonal, afilando sus uñas en un ceibo que nos trajese a la memoria las soledades del Chaco. Quisiéramos ver a la puma sentada a la puerta de una gruta sombreada por nogales, por tipas y por cedros que diése el recuerdo de las pintorescas laderas del San Javier y el Aconquija. Quisiéramos ver los camellos, sobre un rojo arenal, a la orilla de una fuente y en un oasis, donde crecieran higueras y palmas dactilíferas, y cercano a la blanca tienda de un beduino, para impresionarnos con la memoria del desierto de Sahara. Quisiéramos, en fin, que una pagoda sombreada por moreras multicaules, fuese la morada del elefante, para abarcar de una mirada las construcciones, la vegetación, el

culto y el animal predilecto de la mayor parte del Asia y para que a éste, al verse rodeado de los objetos más familiares, se le hiciese menos sensible la inmigración y el cautiverio.

En honor de la verdad deberemos también decir, que se ha desplegado más ingenio para instalar a gallinas, zorros, lobo de agua, carpinchos, jabalíes y algunos otros ejemplares nuevos.

Ni una palabra más acerca de la Sección Zoológica.

¡Que la botánica llegue a ser, en su día, más completa y más naturalmente instalada!

¡Que construcciones notables contribuyan al embellecimiento del Parque de Palermo!

Fuera del lujoso palacio donde funciona el Departamento Nacional de Agricultura; del pabellón perteneciente a la Sociedad Rural, que sería más adecuado para un museo; del Colegio Militar, que estaría mejor en el campo de Marte, que en los dominios de Flora, de Ceres y de Minerva; de los portones de ambas Avenidas; del depósito de agua; de las compuertas del restaurant, del grande estanque y canal; de algunos kioscos; de algunos puentes; de la tribuna; de la antigua glorieta de flores; y de algunas moradas recientemente construídas para aves y mamíferos, no hay en el Parque de Palermo un sólo edificio que no sea vergonzoso el conservarle; esto hace que no queramos mencionarlos, para que el público no se aperciba de ellos, por más que estemos persuadidos, de que las grandes dimensiones de algunos, harán inútiles nuestras previsiones.

Hemos terminado la visita al Parque de Palermo, y, al retirarnos, llevamos las más agradables impresiones del conjunto; sentimos el más íntimo agradecimiento hacia sus fundadores; reconocemos competencia y buena voluntad por parte de los que en la actualidad lo administran; deseamos que el mayor vicio de la sociedad porteña, sea el dedicar al Parque sus horas de ocio y confiamos en que el sano criterio de

nuestros legisladores, no escatime en lo sucesivo los recursos para la conservación y fomento de una institución, que no sólo contribuye al bienestar, a la educación y al refinamiento de costumbres de todas las clases sociales, sino que es y será, ante propios y extraños, en el presente y en el futuro, la muestra más elocuente de la prosperidad y cultura de la República Argentina.

Buenos Aires, Septiembre de 1882.

JUAN DE COMINGES.

Variedad.

El hombre bull-dog

Es sumamente maravilloso, observar cómo los caracteres y las inclinaciones de los hombres se hallan fielmente reflejadas en otras tantas clases de animales.

Esto, que parece paradójal, no lo es en el campo científico, y así como a simple vista puede verse reflejado en los amos del pequeño falderillo la fisonomía de éste, del mismo modo se transparenta cierta idiosincracia, cierta psicología, que en modales y en tendencias se confunden en ambos hasta asemejarlos a una idéntica especie.

Cuando es un hombre de talento superior, para cuyo genio no hay ámbito que no llene ni materia inaccesible para su fuerza creadora, y se le quiere indicar con un epíteto ajustado a su importancia, se la suele llamar el águila del pensamiento; a la vez, si es político, de pasiones egoístas, de sentimientos torvos y mezquinos, atento solamente a labrar su porvenir, sin escrúpulos de conciencia ni normas de respeto al semejante, el pueblo lo distingue con el calificativo de tiburón. Y si se habla del procurador, afortunadamente muy atemperado en el día, aquel que envolvía en siniestras redes a su propio defendido, igual que al contrincante, el apodo más en consonancia con sus prácticas perversas, era de ave negra, o de reptil.

Ya en otras épocas, la literatura, que cuando es original se adelanta a la misma ciencia, ha tratado este tópico tan interesante. El mejor y más grande exponente que abordó

este argumento, fué Ovidio, que en sus célebres *Metamórfosis*, dió la nota genial adjudicando al defecto más saliente de cada persona la natural concordancia psicológica de un animal determinado.

Al transformar a Licaon en lobo, fué estrictamente justiciero, porque dado sus malas artes con relación a sus contemporáneos, y los medios deshonestos que ponía en práctica para obtener provecho en su exclusivo beneficio, no era posible transformarlo en paloma o ruiseñor.

Atteone convertido en ciervo; Cadmo en serpiente; Linceo en lince; Progne y Tereo en pájaros; Ippomene en león; los Cercopí cambiados en monos; los compañeros de Ulises en cerdos; los compañeros de Diomedes en cisnes; se tuvo en cuenta el temperamento, la inclinación y los defectos de que adolecían cada uno de ellos.

Gaspar Gozzi, que vivió en los principios del siglo 1700, en su famoso libro *El Observador*, describe en diálogos muy vivos, las riñas y rivalidades que a los hombres habían atormentado en vida, y allí, en la región de la muerte, transformados en lobos, cerdos y asnos, continuaban sus querellas, haciendo insuperable crítica a los hombres-bestias.

Sin embargo, ni en uno ni en el otro libro de los que mencionamos figura el hombre bull-dog. Y es claro, no puede ser de otro modo. El hombre bull-dog es exclusivamente de esta época: es producto del más puro modernismo, y entonces resulta vano buscarlo en el pasado.

Este tipo de hombre tiene todos los caracteres del perro, pero no del perro clásico, fiel compañero y abnegado, sino del perro gruñón, eternamente mal humorado, fiero de aspecto y fiero de alma. Hasta hay quien duda, con natural perplejidad, si es el hombre prototipo que deriva del perro bull-dog, o es el perro, que por equivocación del Padre Eterno, tiene el alma que debía pertenecerle al hombre. A nuestro medio talento escapa la solución de tal problema, y lo dejamos

en pie, en la esperanza de que alguien, más afortunado, lo pueda resolver.

El hombre bull-dog, es un trasplante en cuajo del residuo de la más pura autocracia en plena democracia. En los tiempos en que el terror y las persecuciones florecían, el alma de estos seres tenía la envoltura carnal en los genuinos inquisidores, y esto no era tanto por servir una religión sentida en esa forma, cuanto que hallaban en los servicios que a ella le prestaban, la válvula natural a sus sentimientos autocráticos, a sus instintos inhumanos, a sus apetitos de pequeños tiranuelos.

Hoy, con el advenimiento de la democracia, han cambiado de etiqueta, y al virar de rumbo no han virado de prácticas. Estas hallan un campo muy propicio en la furiosa demolición de cuanto estaba asentado sobre las columnas que la rutina y la costumbre erigiera como cimientos del edificio social. Y ahí están estos minúsculos demagogos, ensayando todos los gestos de los salvadores de la humanidad, vociferando rabiamente y accionando con énfasis imponderable.

El hombre bull-dog, es todo acción. Lo es cuando naturalmente acciona, lo es cuando come, y lo es cuando duerme. Es un espíritu siempre en tensión; y en un famoso monumento que hay en Buenos Aires, donde hay una estatua que representa la acción, y está sentada, es de justicia levantar las críticas que se le hicieron, porque muy bien pueden haberse inspirado en nuestro tipo, que es acción hasta cuando come y cuando duerme.

Su talento es una madeja enmarañada de ciencia barata y, por añadidura, mal digerida. Pero él lo sabe todo y es tan profundo el pozo de su saber, que los demás son mirados con lástima por este titán del saber. Es sectario genuino, por más que sus discursos, repetidos hasta el infinito, sean la eterna cantinela de cuatro frases sobre la potestad y los derechos de la

masa. "Y es sabido cuan pernicioso es al progreso de la libertad y de la justicia, el sectario".

Furiosamente egoista, no lo disimula ni siquiera en aquellas cosas que no redundan fama ni fortuna a su personalidad. Hay un axioma bien fundado, por cierto, que establece que al hombre es preciso elevarlo en su propio concepto, por cuanto, hablándole de cosas buenas, producirá sus obras en consonancia, e inspirándole fe en sus propias fuerzas, éstas no tardarán en manifestarse para demostrar que la confianza que se le tuvo era evidente y positivo.

Pero el hombre bull-dog es la contradicción viviente del ser humano. Quiere, predica, mejor dicho, la elevación de la multitud, pero la deprime continuamente, la insulta, le da de latigazos, porque, dice él, así se rebela, así reacciona. Un repertorio de frases ordinarias, del más supino mal gusto, tiene siempre a mano, y en sus escritos como en sus juicios orales, es siempre la fraseología de arrabal, del charco, que saca a relucir.

La igualdad entre los hombres la concibe, pero como obra exclusiva de él, es decir, que serán todos iguales... En el campo donde actúa, no admite a nadie por igual, y si alguien revela más talento o preparación, o tan siquiera un mayor prestigio que pudiera ser un censor a su actuación, enseguida le declara la guerra, con mañas y con artes, para excluirlo de su reinado.

Si alguien se le cruza en el camino que pudiera sombrear un tanto su fama, entonces el hombre bull-dog se manifiesta esto último solamente. Ladra a voz en cuello, gruñe mostrando los incisivos, se le eriza el pelo y se le inyectan los ojos. ¡Guay con el desdichado osado! ¡Fuera mucho mejor que se ocupara en lo que no se le importa! Y si después de todo, el importuno ha tenido algún inocente motivo de dar un consejo o indicar una advertencia, el odio en el pecho, del hombre bull-dog, será inextinguible, imperecedero.

Porque, en conclusión, el alma de este digno sujeto, que destila odio y negros sentimientos, a pesar de su verbología trivial, no concibe la vida en las múltiples complejidades a las que convergen tantos factores. Habla de colectivismo y pone en evidencia su bello personalismo; habla de igualdad y no hace más que humillar a sus semejantes.

De ahí que un moderno Ovidio, al rehacer sus célebres metamorfosis, daría cumplida cabida al correspondiente capítulo que, tratando del hombre bull-dog, enriqueciera la fauna con un ejemplar maravilloso.

ORESTE SCHIUMA.

¿Limpia, fija y da esplendor?

Conferencia de un lego, leída en la Biblioteca Ameghino de Luján

Decía la carta del distinguido amigo que me invitaba a Luján: "El auditorio será en sus tres cuartas partes femenino". Y yo pensé: ¡Si serán afortunados en la Biblioteca! Mientras el mundo se declara privilegiado y satisfecho porque el bello sexo y bueno constituye solamente la mitad de la raza humana, allí le agregan una tercera parte más: ¡eso debe ser el paraíso! Y quedé conturbado. Pues un pobre naturalista, un psicólogo de la tosca y obtenebrada cerebración de la escala zoológica inferior al hombre, no tiene realmente en su repertorio frases para agasajar el gusto refinado y exquisito de un auditorio cuyas tres cuartas partes está constituido por almas sensitivas en extremo y por seres cuya razón de vivir es el corazón en todas sus divinas acepciones. Vano sería, por lo tanto, esperar de mis labios aquellos cumplimientos que, por repetidos, se han hecho vulgares como frases del Secretario Galante u otras banalidades sobre vuestra belleza física, la que yo hasta este momento no conocía sino por relato de jóvenes cabezas que creía calenturientas. Dejando por lo tanto esas fruslerías que con cierta modestia diré que a mi edad no son ya de mi competencia, voy al grano, a lo sólido, a lo que no es simple cumplimiento, sino una calidad que me consta personalmente por un detalle nimio, pero que comparado a otros detalles nimios también, me dan la pauta de la cultura y suave discreción de las niñas de Luján, la que, aun ni fueran bellas (protesto contra la audaz suposición), serían lo mismo adorables.

Y les diré el detalle de hace pocos meses y que no olvido, tal si fuera un recuerdo de fresca y delicada poesía juvenil.

Unas líneas del mismo amigo me manifestaban el deseo de que acompañara a unas alumnas de la escuela normal en un paseo por el Jardín Zoológico de Buenos Aires, donde estarían infaliblemente entre 12 y 1 de la tarde. Como se me ocurre (extraña ocurrencia de un empleado), que es mi deber y debe ser para mí un placer estar a las órdenes de todos en cualquier momento y si llega el caso interrumpir un almuerzo y también aguantar pacientemente plantones de citas solicitadas y jamás puntuales, comí apresuradamente mi pucherete de cada día y esperé como de costumbre la visita anunciada. Había pasado la una y nadie me reclamaba: y asomé la vista por los largos caminos hacia la derecha para ver si se divisaban al fin: y allí a la izquierda, tranquilamente sentadas en unos bancos, claras y frescas como un puñado de rosas, las niñas alegres que tenían quién sabe qué largo programa para ejecutar, se habían informado que a esa hora quizás almorzaba, no querían molestarte y esperaban el toque burocrático de la campana que llama al trabajo. El haberse cobrado el derecho de ser atendidas con un previo aviso, venir desde lejos y con una razón tan justificada, saber de tener todo el aplomo y el dominio que da sobre un hombre la juventud y la belleza y abstenerse sin embargo de hacerse presentes, reputando poder ser molestas; y todo eso comparado con otras pequeñas e involuntarias desatenciones de las que no puedo ni sé quejarme, eran en realidad detalles que a mí, pobre psicólogo de toscas y obtenebradas cerebraciones zoológicas, me hacían cantar en mi interior un himno a la cultura de la joven mujer lujanense, a la porción más distinguida y más importante de ella, por ser el núcleo destinado a educar a las generaciones que surgen y a las que, por lo tanto, sabrán instilar además de la cultura y de la instrucción, la educación fina que hace a los gentiles-hom-

bres, que plasma a las damas: en fin: el decoro de la hidalguía en la democracia.

Como les decía al principio, no son estos cumplimientos que hago a las señoras de aquí, sino el simple relato de bellas calidades que me constan.

No diré a ustedes el complacimiento íntimo que tuve en ese día, en esa corta lección a estilo de las bellas conversaciones peripatéticas de la Grecia antigua, y en la que tanto un animal como una planta o un humilde guijarro ponían nuestras almas al unísono en admirar la naturaleza bella: y cómo no olvido la frase de aquella criatura alegre y toda atención que exclamó con toda la sinceridad de una niña delante de un viejo: "¡Oh, que lindo es estudiar la Historia Natural así!". En fin, todo pasa: un poco más tarde, al tomar ellas el pequeño tren expreso que puse a su disposición, me despedía de mis alumnas de una hora como de antiguos discípulos que el maestro cariñoso y de muchos años larga hacia los rumbos del mundo, deseándoles triunfos y presintiendo también con tristeza quizás desengaños!

Por la alegre y aplicada estudiantina de aquel día, por el auditorio tan granado de damas de esta noche, me doy cuenta cabal por qué la Biblioteca Ameghino es no sólo una institución floreciente, sino un Ateneo en el sentido más amplio y al mismo tiempo más exacto de la palabra. Y así se explica también cómo, en distritos de la Capital con más de cien mil habitantes, se clausuran bibliotecas falto de recursos y de concurrencia, aquí la vuestra en plena labor cultural cumple su primer aniversario. Un año no es mucho si hemos de compararlo con la eternidad; pero un año de plena labor y bríos por nada apagados para seguir la marcha ascendente, es ya una larga prueba para una institución de esta naturaleza. Los hechos, los actos y las instituciones se malogran a pesar de todos los esfuerzos, cuando no existe ambiente propicio. Ustedes poseen ese ambiente grato y elevado y por el que sus

beneméritos fundadores, amparándose bajo el nombre conciuadano para ustedes de Ameghino y que es todo un programa y a pesar del modestísimo título de biblioteca han podido hacer de ella el Ateneo inicial, núcleo en las proyecciones del futuro no lejano, de una universidad popular consagrada al fin por el apoyo oficial bajo el nombre grave de Facultad.

Tan elevado es en mi concepto el esfuerzo cumplido, la labor realmente trabajada y en cuyo ambiente vaga la extremada cultura que admite análisis críticos, que yo considero a ustedes como a los académicos de un ilustre Areópago al que quiero someter mi extraño punto de vista y los sentimientos rebeldes que me agitan, prodromos quizás lejanos y vagos de una mayor independencia cultural argentina, cuando ésta, en el desenvolvimiento de años, no de siglos, pues aquí se marcha ligero, pueda presentar ante el mundo el pergamino más fehaciente de la nueva raza y de su cerebración peculiar, hablando su propio romance.

Hemos de hacernos cargo ahora de lo atrevido de la insinuación, cuando la idea general, los programas oficiales y los romanticismos bien fundados de gratitud hacen proclamar como lengua oficial y propia a la de Castilla, como escritor castizo al buen poseedor del castellano, el castellano bello, lleno de rotundas sonoridades que de la madre patria heredó la patria hija, a pesar de que en esta empiecen ya a asomar construcciones algo diferentes, acepciones de distinto significado, modismos que se llaman argentinos, y de todo lo que no puede ya desentenderse el escritor más pulcro y meticoloso que quiera escribir de las cosas argentinas. El cambio rápido o lento, apenas sensible ahora, mucho más acentuado más tarde, es inevitable en un país de mares abiertos, de llanuras inmensas no circunscriptas de cerca por montañas, uno de los accidentes orográficos más celosos para mantener firme el viejo lenguaje.

Roma, que había impuesto el latín a todo el mundo por ella conquistado, que contó con el poderoso auxiliar del Papado, el que mantuvo y mantiene como lengua oficial el antiguo lenguaje, ese latín en poco más de cinco siglos se vió relegado a los archivos y usado tan sólo por los teólogos y los juristas, saliendo triunfantes y avasalladores los dulces vernáculos de los que, pocos años después del mil, tuvo uno el honor de ser repetido en las Cortes con el armonioso metro de la serventesia y que empezaba: “Rosa fresca aulentissima che appar in ver |’estate”.

Y si ahora es aun prematuro pensar en una lengua propia, no lo será en el curso de los años y será gloria del lenguaje español haber dado origen a otras tantas lenguas, como en su tiempo fué gloria del latín haber contribuído al origen de las cinco magníficas lenguas del romance neo latino, el conjunto de idiomas que alcanzan a expresar con mayor exactitud y con más claridad las profundidades abstrusas de la ideación humana.

Pero a la espera de este inevitable acontecimiento, que ustedes y yo quizás oíremos un día en el dulce diálogo de idilio suspirado bajo árboles añosos, cuyas ramas sacaron vida y lozanía de la materia puestra ya pulverizada, y que en nuestro nuevo lenguaje repetiremos como eco sumiso en el susurro de nuestra fronda fremente por la dulce brisa de la Pampa, en espera de ese para nosotros día inalcanzable y sin melancólicas consideraciones sobre lo inevitable, ocupémonos más bien del presente y vamos a ver las fallas que nos presenta ahora la lengua que hablamos, no debido a ella, que es rica, es sonora y puede ser fiel intérprete de nuestro pensamiento, sino por los malhadados diccionarios que han quedado pobres, cristalizados y a veces indescifrables por culpa absoluta de una cuantas generaciones de acatarrados y pelucones académicos.

Y lo que digo del diccionario español, que es el que usamos, podemos generalizarlo ampliamente para todos los diccionarios de todas las lenguas civilizadas, sobre todo de las neo-latinas, pues en todas las lenguas este Libro Santo de las fuentes más vivas de una nación, resulta siempre más hermético que los misterios de las religiones y no hay hermenéutica que llegue a revelarlos.

En el diccionario encuentra consuelo el pobre muchacho sin ortografía, al que se le abren los cielos de la sapiencia al resolver la amarga duda de si, por ejemplo, la palabra honor se escribe con o sin h; y se extasía ante el secreto revelado de la diferencia que hay entre sesión y sección: pero si ustedes no recuerdan el nombre de un objeto cualquiera, si yo no sé cómo se denomina tal otro objeto, díganme cómo harán ustedes para recordarlo y cómo puedo yo saberlo con la ayuda del diccionario?

Si digo muy lentamente, para que comprenda mi español, a mi caballerizo inglés recién llegado y por lo tanto muy bozal y que se hace cargo de mis preguntas consultando con el diccionario: "Yohn, tome usted la rasqueta y limpie mi parejero", mi caballerizo al rato se me acercará diciendo: Mi no comprender. Y si yo, impacientado, tomo su diccionario y lo abro en la página de parejero, me encuentro con una mentira que no podía entender el inglés: "Parejero, raza especial de caballos en América". Y si entonces con impaciencia busco la palabra Rasqueta, tendría que hacer las mismas muecas que un artista de cinematógrafo al abrir la consabida carta: "Rasqueta, planchuela triangular de hierro con un canto afilado para limpiar la embarcación"!

¿Han visto ustedes? Cómo hago ahora yo para decirle a mi Yohn que la rasqueta es la rasqueta? Qué papel hago yo, hombre rico e instruído, delante de mi Yohn y qué papel harían ustedes si les dijera: por favor, cómo se llama ésta; para decírselo a Yohn? Inútil buscarlo en ese libro de lastre,

pues sería obra digna de un miembro de la Academia revistar una a una las 55.220 palabras del diccionario para encontrar al fin el misterioso vocablo que corresponda a la no castiza y por lo tanto impura rasqueta. Y hojeando aquí y allá ese tormento cruel, inquisitorial y aburrido de un diccionario, he sacado sin embargo una idea para utilizar los servicios de Yohn, dándole otro oficio en mi estancia; y le digo: “Yohn tendrá usted una obvención si durante el resistero me provee para mis jarcias de miñosas de que está lleno el navazlo que es campo lleco: y desde el primero del mes será usted mi cocinero: podrá usted usar a su placer hornaguera hupe o chamarango: allí tiene la fresquera para resguardar la carne, la fresquería para las botellas y todas las mañanas compre al fresquero su más fresca mercadería. Yo no soy mantecón y además no quiero que usted me lacre y por lo tanto me hará todos los días un juselo sazonado con ocimo, me servirá todos los días násula y no use jamás agua del azud, pues ésta sirve para lavar resumiéndola por la buzonera. Quiero por la mañana un huevo perico y si la huevera no los tuviera, vaya en busca de algún regatón en la recova. Le recomiendo, en fin, Yohn, en que no haya en la cocina marimorenas y menos que sea usted un daciano”.

Ilustrados señores, señoras y señoritas de este ilustradísimo Ateneo Fl. Ameghino: me duele decirlo, pero tengo la vehemente sospecha de que a pesar de vuestra indiscutible preparación y especialización de algunos de ustedes sobre literatura del siglo de oro español, meditaciones sobre Tirso de Molina, Lope de Vega, Cervantes y Fray Luis de León y las bellas castidades de la lengua, no han entendido bien mi hablar: pero mi Yohn, el inglés recién llegado, con su diccionario en la mano sabe perfectamente que yo le he dicho: “Tendrá usted un sobresuelo si en las horas de la siesta (obvención y resistero), en el bañado que es campo virgen (navazlo, campo lleco), busca lombrices para mis chismes de

pescas (miñosas y jarcias), y ha tomado buena nota que desde el primero del mes será mi cocinero y podrá usar a su placer carbón de piedra, madera seca y astillas de leña (hornaguera, hupe o chamarango). No confundirá la fresquera, que es la fiambreira, con la fresquería, que es el lugar de las botellas, ni con el fresquero que es el vendedor de pescado con un palo al hombro, nuestro palanquero. Cuando yo le dije que no era mantecón, no sospechó, como ustedes, que yo no era el orador socialista Mantecón, sino un melindroso: le pedí que no me lacrara o sea que no dañara a mi salud con guisotes. Ese Juselo sazonado con ocimo, Yohn sabe perfectamente que es un caldo con huevo batido y aderezado con un tanto de albahaca. Yohn sabe que Metchinikoff, entre los productos de la leche, recomienda para el estómago la násula: a ustedes debería decirle el requesón. Yohn sabe que el agua del azud es el agua de la noria no potable y por lo tanto buena para lavar y echar el resumidero (buzonero). Yohn es ya amigo de la huevera, la mujer del huevero según el diccionario, y sabe perfectamente que el regatón recovero es el vendedor al menudeo, establecido bajo la recoba en la plaza Mayo y que así se llama porque, según el diccionario, "Recova es el sitio público donde se venden los huevos, las gallinas y otras aves domésticas". Pero Yohn será causa de una marimorena o altercado, porque el pinche de cocina se le reirá en la cara el día en que quiera tomar el tren para ir a comprar huevos en las escribanías y salones de lustrar de la Recova vieja.

Cuando Yohn, más preocupado de las muchachas y por lo tanto casi un daciano (conquistador), hable además más en cristiano y llegue a comprender las finuras de un menú dicho en términos franceses, yo sé cómo he de hacer con Yohn, tan lógico en su filología: si quiero una tortilla a la moda, ovalada, doblada y jugosa le diré: sírvame una omelette; y si quiero que reaccione y vuelva a los sanos principios del diccionario, le diré, hágame una tortilla; y me servirá

algo como una luna llena porque el diccionario de la academia dice: "Tortilla, fritada redonda de huevos batidos".

Pero no he de cansar a ustedes toda la noche con extraños, casi diría exóticos y sin embargo purísimos vocablos con que se complacen los aburridos, virtuosos, castizos y casi fetichistas creyentes en las perfecciones lingüísticas de los señores académicos: más bien vamos a considerar quiénes son los miembros de esta academia. Para no copiar a Voltaire, no diré a ustedes lo que él dice de los miembros de la Academia Francesa, que según él son todos obispos, nobles, jurisconsultos, médicos y hasta literatos. Yo diré que con contadas excepciones, las que forman en sesión plena la minoría siempre derrotada y tan necesaria para hacer saborear el triunfo de la terquedad, los señores académicos fueron hombres como nosotros, que escribieron claro y mejor que nosotros hasta los 40 años, siendo por entonces reconocidos sus talentos de escritores: entre los 40 y los 50, agostada un tanto su vivacidad intelectual, se dedicaron a la profesión de críticos, casi benévola al principio, pontifical después, y chavacana y casi sainetera a la Valbuena cerca de los 60: combinada esta última faz del criticismo con un estudio de viejos autores y una exaltación, mejor dicho una pasión senil y por lo tanto ya ridícula hacia todo lo que huela a moho, acompañada de una repugnancia manifiesta a todo lo nuevo, sobre todo si viene acompañado de un nuevo vocablo.

El reumatismo que endurece las articulaciones, la arterioesclerósisis que pone más rígidos los tejidos, el cerebro por lo tanto regado con más dificultad y por eso más torpe para la recepción de ideas nuevas y apenas dispuesto a barajar los archivos mnemónicos encasillados en sus células en los últimos años, hacen de ese ser que fué todo un hombre y todo un literato, el pelucón achacoso más adaptado para el oficio de celoso conservador de adocenadas anticuallas de bric a brac y el cancerbero más inexorable para no dejar pasar a los

umbrales de su academia y de su libro santo a las palabras de la lengua vivida, de uso diario hasta en la toilette higiénica, como formol o formalina o el vocablo aceptado por todo el mundo científico y bajo el cual el patrono de esta biblioteca escribió sendo e inmortal volumen; la filogenia. ¿Qué ataque hepático habrán sufrido esos pobres ancianos cuando, a fines de siglo pasado, en el suplemento de voces aceptadas para esa edición, tuvieron que admitir al fin cerca de la palabra termómetro, la acepción termómetro clínico, cuando ellos, que nada saben de los especialistas en oto rino laringología, aseguran que hay médicos "pulsistas"; médico que sobresale en el conocimiento del pulso? Pero un caso de rara generosidad es admitir rápidamente un vocablo que ellos tan patriotas debían adrede, olvidar, fué el de la edición de 1815: en la letra N admitieron un chisme amarillo y pesado que decía: "Napoleón, pieza de 20 francos": ese vocablo no tuvo que hacer antecámara para recibir la sanción de la academia.

En una edición posterior, tuvieron también complacencias por la palabra cheque, que españolizaron en cheque. ¿Saben ustedes cuándo estos viejitos han descubierto y permitido el agregado aneroido al barómetro, y que las semillas pueden ser dehicentes, y que hay plantas acotiledonas, y que para registrar la electricidad hay imperios, y que hay en español un adjetivo "atávico", y que los puertos tienen balizas, y que la flor que ellos llamaban crisantemo, todo el mundo le dice crisantémos y que hay algo que puede llamarse deyección? ¿Saben ustedes en qué año los señores académicos han descubierto todo eso y han admitido que entraran oficialmente en la lengua española tales palabras? Ustedes, bellas y jóvenes señoras, habían nacido ya todas: fué en el año 1899 y ese rasgo audaz de progreso se debió a un académico que insinuó que antes de terminar el siglo XIX, se debían aceptar esas palabras para que no se creyera en el porvenir que España, recién en el siglo siguiente, venía a conocer tales co-

sas... El argumento era eficaz y no podía resistirse: pero cada académico, en pago de su benévolo asentimiento, peló su listita de vocablos exhumados de Lope de Vega, Tirso de Molina, Martínez de la Rosa, Feijó, vocablos olvidados por otros necróforos de la lengua y junto con esas necesarias palabras admitidas, el más grande sacrificio que podían hacer en obsequio de su país, exigieron que fueran recibidas otras como "acamarse", el recostarse de las mieses; "acoyundero", el labriego que acoyunda los bueyes; "achinchinero", el hombre que achica el agua en un bote o en una mina: y un burlón, pues también entre ellos los debe de haber, hizo reconocer y aceptar la palabra "colillero", persona que va recogiendo los puchos que tiran los fumadores. Desde ese año 1899 hasta la fecha un Académico, el más joven, creo que frisa en los 70, aboga y brega para que en el diccionario de la R. Academia Española sea admitida la palabra compuesta de dos vocablos y que no tiene la misma acepción de éstos separados y que es: "sordomudo": ellos se niegan rotundamente porque ni Lope de Vega, ni Tirso de Molina, ni Quevedo, ni Cervantes la han usado en sus obras, pues no habrán tenido ocasión de hablar de sordomudos: sostienen ellos que debe decirse Asilo de Sordos y Mudos y sostienen mal, porque allí no hay sordos y al mismo tiempo hay mudos y la simple inscripción del asilo para ser verdaderamente castellana, habría que convertirla en epígrafe, pues debería decir: Asilo de Mudos porque son sordos de nacimiento. Pero sobre el palacio que alberga a estos viejos y porfiados caballeros yo pondría: Real Academia de los peores sordos porque no quieren oír.

Es por eso que aun cuando algunos verdaderos literatos, aun en la edad de la discreción, ambicionan o se regocijan alcanzando la coronación en el Capitolio de la literatura con la consagración de miembro de la Academia, ni por un momento piensan concurrir a las tétricas sesiones de ese arcó-

pago de valetudinarios y rancieros que sostienen que la lengua hablada de un pueblo constituye una desgracia inevitable y que consideran como un crimen digno de la hoguera, que alguien escriba esa misma lengua hablada, y que sea admisible que ese alguien forme parte de la institución que según ellos parece que está tan sólo destinada a conservar los vocablos que vienen en línea recta de las partidas de Don Alfonso el Sabio, escritas en el siglo XII, limitando la admisión de palabras neófitas, después de un noviciado, por lo menos de cien años y en cantidad limitada que no supere las 70 u 80 voces por año y siempre que éstas sean palabras de cuño absolutamente nuevo, como por ejemplo "revólver": pero jamás entrará en el diccionario de la Academia el vocablo "frontal" para indicar uno de los huesos que forman parte integrante del cráneo, pues dicen muy cuerdamente los astutos académicos: hemos admitido en nuestro diccionario los huesos parietales de la cabeza por cuanto hemos encontrado ese término en las obras del cirujano doctor Laguna, que vivió en tiempos de Felipe II: y como frontal en la acepción del hueso del cráneo no es palabra nueva por cuanto deriva de la voz frente, fácil por consiguiente de ser usada en todos los pasados siglos: si entonces no se ha usado no la usaremos tampoco nosotros. Ustedes comprenderán que con esa firura de lógica, los aun jóvenes y deliciosos comediógrafos Hermanos Quintero, seguramente han tomado el nombramiento de académicos sólo "honoris causa" e "in partibus infidelium". Se puede uno imaginar con qué cara de sorna o mueca de piedad profunda, los académicos actuales, que son los genuinos representantes del viejo tribunal de la Inquisición, mirarán la poco respetuosa humorada de esos mequetrefes, ocupando los sitios para tener voz y voto.

Yo no sé si Doña Emilia Pardo Bazán, que vale muchos escritores hombres juntos, haya honrado con título de Académica a esa institución en tierra de las Infantas y donde

no rigen las leyes sálicas, la ley que excluía del trono a las hembras, como dice tan finamente para nuestro oído el diccionario. Pero yo sé que ha habido académicos de gran renombre por lo mucho producido por esta realísima hembra, como dirían ellos, y han encontrado el pecado más formidable para no poderla llamar escritora. Dicen que no sabe el castellano y que de las 55.220 voces que posee el diccionario de la academia, se maneja apenas con 800 de las reconocidas como castellanas en los millares de páginas que se han difundido como herejías detestables por todos los países de habla española. La fina psicología del corazón humano, la insigne, exacta y viya paleta de colores de sus descripciones, la delicada contextura de su afectividad y el mérito de expresar todo eso tan sólo con 800 vocablos comunes a la lengua hablada y a la de la academia—pues no deben ser de su gusto exquisito las rancias sandeces del Libro Santo—hacen más admirable la garbosa contextura de la insigne escritora que adapta su dicción voluntariamente reducida a la abundante lluvia de perlas que se desgranar bajo su pluma de oro.

Si yo tuviera el honor de escribir a los hermanos Quintero o a la Condesa de Pardo Bazán, que el hipopótamo nacido en el Jardín Zoológico tiene ya un año de vida, probablemente me contestarían: enterados quedamos: pero si los señores académicos recibieran una misiva tal, creerían, quizás, que yo era un loco con delirio antropomórfico, pues su diccionario reza: “nacido”, dicese de cualquiera de los hombres que han pasado y al presente existen.

Por todo lo dicho pareceme que ya he hablado demasiado de estos señores académicos, los que desde el año 1739, con el sexto y último tomo de la primera edición de su diccionario, vienen paulatinamente distanciando más y más la lengua viva de las voces ya fosilizadas y que es útil conservar tan sólo para el conocimiento de obras antiguas, con el aditamento de que en tantas ediciones espaciadas en casi dos

siglos, como ya lo hacía notar Vicente Fidel López en la introducción al erudito y magnífico diccionario etimológico de Calandrelli, la Academia no se ha casi preocupado en corregir el gran número de errores de que está cuajado el diccionario, por ignorancia ortográfica o etimológica de la lengua; hecho que constatan aun los expuladores de ese Libro Santo el que, con relación al progreso y a la evolución de la lengua hablada por un pueblo en Europa y mitad del continente occidental, ha quedado como el más importante monumento de la inercia y de la inutilidad.

¡Ah! me olvidaba de llamar la atención de ustedes sobre un hecho notable. Muchas veces los jueces, sobre todo los jóvenes y hechos a dedo por las influencias de la política y para los cuales los códigos resultan por sus centenares de artículos una especie de diccionario en el que el artículo que calza al caso jurídico está, pero hay que saberlo encontrar, se desquitan hábilmente con recurrir al diccionario de la Academia para dar el peso justo y todo su valor exacto al significado de una o más palabras que penden de su sentencia. Recuerdo un caso clásico de una respetable y enjuta dama que demandó por calumnia a alguien, el que, quién sabe por qué razones recónditas, le envió una carta que decía: Es usted una perulera y una verdadera chancha. La intención del guarango insultador es clara como el agua de fuente para los que hablamos la lengua vulgar de todos los días, pero la inocencia del juez y la definición del diccionario la condenaron con costas a la dama insultada, pues la Justicia dijo por boca de su Ministro: Tres son las acepciones del vocablo perulero: 1.º persona nativa del Perú; 2.º español que del Perú vuelve a España (y la dama es francesa); 3.º cierta vasija de barro de boca y base angosta y de ancho cuerpo: a la señora notoriamente no le alcanza ninguna de las tres acepciones. Y si bien según el diccionario Osa es la hembra del oso, Ratona la hembra del ratón, chancha no puede ser

hembra del chanco, primero porque este animal no se llama así, según el mismo diccionario, sino puerco o cochino y naturalmente su hembra es puerca o cochina y el diccionario dice bien claramente que "chancha" equivale a engaño y por lo tanto—lógicamente arguye el Juez—que era infundada la demanda de la señora al creerse insultada, porque ninguna persona puede ser un engaño, y era de presumirse de que si el que dice un embuste es un embustero, la que hace una chancha sería una chanchera.

En los pueblitos de la costa, cerca de Buenos Aires, a la orilla del Río de la Plata, en los remansos más tranquilos se ha establecido una pequeña industria que consiste en reunir después de la marea la resaca allí abandonada, la que se vende a buen precio a los horticultores y floricultores, como excelente abono y cubierta de almácigos.

Don Eleuterio Torrecillas, español, era uno de esos industriales, el que vendió al precio de 50 pesos cuarenta bolsas a Don Gregorio Ramos, el que resistió y al fin negó el pago. Fué llevado el asunto ante el que en sus ratos de ocio era Juez de Paz, pero de profesión poeta castizo, nada original pero muy ramplón en las demás horas del día y de la noche y que tenía como órganos de sus cuitas castellanas el periódico local que se engalanaba con tinta azul cuando aparecían las producciones del poeta local.

Fué rápida y clara la sentencia de este olímpico Juez de Paz: Don Eleuterio Torrecillas exige lo inexigible, por cuanto, según mi propio juicio, revalidado por el juicio inapelable del diccionario de la Academia, es como si el citado Torrecillas acusara a Ramos para obtener el pago de la luna llena (plenilunio), pues según las dos ediciones del diccionario de la lengua castellana que he consultado en la Biblioteca Nacional la una, en la Biblioteca de "La Prensa" la otra y la edición más moderna que este juzgado posee para aquilatar palabras con intenciones—"resaca", es el movimiento

que hace la onda del agua cuando se retira volviendo de la orilla o playa". Vistos y autos, sentencio que Don Eleuterio Torrecillas retire demanda tan injusta como imposible, pues ese movimiento o resaca de nuestro río anchuroso, es de todos y de cada uno, así ciudadanos como residentes en el país que da amplia libertad, según los artículos concernientes de la constitución argentina (art.). Fecho, repónganse los sellos por el querellante.

Veán ustedes cómo es cierto el lema de la Academia "limpia, fija y da esplendor". Por ella a Don Eleuterio le han limpiado 50 pesos; por ella don Gregorio ha fijado definitivamente en sus bolsillos dichos cincuenta; y las luces esplendorosas del diccionario han dado pie (verdadero pie), al Juez de Paz para negar la existencia de substancias orgánicas y sobre todo vegetales, muy remolidas, que los ríos y los mares arrojan a la costa y que Dios sólo sabe que nombre tendrán en el diccionario de la Academia Española.

¿Pero, por qué he de ensañarme más tiempo con los verdaderos chascarrillos del diccionario oficial, si desde el principio he anunciado como un hecho inevitable la evolución de una lengua hablada a tanta distancia de su centro de irradiación, e influenciada por las elegantes sonoridades del viejo quechua, por el dulce repiqueteo silábico del guaraní, por la música casi guerrera del vocablo araucano, armonioso casi como la frase del lenguaje dórico en la Grecia clásica, y presionado además este nuestro hablar por el ambiente tan diferente y por el golpear tan continuo de todas las lenguas del mundo, cuando ya por las calles de Buenos Aires el canillita criollo, en su travesura y malignidad infantil, sabe dirigir al sirio y al turco y al armenio palabras de mofa en turco, en sirio y en armenio? No hay por qué creer que yo con eso prefiera a las sonoridades del castellano magnífico la creación de un lenguaje quizás amorfo, con raíces semíticas: esas serán digeridas y asimiladas como Castilla asimiló las asperezas

guturales del árabe y del godo... Yo solamente declaro que la evolución y el cambio del lenguaje en este país es inevitable, contribuyendo poderosamente a acelerar ese movimiento el diccionario mismo de la Academia, severo como el Tribunal de la Inquisición contra un hereje, pelucón y conservador como todos los retrógados, cerrado y ciego para todo lo nuevo con el horror del supersticioso.

Tengo la pesadumbre de no haber expresado con las palabras eficaces de una pasión violenta toda la tirria que me embarga contra los diccionarios académicos en general de todas las lenguas y que considero como enemigos personales míos, pues no quieren o no pueden ayudarme en el desenvolvimiento de mi cerebración, que siento atada e incapaz de expresarse por falta de vocablos que esos diccionarios declaran poseer opulentamente y a mí, como a tantos otros, los niegan en absoluto. Quizás haya alguien que diga que yo, nuevo Caín, maldigo de mis sacrificios, cuya humareda en lugar de levantarse se aplasta como grave neblina sobre la tierra: pero diré que aun hasta ahora no he comprendido por qué las ofrendas de esos dos primitivos, Caín y Abel eran tan diferentemente recibidas en lo alto. Los Abelles, que en este mi caso son los que saben leer en el Libro Santo de la Academia, tan sólo porque lo conocen de antemano y podrían escribirlo, deben entender esta repugnancia mía que es la del ignorante consciente que reclama luz y que se rebela contra el libro que no sabe dársela.

Si estas disquisiciones no son quizás eficaces para hacer penetrar en el alma suave de la mujer, si no el odio, del que no es capaz, por lo menos la antipatía que quiero comunicar a ustedes contra el diccionario de la Academia, voy a apelar a otro recurso para negarle a esa corporación que dice que

limpia, fija y da esplendor, voy a negarle hasta la caballerosidad con las damas, que es la calidad más arraigada en la hidalga raza española.

Hojeemos por última vez el diccionario en las tres ediciones que tengo a la vista: en todas ellas dice: “varón”—criatura racional del sexo masculino”. Hasta la cuarta edición de 1803, decía: “mujer”—criatura racional del sexo femenino, pero en la última del 99, dice: “criatura del sexo femenino”. Como ven ustedes, la Academia, con el andar de los años progresa en la guaranguería. Si abrimos las mismas tres ediciones en la palabra “señora”, dice:—“ama respecto de sus criados” y nada más y eso no liga con la gentileza proverbial de esta tierra, que trata de señoras a las mismas criadas, y éstas lo saben, pues cuando buscan trabajo por medio de avisos en los diarios, aumentan su volumen diciendo: “Señora formal se ofrece una para cocinera”.

Pero eso no es nada. Vamos a ver lo que dice la palabra padre: “padre”—el que engendra o procrea otro ser semejante en su especie que se llama hijo. Y está bien. Vamos a ver si usa los mismos eufemismos con la respetada palabra de madre. “Madre”—Señoras, es tan zafada la Academia, que he de pedir licencia, pero en fin está en el diccionario y es solamente la verdad brutal tal como sólo puede verla la Academia. “Madre”— la Hembra que ha parido. Y de todo ese poema de dulzura, de afectos, de respeto y de adoración de rodillas ante el inefable nombre de madre, la Academia no sabe otra cosa que la materialidad fisiológica. Decididamente hay que pensar en el diccionario de la nueva lengua argentina.

C. ONELLI.

TRATADO.

DE BIOLOGÍA GENERAL Y ESPECIAL

POR, EL

Dr. Chr. Jakob

MAMIFEROS

Entre las *quinientas mil* especies diferentes de animales que la zoología sistemática conoce actualmente, (*) encontramos solamente cerca de *cuatro mil especies* que pertenecen a los mamíferos, es decir, menos del 1 % del total de las formas conocidas. Sin embargo representa este grupo, sino cuantitativamente, por sus cualidades, la parte culminante en la serie orgánica ascendente. Esto es debido a la estructura interior más perfecta que alcanzan todos los órganos que garantizan una *estabilidad* máxima del individuo y de la especie enfrente a los diversos factores adversos del medio ambiente.

Mientras que en los organismos inferiores la casualidad juega un papel dominante para la existencia y conservación del individuo y de la especie, lo que ellos tratan de amortiguar por el número enorme de individuos (ley de las grandes cifras en la naturaleza), entre los mamíferos permite la conexión más íntima entre madre y descendencia (viviparidad, lactancia y custodia directa de la cría por los padres) una influencia inmediata sobre la conservación de la especie y el

(*) Otras clasificaciones llegan a cifras mucho más altas (hasta 2.000.000) es eso una "cuestión de límites"

individuo dispone, a su vez, para su conservación, de medios directos (dentadura, piel, rapidez del movimiento, fuerza muscular, etc.) e indirectos (órganos de los sentidos y sistema nervioso central) mucho más perfeccionados y adaptables a las múltiples fases de la lucha por la vida. Agregamos a esto, la gran variabilidad de formas en las cuales se presenta

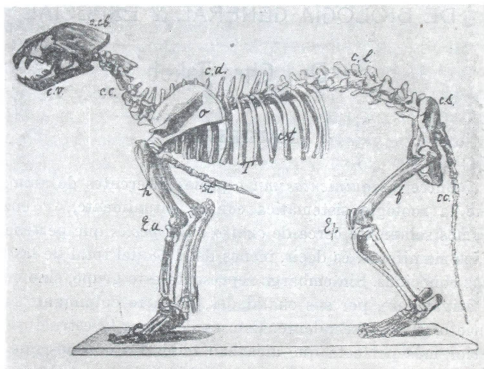


Fig. 51.—Esqueleto del "león de las cavernas": ceb, cv, cráneo cerebral; cv, visceral; cc, columna vertebral cervical; cd, cl, cs, columna vert. dorsal, lumbar, sacra; c, col. coccigea; st, esternón; t, tórax; cst, costillas; ea, ep, extremidad anterior, posterior; o, omoplate; p, pelvis; h, húmero; f, fémur.

el tipo de los mamíferos, según las condiciones exteriores: compárese el topo y el elefante, la cobaya y el tigre, un perezoso y un mono antropomorfo y el dominio absoluto de los mamíferos en la fauna actual de nuestro planeta encuentra así su explicación. A pesar de todo eso reconocemos en la forma externa, tan variada de los mamíferos, la gran uniformidad de su estructura interna y al mismo tiempo se re-

vela en ella el parentesco con los tipos inferiores: con los pescados tienen los mamíferos, de común, su *columna vertebral*

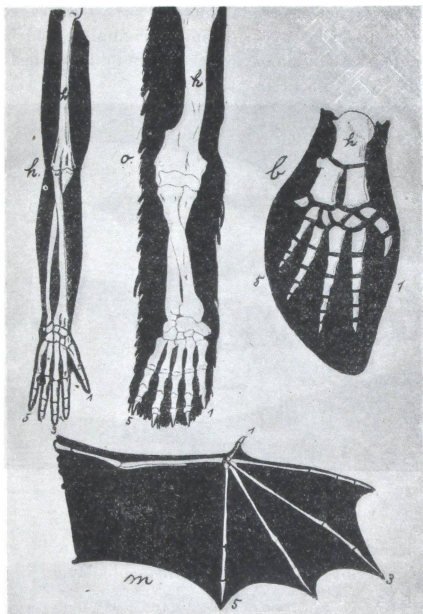


Fig. 52.—Extremidades anteriores del hombre (h), oso (o), ballena (b) y murciélago (m); 1, pulgar; 5, dedo pequeño; h, húmero.

(fig. 51); caracteres anfibioideos son sus *extremidades pentadactilidas* (fig. 52) que se adaptan admirablemente a la lo-

comoción (correr, saltar, trepar, cavar, volar, nadar), a la aprehensión de los alimentos y a la defensa en la lucha; su *aparato respiratorio pulmonar* es el de los reptiles (*); su *aparato circulatorio* cerrado doble y su *sangre caliente* los conocemos desde las aves; lo único original se podría decir es fuera de las glándulas mamarias (glándulas cutáneas adap-

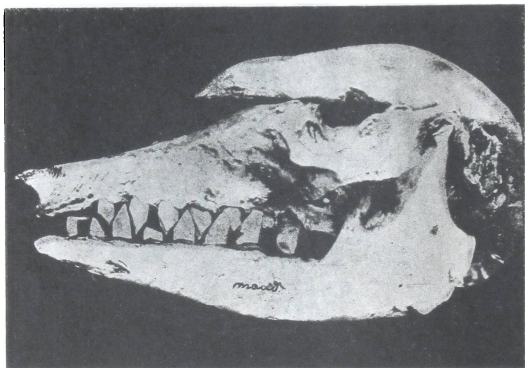


Fig. 53.—Cráneo de la comadreja con dentadura homodonte

tadas) la organización especial de la *capa gris cortical* de su cerebro anterior que les asegura la acumulación mayor de energías psíquicas.

Entre los grupos anteriormente mencionados tienen los mamíferos un parentesco más íntimo con reptiles y aves, por tener estos tres de común la existencia de una membrana

(*) En los mamíferos éste se perfecciona aún por el desarrollo del diafragma: el músculo respiratorio por excelencia, y el de la laringe: el órgano de la fonación.

protectora en su primer desarrollo embrionario: el *amnios*; de aquí su nombre común de animales *amnióticos*, *anamnióticos* (falta el amnio) son en contra: peces y batracios.



Fig. 54.—Cráneo de mono (hulman) con dentadura heterodonte. Inc, incisivos; c, caninos; md, mandíbula.

De la organización interior de los mamíferos hay que mencionar, especialmente, la *dentadura* muy diferenciada y

variable, según la alimentación y manera de vivir del animal y, sin embargo, derivada de un tipo uniforme. Los mamíferos inferiores sin esa diferenciación dentaria se llaman homodontes (fig. 53) (dientes iguales), los superiores heterodontes (fig. 54) (dientes diferenciados).

La fórmula dentaria (*) muy importante para la zoología sistemática es otra, en la dentadura de leche que en la definitiva. También otras formaciones cambian frecuentemente con la evolución del individuo, así sabemos que en el desarrollo embrionario los mamíferos disponen pasajeramente de branquias, revelándose así su descendencia y parentesco con los tipos acuáticos, pero la adaptación a la vida terrestre transforma a esos aparatos ya inútiles para los mamíferos en otros órganos de función importante para esa vida, como lo son el oído, la lengua, la laringe, etc.

Los mamíferos se dividen en tres grupos que son: los *prototérios*, los *metatérios* y los *eutérios*.

a) **Prototérios** (*monotremos*)

A este grupo pertenecen las formas más primitivas de los mamíferos como ser: el *ornitorrinco* (fig. 55) y el *equidna* de Australia. Estos animales representan formas de transición de los reptiles y aves a los mamíferos, siendo ellos los únicos relictos de otros tipos primitivos análogos existentes en los períodos pasados. Ponen su cría en un estado tan rudimentario, rodeado el germen de una membrana queratinosa, que se los ha designado como ovíparos y la alimentan primera-

(*) Una fórmula dentaria como $\frac{2123}{2123}$, por ejemplo, significa que en la mitad derecha del maxilar existen 2 dientes incisivos, 1 canino, 2 premolares y 3 molares y en la mitad correspondiente mandibular la igual disposición. Dientes que faltan se designan en el puesto correspondiente con 0. La fórmula anterior pertenece a los omnívoros (alimentación de carne, verdura y frutos, y en los herbívoros domina el desarrollo de los molares, en los carnívoros el de los caninos, en los roedores el de los incisivos, etc.

mente con una secreción mucosa de su útero (matriz), y después con la secreción láctea de sus glándulas mamarias entre los repliegues de su piel. Su cloaca reptiloide presenta un intestino terminal en el cual desembocan vejiga y ovi-

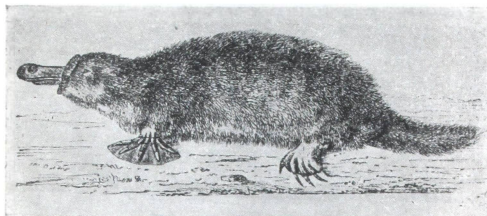


Fig. 55.—El ornitorrinco con pico y pata anterior de pato

ductos, como en las aves. Su temperatura es de sólo 25 a 28° centígrados. Tienen, además, un pico córneo análogo al de los patos en vez de la dentadura.

b) Metatérios o marsupiales

En este grupo característico también de la fauna australiana, a excepción de las comadreas americanas (didelfis) (fig. 56) nacen ya fetos, aunque muy imperfectos, los cuales pasan a la bolsa marsupial hacia la cual desembocan las glándulas mamarias. Sus formas muy variadas se dividen según su manera de alimentarse en: carnívoros, insectívoros y herbívoros. Oviductos y canales urinarios desembocan separadamente en la superficie delante del intestino. Su bolsa marsupial está sujeta por el hueso marsupial (fig. 57) el cual

falta en los demás mamíferos. A los marsupiales pertenecen: *los canguros (el opossum)*, cuya forma sudamericana son *las comadreas, las zarigüeyas, etc.* En su orga-



Fig. 56.—Comadreja cancrívora con cría en el marsupio

nización cerebral los marsupiales presentan un grupo inferior, careciendo del cuerpo calloso: la gran comisura dorsal de los hemisferios cerebrales, que aparece recién en el grupo siguiente.

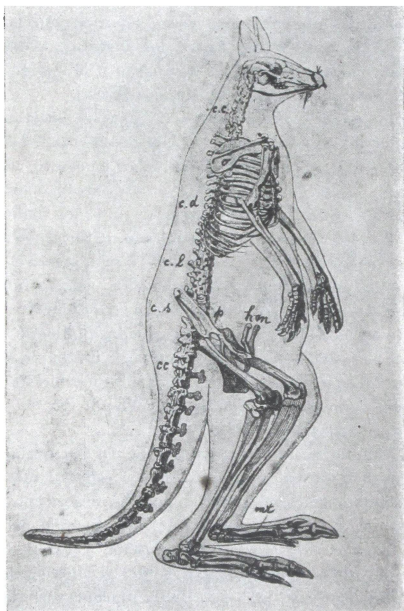


Fig. 57.—Esqueleto de canguro con hueso marsupial (h. m.)

c) **Eutérios** (*placentarios*)

La división corriente de los animales en ovíparos y vivíparos no es, como ya hemos visto, idéntica con la en mamíferos y no mamíferos. Entre los insectos, crustáceos y pescados encontramos formas vivíparas y la designación no toca tampoco al punto capital de la cuestión.

Si una especie es ovípara o vivípara es cuestión secundaria, una adaptación a ciertas circunstancias exteriores, y lo fundamental en este punto no es el momento casual del nacimiento en tal o cual estado de desarrollo embrionario. La diferencia que hay que establecer es, si los óvulos disponen ya desde un principio del completo material para su desarrollo independiente (en forma de "*vitelus nutritivo*") o, si no disponen de esa cantidad y necesitan entonces una nutrición asegurada por parte de la madre. Gérmenes con vitelo completo no necesitan de esa disposición, pudiendo por consiguiente ser sus especies ovíparas o vivíparas; esto quiere decir que pueden desarrollarse fuera o dentro de sus madres, pero en ningún caso necesitan, disponiendo ya del material completo, esa nutrición directa.

En cambio tiene que establecerse en los gérmenes con vitelo insuficiente un contacto orgánico especial que permita el intercambio material nutritivo con el organismo materno y eso se efectúa por intermedio de la formación de "*la placenta*", órgano embrionario de nutrición y respiración, que asegura la conexión entre la sangre del germen en desarrollo y la sangre materna. Los mamíferos placentarios tienen que ser naturalmente vivíparos.

En la figura 58 se observa claramente la disposición de ese órgano embrionario, que se ubica en el interior de la matriz, funcionando como aparato digestivo, respiratorio y excretor a la vez.

Todos los mamíferos superiores, inclusive el hombre, disponen de ese aparato .

Cuando el óvulo fecundado de los mamíferos empieza a

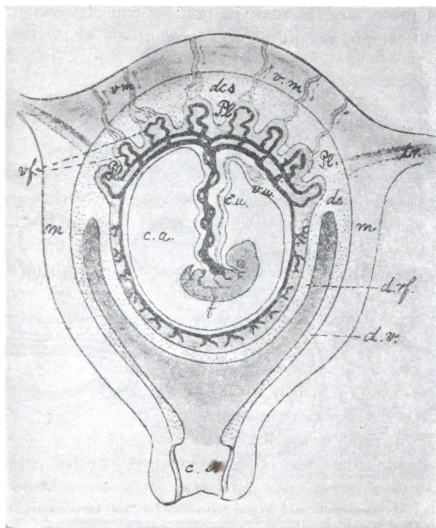


Fig. 58.—Posición de embrión (f) en la matriz (m.). Pl, placenta; ca, cavidad amniótica; cu, cordón umbilical; vf, vm, vasos fetales ca, cavidad amniótica; cu, cordón umbilical; vf, vm, vasos fetales y maternos; dv, drf, des, decidua vera, reflexa, serótina; cu, cervix (Kollmann).

desarrollarse (fig. 59 y 60) en el interior de la matriz o de sus conductos (trompas), se forma ante todo una serie de órganos embrionarios destinados a proteger y nutrir al germen. Estos son primeramente una envoltura vellosa: el

trofoblasto (fig. 60), el cual se transforma poco a poco por un lado en las membranas embrionarias (*corión*) y por el otro, en la *placenta* (aparato vascular), mientras que el embrión por su parte desarrolla en el interior al *amnios*, una segunda membrana protectora, la cual, juntándose con el “*corión*” y rodeando completamente al germen contiene al *líquido amnió-*

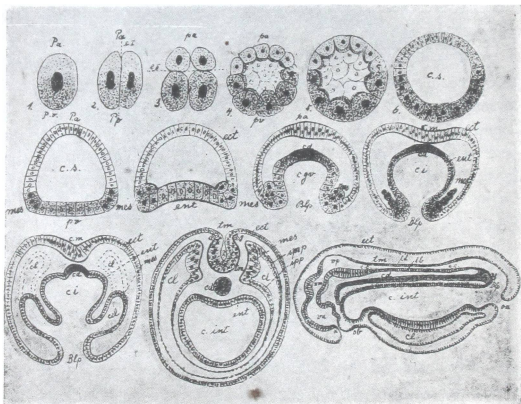


Fig. 59.—Desarrollo del óvulo fecundado de los vertebrados inferiores hasta la formación de los órganos fundamentales. 1-3, período de la segmentación; 4-6, formación de la blástula; 7-8, gastrulación; 9-11, formación del mesodermo; 11-12, origen de la cavidad celómica; pa, pv, polo animal y vegetativo; ca, cavidad de segmentación; mes, mesoderma; ect, ectoderma; ent, entoderma; blp, blastóporo; cgv, cavidad gastro vascular; ci, cavidad intestinal; em, canaleta medular; tm, tubo medular; cel, cavidad celómica; pm, placa medular; 13, corte mediano; vesículas cerebrales (va, vm, vp) oa, ob: orificio anal y bucal; x, y: neuroporo anterior y posterior.

tico (líquido seroso) en el cual nada el embrión (fig. 61). Del joven organismo sale entonces desprendiéndose de él, en el ombligo el *cordón umbilical*, el cual, insertándose en la placenta, contiene los vasos fetales aferentes y eferentes.

La sangre fetal que en ellos circula, impulsada directamente por el corazón fetal, llega en la "placenta" al contacto necesario e íntimo con la sangre materna, (*) sin que se efectúe directamente una mezcla, puesto que el intercambio material se efectúa a través de finas membranas endotélicas, que separan ambas circulaciones (diósmosis).

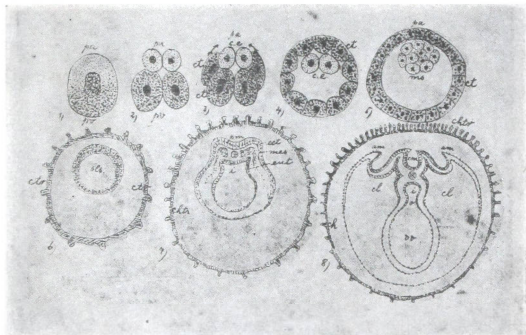


Fig. 60.—Desarrollo embrionario (esquema) de los mamíferos superiores. Formación del trofoplasma (ct, ctr); ct, células trofoblásticas; ce, células del área embrionario; ms, morula secundaria; bls, blástula secundaria; cl, celoma; am, amnión; demás abrev. véase fig. ant.

El organismo desarrollado de un mamífero (fig. 62) lo podemos concebir en la siguiente formulación concisa: alrededor de un eje segmentado (esqueleto), encontramos ubicada hacia el lado ventral a la "esfera asimiladora", la cual comienza con el *aparato digestivo*, continúa con el *aparato circulatorio* y termina con los *aparatos excretores y secretores*,

(*) Según el grado más o menos íntimo de unión de sus tejidos placentarios fetales y maternos se dividen los animales placentarios, a su vez en el grupo de los *indeciduosos* (unión incompleta: ungulados, cetáceos, etc.), y en el de los *deciduosos* (los demás grupos inclusive el hombre).

funcionando como aparatos receptores, asimiladores y efectores de las funciones vegetativas del organismo y hacia el lado dorsal del eje encontramos en la misma seriación de aparatos receptores, asimiladores y efectores, a los *órganos de los sentidos*, con sus respectivos nervios, al *sistema nervioso central* (el acumulador) y a los *aparatos musculares*,

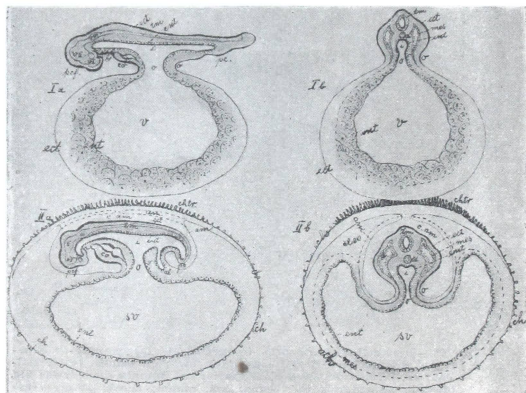


Fig 61.—Comparación de un anamniota (I), con un amniota (II), en corte longitudinal (a) y transversal (b); pcf, porción cefálica; pc, porción caudal; o, ombligo; i, intestino; v, cavidad vitelina; ch, chorión; am, amnión; co, corazón; cl, celoma; cd, cuerda dorsal; demás abrev. v. fig. 59.

representando esta triade a las “funciones animales”. Ambos “sistemas”, “el vegetativo” y “el animal” están en contacto continuo mutuo mediante circulación, inervación y secreción interna, factores que establecen la individualidad centralizada del organismo, a pesar de sus diferentes siste-

mas asociados, garantizando la “unidad dentro de la multiplicidad”.

El estudio comparativo del plan estructuro-funcional de los mamíferos (plan biológico), nos enseña que a pesar de la uniformidad en su organización fundamental, los diferentes componentes del sistema se desarrollan en direcciones muy variadas, según las especies y sus necesidades. Así en-

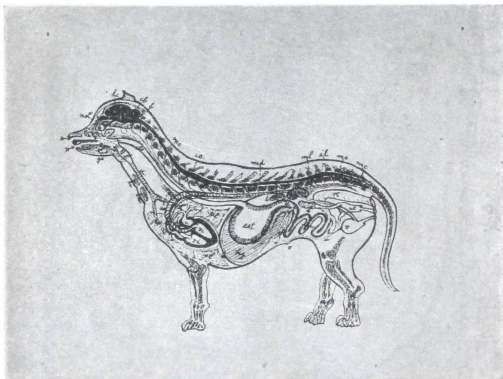


Fig. 62.—Esquema de la organización de un mamífero superior; es, esófago; est, estómago; p. gs, glándulas salivares; hg, hígado; pc, páncreas; b, bazo; r, riñón; in, intestino; rt, recto; s, glándula sexual; ut, útero; v, vejiga; o, ombligo; u, uraco; pl, pulmón; tr, tráquea; ti, tiroides; tm, timo; vi, vd, ventrículo izq. y derecho del corazón; a, aurículas; ao, aorta; d, diafragma; hc, hemisferio cerebral; nol, nervio olfatorio; cb, cerebelo; b, bulbo; md, ml, ms, mc, médula cervical, dorsal, lumbar, sacra, cóccigea; lc, ll, intumescencia cervical, lumbar

contramos órganos muy variados, según sus funciones y a estos se les llama *homólogos*, cuando derivan del mismo órgano morfológico elemental. Así la mano del hombre, el ala del murciélago, la aleta de la ballena, la pezuña del buey, etc.,

son órganos homólogos (fig. 63); porque todos derivan del mismo órgano elemental: la porción terminal pentadaquílica de la extremidad anterior.

Vemos en el caso anterior cómo de la misma estructura morfológica, han salido órganos de funciones tan diferentes, en cambio, órganos como por ejemplo, las alas del insecto y

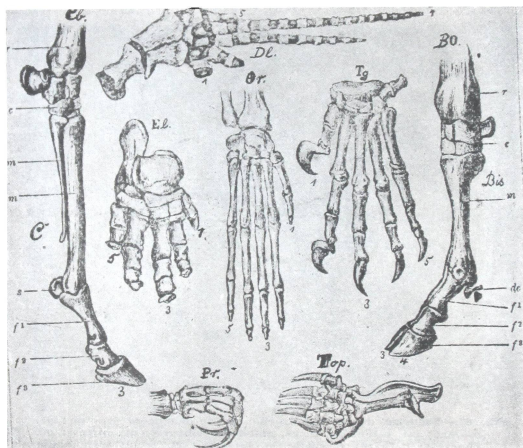


Fig. 63.—Extremidades anteriores de diferentes mamíferos. C, de caballo; d, de delfín; el, del elefante; or, del orangután; tg, del tigre; pr, del perezoso; tp, del topo; bo, del bisonte; r, radio; c, carpo; m, metacarpo; s, sesamoides; de, dedos espurios; f. 1, 2, 3, falanges; 1, pulgar (según Berg).

las alas del pájaro que no tienen ningún parentesco morfológico entre sí, a pesar de tener la misma función reciben el nombre de órganos análogos. Su desarrollo se debe a una adaptación convergente al mismo fin.

. El cambio de las funciones anda naturalmente siempre a la par con la estructura morfológica del órgano. La fun-

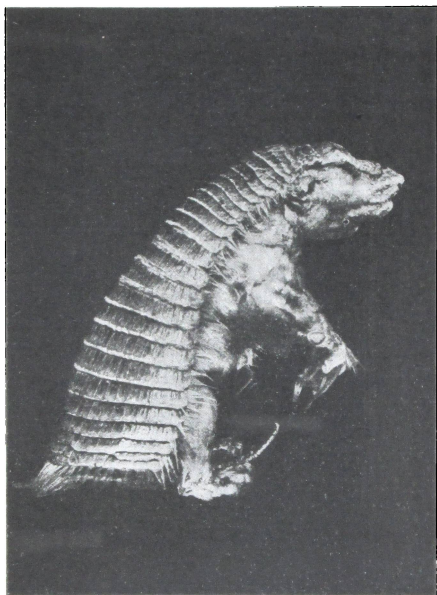


Fig. 64.—Pichiciego (un armadillo' enano con sus ojos rudimentarios)

ción no crea al órgano, ni el órgano es independiente de su función, ambos son simultáneos.

Así como un órgano puede en la serie de las especies (filogenia) variar en estructura, y en función, puede también

atrofiarse (hipoplasia) o hipertrofiarse (hiperplasia filética). Tales órganos hipoplásticos se llaman “rudimentarios”.

Organos rudimentarios en el hombre son, por ejemplo: el apéndice vermicular, la cola (hueso coxídeo), los músculos de la oreja, etc. Un órgano hiperplástico en ese sentido sería por ejemplo: la mano de los primates o el cerebro del hombre.

Las principales clases de los mamíferos superiores, son:

1) Los desdentados

Un grupo muy polimorfo y especialmente característico para la fauna argentina lo forman los desdentados. Su estructura primitiva se pone de manifiesto en su dentadura (v. fig. 53), la cual, o falta completamente o es formada solamente por dientes molares prismáticos no diferenciados. Su piel puede estar cubierta por pelos, escamas, córneas o placas óseas. De los desdentados ya existían tipos gigantes en épocas anteriores del continente americano, sobre todo. Sus dos órdenes actuales son: los *maniterios*: el pangolín de Australia y el *oricteropus* de Africa; y los *braditerios*: el oso hormiguero, la mulita, el peludo o armadillo, el pichiciego (fig. 64), etc., todos pertenecientes a la fauna argentina y los perezosos (*bradipus*) del Brasil. Formas fósiles han sido: los *megaterios*, *milodontes*, *cliptodontes*, etc.

2) Los insectívoros

Este grupo sustituye en los viejos continentes a los desdentados, siendo también formas primitivas con dientes punteagudos algo más diferenciados. Topos, erizos y musarañas son sus formas principales. Notable es la adaptación de la organización del topo a la vida subterrestre.

3) Los quirópteros (*murciélagos*)

Estos animales representan una rama colateral de los insectívoros, adaptada especialmente a la vida aérea por la



Fig. 65.—Paralela entre el esqueleto de caballo y hombre

transformación de sus extremidades anteriores en alas membranosas; en parte son insectívoros, en parte frugívoros; los primeros son notables por efectuar la destrucción en masa

de insectos (mosquitos). La especie de los *vampiros* chupa también la sangre de animales.

4) Los ungulados

Los animales más diseminados por todos los continentes, por su utilidad directa para la vida del hombre pertenecen a este grupo. La punta de sus dedos se han transformado en pezuñas sobre las cuales ellos caminan (fig. 65), teniendo, además, una reducción en el número de sus dedos. En su mayor parte son herbívoros existiendo también algunos omnívoros. Según la cantidad par o impar de pezuñas se dividen en:

a). Perisodáctilos

Con número impar de pezuñas y desarrollo especial de los dientes molares: el tapir, rinoceronte, caballo, (*) asno, zebra, etc.

b) Artiodáctilos

Con pezuñas pares: los *suidos* (cerdo, jabalí, pecaí, etc.), el *hipopótamo* y el gran grupo de los *rumiantes* con su segmentación estomacal en cuatro cavidades y doble masticación, una provisoria, gruesa y mecánica y una definitiva, mecánico-química. A este grupo pertenecen: el camello, buey, oveja, antilope, ciervo, guanaco, llama, jirafa, etc. Antecesores fósiles fueron los toxodontes y creodontes. (**)

(*) La descendencia del caballo de formas anteriores fósiles que poseían tres y cinco dedos desahollados, ha permitido reconstruir toda la filogenia del caballo.

(**) Al grupo de los subungulados que representan una transición de los ungulados a los roedores pertenecen los "hiráceos" con extremidades de ungulados y dentadura, cráneo y cerebro de roedores.

5) Los probocideos (*paquidermos*)

Con desarrollo especial de los dientes incisivos (defensa). Sus representantes son: el *elefante* en la actualidad y en épocas anteriores el *mastodonte*, el *mamut* y el *dinoterio*.

6) Los cetáceos y sirénides

Estos tipos representan una adaptación de los mamíferos a la vida acuática. Sus extremidades anteriores se transfor-

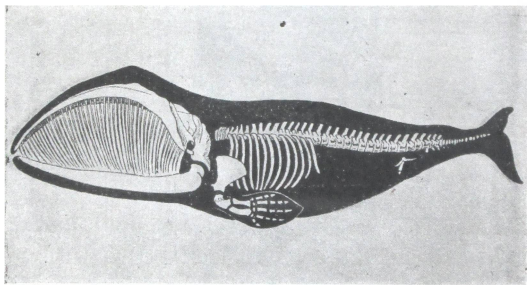


Fig. 66.—Esqueleto de la ballena con rudimentos de las extremidades posteriores

man en aletas, sus posteriores se vuelven rudimentarias (fig. 66) y su cola se convierte en una poderosa aleta caudal. El grupo de los cetáceos comprende: las *ballenas*, con dientes en forma de láminas córneas, los *delfines*, con numerosos dientes cónicos, el *narval*, etc.; a los sirénides (herbívoros) pertenecen: el *dugongo* y el *manatí*.

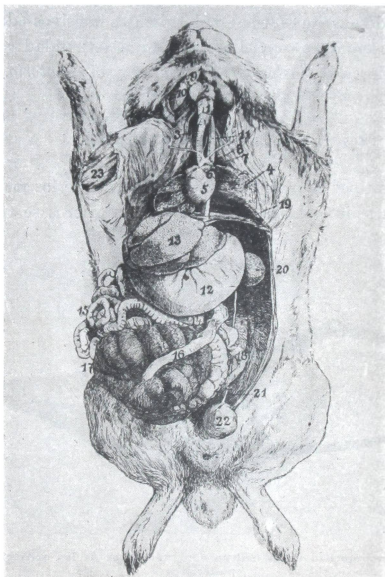


Fig. 67.—Anatomía del conejo. 1, laringe; 2, glándula submaxilar; 3, tráquea; 4, pulmón; 5, corazón; 6, aurícula; 7, arteria pulmonar; 8, aorta; 9, mandíbula; 10, masseter; 11, esófago; 12, estómago; 13, hígado; 14, bazo; 15, intestino delgado; 16, ciego; 17, colón; 18, recto; 19, diafragma; 20, riñón; 21, ureter; 22, vejiga; 23, musculatura del húmero.

7) Los roedores

Con desarrollo especial de los incisivos; es otro de los grupos muy representados en la fauna argentina: liebre (fig. 67), marra, castor, vizcacha, ardilla, agutí, carpincho, chinchilla, tuco-tuco, etc. Formas fósiles fueron los *tillo-dontes*.

8) Los carnívoros

Formas con dentadura completamente diferenciada; dientes caninos alargados; son digitígrados (perros, gatos,

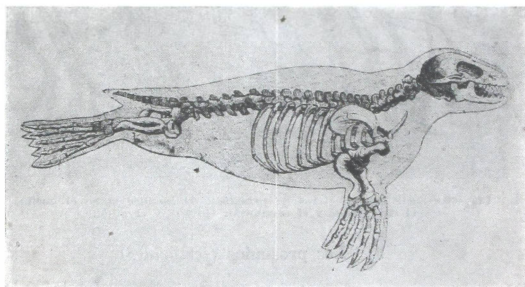


Fig. 68.—Esqueleto de la foca. Cola rudimentaria, plés en posición de cola

hienas) o plantígrados (osos). Desarrollo cerebral expresado por la surcación pronunciada de sus hemisferios (circunvoluciones paralelas). Subórdenes son: los *canídeos* (género perro): perro doméstico, con numerosas subespecies y variaciones producidas por cruzamientos artificiales por el hombre, zorro, lobo, aguaraguazú, etc.; los *felídeos* (género gato): el gato doméstico, el tigre, el jaguar, el león, el puma, el

gato montés, etc.; pertenecen, además, a este grupo, las hienas, las martas, los osos, etc. Un grupo de los carnívoros, adaptado a la vida marina lo representan los *pinipédeos* o *focas*: lobo marino (fig. 68), elefante marino, morza, etc.

Formas fósiles de los carnívoros, han sido los *creodontes*.

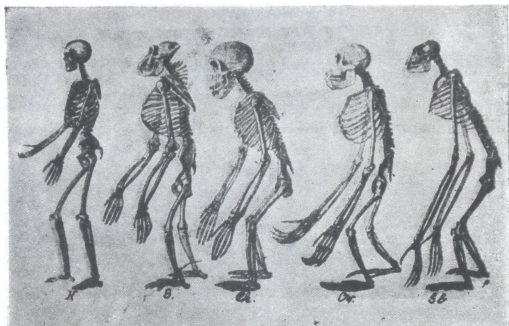


Fig. 69.—Serie de esqueletos de primates. Al hombre sigue el gorila, el chimpancé y el orangután (joven) y el gibón

9) Los prosímios (*lemúrides*)

Estos tipos representan un grupo intermediario entre los insectívoros y los símios; su dentadura es diferenciada; son omnívoros o frugívoros; son cuadrumanos como los monos.

Existen casi exclusivamente en Madagascar y en algunas otras islas del Océano Indico: lemur (makí), loris, quiromis, tarsus (monogato), etc.

10) Los primates

Este grupo que comprende a los monos inferiores, superiores, antropomorfos y al hombre, merece su distintivo por

el grado máximo de diferenciación que alcanzan sus diferentes sistemas. Su esqueleto, tanto axilar (columna vertebral) como lateral (extremidades), permite, debido a sus admirables ar-



Fig. 70.—Monos platirinos (de "La nature")

teculaciones, una movilidad extraordinaria. En sus manos y en sus piés disponen de aparatos magníficos para la aprehensión, con dedo pulgar independiente (posibilidad de oposición a los

demás dedos (*) (fig. 69). Su dentadura omnívora, consta de 32 a 36 dientes definitivos, diferenciada en incisivos, caninos, premolares y molares; pero lo que más los caracteriza es su desarrollo cerebral, en unión estrecha con órganos de los sentidos más perfeccionados. Sin embargo, su olfato, el cual domina en los grupos anteriores: "macrosmáticos", una reducción y dominan, en cambio, sus órganos de la vista y del oído, de tal modo, que a los primates se los designa como: "microsmáticos", "maerópticos" y "meso" hasta "macroacústicos".



Fig. 71.—Cráneos del hombre, chimpancé y cebus con dentadura de leche y permanente

Haciéndose más convergente que en los mamíferos inferiores la posición de sus ejes oculares, les permite una visión binocular perfecta (función homónima de ambas retinas).

Su vida psíquica se distingue por un mayor grado de adaptación a diferentes condiciones del medio y de un mayor grado de sociabilidad con división del trabajo individual (fig. 70).

Cómprenden, a su vez, tres subgrupos:

a) Monos inferiores platirinos

Con tabique nasal grueso y separación ancha de sus aberturas nasales, oblicuamente colocadas, fórmula dentaria:

(*) Sólo en el hombre se pierde esa facultad en los pies, adaptados exclusivamente a mantener al cuerpo en posición erguida (bímanos).

$\frac{2133}{2133}$ (36 dientes); su cola les sirve de aparato de aprehensión. Son todos americanos: *cebus capucinus*, carayá (micetes niger), *titís* (hapale), etc. (fig. 71).



Fig. 72.—Un joven cuidador negro con un chimpancé y un orangután

b) Monos superiores catarinos

Son los monos del viejo continente. Con septo nasal estrecho, fórmula dentaria: $\begin{matrix} 2123 \\ 2123 \end{matrix}$ (32 dientes como el hombre). Sus dos subdivisiones son: los *cinomorfos* provistos de

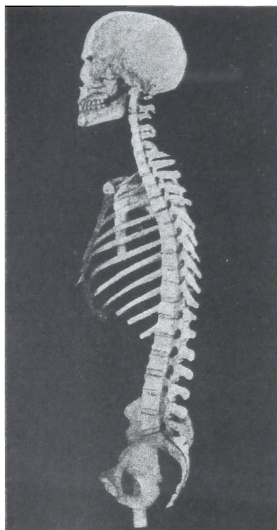


Fig. 73.—Esqueleto axial de hombre en corte mediano.

cola y gran desarrollo dentario (caninos): babuinos (*cinocéfalo*), macaco (*cercopitecus*), *cercopitecus*, etc., y los *antropomorfos* (fig. 72), los cuales más se acercan morfológicamente

al hombre, careciendo de cola y aumentando en ellos su capacidad cerebral. A ellos pertenecen: el gibón (hilobates) de la India Oriental, con capacidad craneana de 350 cm.³; el chimpancé (troglodites), cap. cr. 400 cm.³ y el gorila, cap. cr. 500 cm.³, del Africa y el orangután, cap. cr. 450, de Sumatra.

Una forma fósil fué el "pitecántropus", de Java, con cap. cr. de 800 cm.³

c) Antropidas

La transformación de las extremidades posteriores en órganos de sostén, marcha erguida y posición vertical (fig. 73), en los antropomorfos existe a lo sumo una posición semivertical) y mayor capacidad craneana y, por consiguiente, cerebral (hasta 1500 cm.³) caracterizan al hombre. Caracteres morfológicos de menor importancia son: la disminución de la flexibilidad de su columna vertebral; la gran curvatura dorso lumbar de ella; la unión del cuerpo de su esternón en un solo hueso (en los antropomorfos persisten 3 y más piezas separadas); la fusión temprana (fetal) de sus huesos intermaxilares con los maxilares (en los antropomorfos persiste esta separación aún en estado juvenil); la existencia de 12 vértebras dorsales y 5 lumbares (los antropomorfos tienen: el gibón: 13 d. y 5 l.; el chimpancé y el gorila: 13 d. y 4 l., y el orangután: 12 d. y 4 l.).

Sus huesos carpianos (raíz de la mano) son en número de ocho, como el chimpancé y el gorila, pero el orangután y el gibón, tienen nueve, existiendo en ellos un huesillo carpiano central. (**)

El cráneo del hombre (figs. 74 y 75) tiene tendencia a la mesocefalia (cráneo redondo), mientras que el cráneo del go-

(**) Pero también el hombre tiene el huesillo carpiano central en su período fetal. (Véase Jakob: "Sobre la morfogénesis de las extremidades humanas" ("Revista de la sociedad médica argentina", 1909).

rita y del chimpancé son doliocéfalos (cráneos largos) y estos últimos se distinguen, además, por una osificación excesiva de los arcos superciliares y de las crestas craneanas (líneas de inserción de los músculos craneanos: bestialización).



Fig. 74.—Reconstrucción del hombre fósil de Pildown

Las extremidades del hombre difieren, además, de las de los antropomorfos, por la posibilidad de oposición de su pulgar más acentuada, y sus dedos más cortos, así que el pulgar alcanza al pulpejo de los demás dedos, lo que en los antropo-

morfos no es posible. Sus brazos son mucho más cortos y sus piernas y gluteos mucho más musculosos.

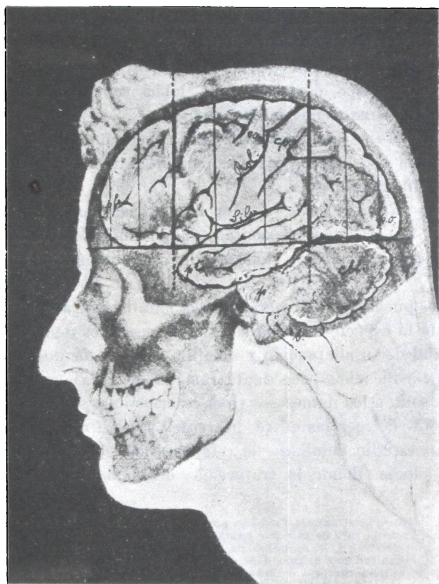


Fig. 75.—Cabeza, cráneo y cerebro de Schiller. Rol, Silv, surco de Rolando y Silvio: p, fr, po, pt, polo frontal, occipital, temporal.

Tiene el hombre además propio: los labios, el mentón, el colchón de grasa de sus mejillas, la forma oval de su abertura ocular, la distribución de los pelos, la forma humanoide de la nariz, oreja, etc.

Dividimos a los 1.500.000.000 individuos de la especie "homo sapiens" en cuatro razas (variedades) fundamentales:

I.—*Raza australoide*: color chocolate, piernas débiles, pelo negro y hondulado, dolicocefalos, dientes grandes, dentadura oblicua y saliente (prognatismo).

II.—*Raza africana negroide*: pigmentación negra (homóter), pelo crespo, nariz achatada, labios salientes, dolicocefalos, prognatismo menos acentuado.

III.—*Raza mongoloamericana*: color amarillo hasta cobrizo, pelo liso, nariz pequeña, pómulos salientes, ojos "oblicuos", subortognatismo. (*)

IV.—*Raza caucásica*: color rubio hasta morocho, forma oval de la cara, ojos horizontales, abundante desarrollo de la barba, craneo variado: dolicocefalo o braquicefalo, ortognatismo.

Los pueblos de la raza caucásica han demostrado en la historia de la especie humana ser superiores a los demás, por la amplitud de su adaptación y dominio sobre el medio ambiente. En la clasificación precedente tomada de Huxley, no hemos mencionado a los numerosos tipos intermediarios de transición, productos de mezclas entre diferentes razas.

Un estudio detallado de esta cuestión pertenece a la antropobiología, donde la trataremos debidamente.

(*) Según que el ángulo formado por la línea tangencial a la frente y una horizontal desde la raíz de la nariz hasta el orificio auricular, difiere o se acerca a un ángulo recto (\perp) se habla de prognatismo ($<$) o de ortognatismo (\perp), la magnitud del ángulo depende de la relación entre las dos porciones del cráneo: cráneo cerebral y cráneo visceral (mandíbulas). El ortognatismo expresa por eso el dominio de las funciones cerebrales sobre las vegetativas (compárese las figs. 74 y 75 al respecto).

Movimiento administrativo del primer trimestre de 1916

Entrada de visitantes pagos al Jardín Zoológico 280.991

Los tranvías, camellos, petizos, cochecitos, etc., han producido \$ 3.121.30 m|n., viajando 17.811 pasajeros.

Se ha ingresado a la Tesorería Municipal. \$ m|n. 30.583.40

Se ha consumido:

| | |
|------------------------------|------------------|
| Forraje seco | 924.081 kilos |
| Granos en general | 28.427 „ |
| Pan | 7.540 „ |
| Leche | 181 litros |
| Pasto verde | 90 carradas |
| Caballos carneados | 213 animales |
| Fruta y verdura | 1.647.40 \$ m n. |
| Papas y cebollas : | 76.95 „ „ |

